

SCARLETT SIMMONS

Pasión
en Santorini

PASIONES PROHIBIDAS, 1

Pasión en Santorini
Scarlett Simmons

Serie: Pasiones Prohibidas

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2024

Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons

Distribuido por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Serie Pasiones Prohibidas

Scarlett Simmons

En la serie *Pasiones Prohibidas* el amor y la pasión se encuentran en situaciones inusuales, desafiando las normas sociales y llevando a los personajes a explorar los límites de sus deseos. En cada novela, los protagonistas se enfrentan a sus miedos, a su pasado, a las convenciones sociales y familiares o a las circunstancias que los rodean, mientras intentan encontrar el equilibrio entre lo que dicta la razón y lo que exige el corazón. Desde paraísos exóticos hasta encuentros inesperados, cada historia está cargada de romance, intriga, y sensualidad, y en ellas encontrarás una experiencia intensa y cautivadora.

1. **Pasión en Santorini**
2. **Pasión en el Paraíso**
3. **Pasión en Los Angeles**
4. **Pasión en la Toscana**

Con *Pasiones Prohibidas* harás un viaje emocional lleno de deseo, secretos, y decisiones que pueden cambiarlo todo. Cada libro ofrece una historia independiente, pero todas están unidas por el hilo común de explorar el amor en sus formas más intensas y a menudo, prohibidas.

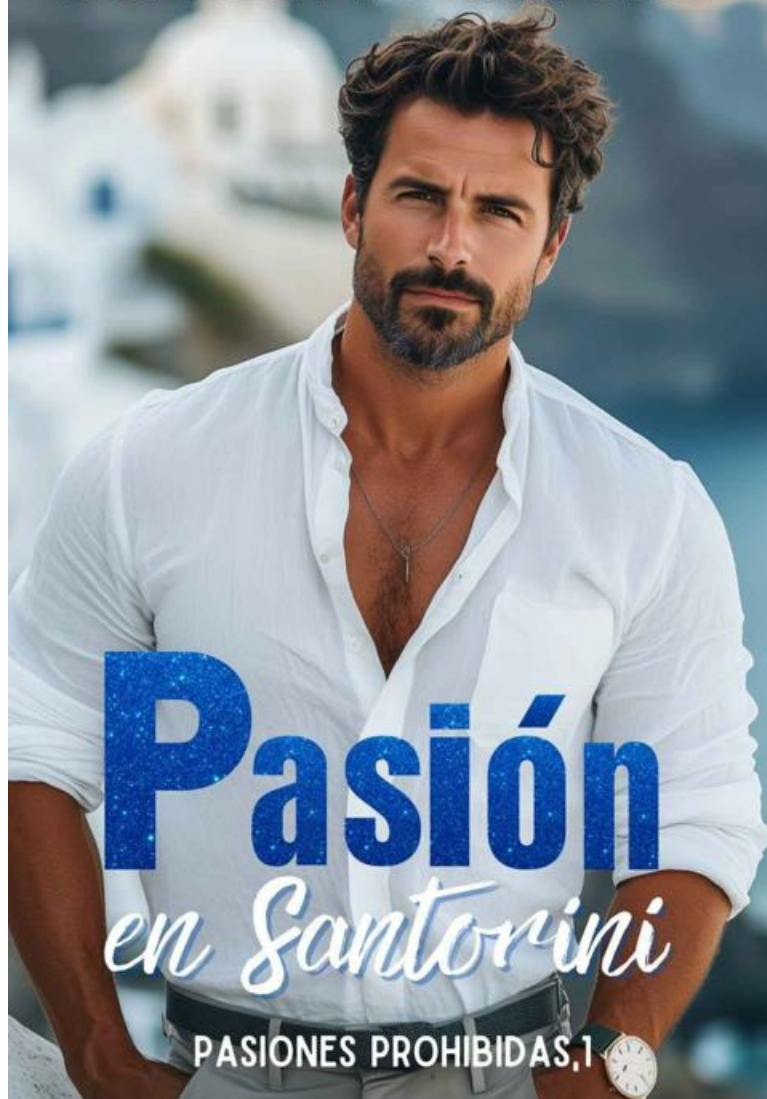
En esta novela que abre la serie, *Pasión en Santorini*, Elián Dimitrakos es un magnate griego unido a un doloroso pasado que lo atormenta. Preocupado por las mentiras que se dicen de él y por el futuro de su hija de seis años, tendrá que hacer cambios en su vida que no desea pero que son necesarios. Así conoce a Althea, una joven que revolcuona su vida. La diferencia de edad y el pasado turbulento será los principales obstáculos que encontrarán.

Son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Encuéntralas aquí:



SCARLETT SIMMONS



Pasión *en Santorini*

PASIONES PROHIBIDAS, 1

Prólogo

Elián

Amanece en Santorini cuando me asomo a la ventana y contemplo el azul intenso del mar. Al fondo, el sol va surgiendo tras el horizonte iluminando la belleza de la costa que tengo frente a mí. La habitación está en silencio, roto solo por el suave murmullo del mar en la distancia y la respiración tranquila de la mujer que duerme a mi lado. Su cuerpo desnudo, enredado en las sábanas blancas, está relajado, ajeno al torbellino de pensamientos que me asaltan cada mañana.

Me levanto con cuidado, tratando de no despertarla, aunque en el fondo sé que ni siquiera quiero verla cuando abra los ojos. Es hermosa, como todas las demás. Su piel bronceada contrasta con las sábanas y su cabello castaño cae desordenado sobre la almohada. Todo en ella debería atraerme y debería hacerme sentir satisfecho. Pero, en lugar de eso, solo siento una creciente incomodidad y una rabia sorda, que no logro apaciguar por más que lo intento.

Recorro con la mirada su cuerpo desnudo y recuerdo la noche de sexo salvaje que he tenido con ella. Solo pensarlo hace que mi polla reaccione, a pesar de que no me atrae nada. Al menos, emocionalmente. Lamí y succioné de esos pechos que ahora se me muestran relajados y mi lengua jugó con sus pezones que, debo reconocer, son preciosos con un color rosado que me encanta. Recuerdo que fue una grata sorpresa encontrar su sexo depilado, suave y húmedo para mi deleite y placer. Sí, eso es, una mujer que parece hecha para darme placer si tuviera algún otro interés en ella.

Se gira y deja ante mi vista su culo prieto que me dan ganas de acariciar. Acerco la mano y, en ese instante, abre las piernas y mi mirada se va al clítoris. Estoy tan cerca que puedo oler su sexo y, de nuevo, mi polla me pide guerra. Nota mi presencia y sonríe, con un gemido, para al momento separar más las piernas y dejarme la puerta abierta al paraíso.

Coloco mi cuerpo encima del suyo, con una pierna a cada lado, y sin más preámbulos, la penetro.

Un polvo rápido de desayuno que no suelo regalar a ninguna de las mujeres que acaban en mi apartamento de soltero. Normalmente, las echo antes o me voy yo. No sé qué me ha pasado con..., cómo se llame. Tiene un cuerpo perfecto y su ofrecimiento es un regalo que me ayudará a volver a casa más relajado.

Gime bajo mi cuerpo, mientras empujo cada vez con más furia conforme mis pensamientos me atormentan. Grita un «ay» que me hace darme cuenta de lo que estoy haciendo y aflojo.

—Lo siento —baluceo y ella sonríe. No sé si le está gustando o no. Soy incapaz de interpretar sus gestos y yo solo quiero desahogarme. Una vez más.

El orgasmo, poco satisfactorio, me llega como un latigazo y me dejo caer sobre ella. Solo unos segundos, para que no me abrace.

Me levanto y camino desnudo hacia el ventanal, donde las puertas de cristal se abren al balcón. El aire fresco de la mañana entra en la habitación cuando las abro, trayendo consigo el olor salado del mar Egeo. Me detengo por un momento, dejando que la brisa acaricie mi rostro, en un intento de encontrar algo de calma en el paisaje que se despliega ante mí.

Santorini se despierta lentamente bajo la luz perezosa del amanecer. Las casas encaladas, con sus cúpulas azules y terrazas, se alinean como perlas a lo largo de la costa. Desde aquí, el mundo parece un lugar perfecto, un paraíso donde todo debería ser felicidad. Pero para mí, este lugar,

esta isla que otros ven como un sueño, es un recordatorio constante de todo lo que he perdido, y testigo mudo del dolor que me rompe por dentro y de la ira que me acompaña desde hace año y medio.

Mi mente no deja de dar vueltas mientras miro el horizonte. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me lo pregunto una y otra vez, pero la respuesta nunca cambia. Estoy perdido. Perdido en una rutina que me consume, atrapado entre el deseo de escapar de mi dolor y la necesidad de mantenerme fuerte por Maia. Mi pequeña Maia, el único rayo de luz en medio de esta oscuridad en la que me encuentro sumergido.

El sonido de un suspiro me trae de vuelta al presente. La mujer en la cama se revuelve y creo que me llama. Me giro y la veo acostada de medio lado. La curva de su cuerpo es perfecta, pero no es para mí y cuanto antes lo sepa ella, mejor. Como todas las demás. Me observa desde su posición, con los labios curvados en una sonrisa perezosa.

—¿Vienes? —murmura, con una voz suave que pretende ser seductora.

—Buenos días —. Mantengo un tono neutral, sin dejar entrever lo que realmente siento, que es nada de nada.

Me giro hacia el interior, apartando la vista del paisaje para no enfrentarme a la realidad de lo que acabo de hacer. Empiezo a vestirme en silencio, abotonando la camisa con movimientos mecánicos, como si todo esto fuera parte de un guion repetido demasiadas veces.

Porque sí, ya empieza a ser excesivo. Sé que aplaco mi ira con las mujeres que traigo a este apartamento. Las follo tanto como me permiten y dejo hacer a mis instintos más primitivos. Es la única manera que he encontrado de aparcar el dolor y relajarme para que mi hija no note mi malestar. Aunque ese malestar, en vez de irse, ha cambiado. Cada vez siento menos ira por todo lo que ha pasado y más angustia por esta situación. Todas las veces decido que no voy a tener más sexo con cualquier mujer, pero todavía no he conseguido pararlo. Tendré que hablar con mi terapeuta, otra vez.

—¿No vas a quedarte un poco más? —pregunta ella, con un deje de decepción que me indica que conoce la respuesta.

—No, tengo que irme —respondo, terminando de colocarme el Rolex en la muñeca sin mirarla—. Tienes toallas limpias en el baño y desayuno en la cocina. Cierra de portazo y, por favor, vete antes de las diez. Gracias por esta noche.

Ella asiente, resignada, y se recuesta de nuevo en la cama, dejando que el silencio se instale entre nosotros. Es un silencio incómodo, cargado de todo lo que no se dice, de todo lo que ninguno de los dos quiere reconocer delante del otro. No tengo nada que ofrecerle, y ella lo sabe, aunque quizás esperaba algo más. Como todas.

Salgo del apartamento sin decir nada más, cerrando la puerta detrás de mí, como si con ese simple gesto pudiera cerrar también la puerta a este ciclo de autodestrucción en el que estoy atrapado. El camino hacia la mansión en la que vivo en verano es corto, pero suficiente para que la culpa comience a apoderarse de mí. Maia estará despierta pronto, preguntándose dónde he estado, por qué no estaba allí para levantarla. Y una vez más, tendré que ocultar la verdad.

Al llegar a casa en mi Ferrari Spider descapotable, el sol ya ha ascendido lo suficiente como para iluminar toda la fachada blanca. Es un edificio imponente, con amplias terrazas que miran hacia el mar, un lugar que es un refugio en el que proteger a mi hija y procurar que sea feliz, pese a las ausencias.

—Buenos días, señor Dimitrakos —me saluda la señora Karalis, el ama de llaves, cuando entro en el vestíbulo.

—¿Qué hay? ¿Se ha levantado ya Maia?—sonríó para disimular el peso de la culpa que cae

sobre mis hombros.

—Aún no ha bajado, señor.

Subo las escaleras hacia la habitación de Maia. Muevo los hombros hacia atrás, me paso la mano por el pelo y respiro para prepararme antes de verla y no mostrarle el cansancio que siento, la desesperación que trato de ocultar. No quiero que ella vea en qué me estoy convirtiendo. Quiero salvarla de la mierda en que se está volviendo mi vida.

—Papá —la voz suave de Maia me recibe cuando entro en su habitación. Está sentada en su cama, con su osito de peluche en brazos, y sus grandes ojos me miran con una mezcla de amor y preocupación.

—Hola, cariño —digo, acercándome a ella y abrazándola con fuerza—. ¿Has dormido bien?

—Sí, pero te eché de menos. No estabas aquí anoche. —Su voz es tan sincera e inocente que me desarma por completo.

—Lo siento, Maia. Tuve que trabajar hasta tarde —miento y siento la culpa como un nudo en mi garganta.

Ella asiente, confiando en mí sin dudar. Pero sé que no debería ser así. Mi lugar es estar aquí, cuidándola y protegiéndola. No en mi antiguo apartamento, desahogándome con una mujer que ni siquiera recuerdo cómo se llama.

—¿Desayunamos juntos?

—¡Sí! —responde y su entusiasmo me da un breve respiro.

La llevo en brazos hacia la cocina, donde el sol matutino inunda la habitación con una luz suave. Mientras preparo su desayuno, tras indicarle a la cocinera que nos deje solos, me esfuerzo por enfocarme en el momento y en ella, pero la realidad de lo que soy no me deja en paz.

Después de llevar a Maia a la escuela de verano, me quedo solo en la mansión. Me encierro en mi despacho, un santuario de silencio donde el mundo exterior se desvanece, pero ni siquiera aquí encuentro la paz que necesito. Respiro y me sumerjo en el trabajo, en los documentos que se apilan sobre mi escritorio, gestionando todo lo posible para no tener que regresar a Atenas. En verano la prioridad es Maia y por eso pasamos todas sus vacaciones en la casa de Santorini.

El sol brilla con fuerza a través de los ventanales, bañando la habitación con una luz cuya calidez debería sentir, pero que solo acentúa el frío dentro de mí. Después de contestar varios correos pendientes y de mantener tres reuniones distintas por videoconferencia, cierro el ordenador antes de ir a recoger a Maia para comer juntos y pasar la tarde en la playa o en la piscina. Me echo hacia atrás y me pregunto de nuevo cómo he llegado a este punto, cómo me convertí en este hombre que se esconde tras su riqueza, tras una fachada que cada día se desmorona un poco más. Y cómo voy a salvar a Maia, mi pequeña Maia, de todo esto.

—¿Qué estás haciendo, Elián? —me pregunto una vez más, esperando una respuesta que sé que no llegará.

Estoy atrapado en este ciclo de culpa y autodestrucción, del que no sé cómo salir. Pero debo hacerlo por Maia y por mí mismo. No puedo seguir así, no si quiero ser el padre que mi hija necesita, el hombre que debería ser. Mientras miro por la ventana hacia el mar Egeo, siento una pequeña chispa de esperanza mezclada con la culpa. Tal vez, solo tal vez, encuentre la manera de cambiar antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 1

Elián

—¡Papá, mira lo que he encontrado! —grita Maia desde la playa, agachada mientras sus pequeñas manos excavan en la arena.

Me giro hacia ella dejando el teléfono sobre la toalla. Hace años, nunca habría imaginado que una simple concha o un trozo de coral podrían traer tanta alegría a mi vida. Me acerco con calma, acompañado por el sonido de las olas que rompen suavemente contra las rocas de la cala.

—¿Qué es, cariño? —pregunto mientras me agacho a su lado.

Maia levanta una estrella de mar pequeña y sonríe con orgullo. Sus ojos brillan con la misma intensidad que los de su madre cuando encontraba algo que la apasionaba. Trato de no dejar que el dolor se apodere de mí, no cuando Maia está tan feliz.

—Es preciosa. Vamos a devolverla al mar para que pueda seguir nadando, ¿te parece?

Asiente entusiasmada, y juntos llevamos la estrella de mar hasta la orilla. La veo alejarse con las olas, mientras Maia me toma de la mano con su pequeña palma aferrada a la mía. Es en estos momentos cuando me doy cuenta de lo frágil que es la felicidad y de cómo intento protegerla de la tormenta que llevo dentro.

Nos quedamos un rato en la playa, Maia corretea a mi alrededor, recogiendo más conchas y construyendo castillos de arena, que el mar borra con cada nueva ola. Me siento en la arena, dejando que el sol caliente mi piel, mientras la observo. Maia es todo para mí, y cada día me esfuerzo por ser el padre que merece, aunque por dentro sienta que me desmorono.

—Papá, ¿podemos nadar en la piscina después? —pregunta con esa chispa de entusiasmo que solo una niña puede tener.

—Por supuesto —sonríe antes de que se lance sobre mí, haciéndome caer hacia atrás en la arena.

La risa de Maia resuena mientras luchamos jugando, y por un momento, me permito olvidar y sentir algo más que la opresión constante en mi pecho. Maia es mi vida y, aunque no sepa cómo manejarlo, sé que haría cualquier cosa por ella.

De vuelta en la mansión, Maia corre escaleras arriba para cambiarse el traje de baño, mientras yo preparo algunas toallas junto a la piscina. El agua reluce bajo el sol de mediodía, tentadora y fresca. Hoy es uno de esos días en los que intentamos disfrutar de la simpleza, alejados de la tristeza y el dolor que nos han acompañado durante tanto tiempo.

Maia aparece con un bañador colorido, lista para sumergirse en el agua. La sigo, disfrutando de su risa, mientras nadamos y jugamos, dejando que el tiempo pase sin estar pendientes de la hora, hasta que la señora Karalis nos avisa de que la comida está lista.

Después de comer en la terraza, Maia y yo nos acurrucamos en el sofá, yo con un libro abierto en mis manos mientras ella descansa su cabeza en mi pecho. Leo en voz alta, dejándome llevar por la suavidad del momento, por la paz que parece envolvernos.

—Papá, ¿cuándo viene la tía Helena? —pregunta con voz somnolienta.

—Pronto, cariño. Quiere hablar con nosotros sobre algo importante.

Maia asiente y, poco después, se queda dormida en mis brazos. Su respiración, suave y

rítmica, me calma mientras espero la llegada de mi hermana Helena.

No pasa mucho tiempo antes de que la puerta principal se abra y escuche las voces de la señora Karalis y de Helena. Entro en la sala para recibirla, aún con Maia en brazos, y me preparo para la conversación que sé que está por venir.

—Elián —dice Helena al verme—. ¿Cómo estás?

—Bien. Aquí, con Maia. —Le sonrío débilmente mientras ella se acerca y le da un beso en la frente. Su rostro refleja la preocupación que siempre parece tener por nosotros, pero que nunca reconoce en voz alta.

Dejo a Maia en el sofá durmiendo y nosotros nos acomodamos en la sala de estar. Helena se sienta frente a mí, con expresión seria, y puedo ver la lucha interna que está teniendo antes de hablar. La señora Karalis nos trae café y algunas galletas, dejándonos a solas para conversar.

—Elián, he estado pensando en lo que hablamos la última vez —comienza Helena, tomando un sorbo de café antes de continuar—. Ya sabes que siempre estaré aquí para ti y para Maia, pero mi trabajo me obliga a estar fuera más tiempo del que me gustaría.

—Lo sé, Helena. —Intento sonar comprensivo, aunque sé que lo que está a punto de decirme va a cambiar nuestra dinámica de vida del último año. Ella es ahora la mujer que mi hija necesita a falta de una madre y su ausencia no va a ser buena para Maia, ni para mí, porque tendré que dedicar más tiempo a mi niña.

—He aceptado un proyecto en Estados Unidos. Será un trabajo de seis meses, y no podré estar aquí para ayudarte. Voy a echar mucho de menos a Maia, pero es una gran oportunidad que no puedo rechazar. Te juro que lo he pensado muchísimo, pero creo que puede ser bueno también para vosotros, aunque me dé mucha pena. No debes depender de mí, Elián.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo esas palabras se asientan en mi pecho como una losa.

—Helena... —empiezo, pero no sé cómo seguir. La entiendo, pero no puedo evitar sentirme solo ante la perspectiva de su ausencia. Me muero de miedo sin tener su apoyo cerca.

—Sé que es difícil, Elián, pero quiero que sepas que esto no es el final. Solo es un cambio. Además, estaré al otro lado del teléfono para todas las veces que necesites hablar o consultarme algo. No os abandono, cariño. Además, he pensado que podrías contratar a una niñera para Maia.

Mi primera reacción es negarme. La idea de dejar a Maia al cuidado de alguien más me resulta dolorosa, como si estuviera fallando como padre.

—No sé si puedo hacerlo —admito en voz baja.

Helena se inclina hacia mí, colocando una mano sobre la mía con una firmeza reconfortante.

—Lo estás haciendo bien, Elián, pero Maia necesita más. Y tú necesitas tiempo para sanar. Esto no es un fracaso, es solo una manera de asegurarte de que Maia tenga todo lo que necesita.

Su mirada es suave, pero su tono deja claro que no estoy solo en esto. Asiento, porque sé que tiene razón, pero me siento abrumado por la decisión que implica y que no deseo tomar.

—Gracias, Helena. —Le devuelvo la sonrisa—. Lo pensaré y preguntaré. No sé ni por dónde empezar para encontrar a la persona adecuada.

—Tal vez puedas preguntar en la escuela de verano o a la señora Karalis. Pero ten la seguridad de que la encontraremos.

Helena sonrío con alivio, y me da un beso en la mejilla antes de ir a despertar a Maia y pasar la tarde con ella. Me quedo allí, madurando la decisión que debo tomar, no solo porque sea mejor para ella, sino también para mí.

Por Maia, haré lo que sea necesario.

Capítulo 2

Elián

El sol de julio brilla intensamente sobre Santorini, y las risas de los niños resuenan en el aire, mientras me acerco a la escuela de verano, donde Maia ha pasado sus mañanas durante todo el mes, desde que terminaron sus clases en Atenas. Aparco el Ferrari bajo la sombra de un olivo, cerca de la entrada. Me bajo del coche y, después de ajustar ligeramente mi chaqueta de lino, me encamino hacia la escuela. El aire cálido y salino de la isla me envuelve y, durante un momento, me permito disfrutar de la tranquilidad que siempre he asociado con este lugar.

Al entrar en el patio, las miradas se giran hacia mí. Es algo a lo que ya estoy acostumbrado, pero que nunca deja de resultarme incómodo. Varias madres que conversan animadamente detienen sus charlas para mirarme con un interés apenas disimulado. Algunas de ellas se conocen de vista, aunque otras no. Sin embargo, todas parecen compartir la misma fascinación cuando se trata de mí. O así me hacen sentir.

—¡Hola, Elián! —me dice una de ellas, con una sonrisa demasiado amplia, acercándose como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hola —respondo, con un tono cordial que no siento., porque lo único que quiero es evitar este tipo de situaciones.

—¿Vienes a recoger a Maia? ¡Qué suerte tiene de tener un padre tan implicado con sus actividades! —comenta otra, mientras se une al pequeño grupo que se ha formado a mi alrededor. Su tono es dulce, pero hay algo en su mirada que va más allá de la mera cortesía.

—Así es. Siempre es un placer venir a buscarla —contesto, sin dar pie a más conversación. Sé hacia dónde se dirigen estas charlas y prefiero cortar por lo sano.

Las mujeres se miran entre sí, con sonrisas cómplices y un brillo en los ojos que me deja claro lo que están pensando, aunque ninguna lo diga en voz alta. El juego de seducción es sutil, pero inconfundible. Se acercan un poco más, con la confianza de quien no teme ser rechazada. La fama de mujeriegos de los hombres de mi familia no me ayuda a mantener la distancia.

—Bueno, Elián, si algún día te apetece quedar para tomar algo... —sugiere una de ellas, con voz insinuante, como si la invitación fuera algo casual. Y yo me pregunto dónde andarán los maridos, ya que casi todo lo que veo a mi alrededor son mujeres.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrío sin comprometerme a nada. Mi intención es ser educado sin abrir puertas que no quiero cruzar.

—Elián, podrías venir a la cena que vamos a organizar los padres del curso. Seguro que Maia se lo pasa genial —añade otra, con la misma sonrisa que las demás.

—Gracias, lo pensaré. —Mi respuesta es automática y espero que suficiente para cerrar el tema.

Las madres se miran y, aunque mantienen sus sonrisas, puedo ver la leve decepción en sus ojos. Una a una, se van alejando, dejándome finalmente solo. Respiro con alivio, aunque sé que esto es solo una tregua temporal. Siempre es lo mismo. No importa lo cuidadoso que sea, la atención sigue ahí, persistente y no deseada. La curiosidad que despierto y la fama que me precede provocan situaciones que me incomodan.

Poco después, me acerco al patio donde los niños están a punto de empezar su actuación de fin de curso. Maia me ve y me sonrío con esa alegría pura que solo ella puede darme. Me siento en una de las sillas reservadas para los padres, observando cómo los niños se preparan para su pequeña representación.

El espectáculo es sencillo, pero lleno de ternura. Los niños cantan, recitan y bailan con una energía contagiosa. Mis ojos siguen cada movimiento de Maia, orgulloso de verla tan feliz y despreocupada. Es en momentos como este cuando todo parece valer la pena, cuando la lucha interna se calma, aunque solo sea por un rato.

Al terminar la actuación, Maia corre hacia mí con los brazos abiertos, y me agacho para recibirla en un abrazo.

—¡Papá! ¿Te ha gustado? —pregunta, con un brillo de emoción en su mirada.

—Ha sido maravilloso, Maia. Lo has hecho genial —le digo besándole la frente.

—Quiero que conozcas a mi profe —dice, tirando de mi mano con entusiasmo.

Dejo que me guíe hasta una mujer joven, que está rodeada de varios niños. Maia se acerca a ella con una confianza que me sorprende y cuando la mujer levanta la vista y me ve, me sonrío con calidez. Su mirada profunda me desestabiliza momentáneamente.

—Hola, soy Althea Petrakis. Es un placer conocerle por fin. Maia me ha hablado mucho de usted. —Su voz es suave con un tono que transmite seguridad y tranquilidad al mismo tiempo.

—El placer es mío, Althea —respondo, notando la naturalidad con la que se desenvuelve. Es joven, pero hay algo en ella que inspira confianza—. Por favor, tutéame.

Althea es una mujer atractiva, con el cabello negro recogido en una coleta y unos ojos gris-azulado que me miran con una mezcla de curiosidad y franqueza. Lleva un vestido ligero, ideal para el calor de Santorini y su actitud es relajada y sin pretensiones. Es el tipo de persona que parece estar en paz consigo misma y con el mundo, una cualidad que encuentro rara y refrescante.

—Papá, Althea me ha enseñado muchas cosas este verano. Es la mejor profesora del mundo —dice Maia, sin soltar su mano.

—Se nota que os lleváis muy bien —comento. Creo que siento celos al notar una conexión especial entre ellas.

—Maia es una niña maravillosa. Ha sido un placer tenerla en clase —responde con una sonrisa sincera.

Mientras Maia corre a jugar con sus amigos, me quedo un momento más conversando con Althea. Su presencia es sorprendentemente reconfortante y, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy hablando con alguien que entiende lo que realmente importa, sin la superficialidad de las madres que me han acosado al entrar.

Después de un rato, me disculpo y camino hacia la directora de la escuela, la señora Papadopoulos. Es una mujer de cabello gris y un porte elegante, siempre correcta y amable. Me recibe con una sonrisa y un apretón de manos.

—Señor Dimitrakos, me alegra verle. Espero que Maia haya disfrutado de su tiempo aquí. Es una niña encantadora.

—Lo ha hecho, y eso en gran parte es gracias a vosotros y especialmente a la señorita Petrakis. —Hago una pausa antes de continuar—. En realidad, quería preguntarle algo. Estoy pensando en contratar a una niñera para que me ayude con Maia durante el mes de agosto, ya que la escuela cierra y yo tengo trabajo. ¿Sabe usted de alguien de confianza?

La señora Papadopoulos se queda pensativa por un momento, antes de responder.

—Althea sería una excelente opción, si ella está disponible. También podría considerar a

Irene Kouris, otra de nuestras profesoras. Ambas son muy queridas por los niños y tienen mucha experiencia y en agosto, como dice, cerramos, por lo que me imagino que podrían hacerlo. Creo que cualquiera de ellas sería perfecta para Maia y de mi total confianza.

Asiento, sintiendo un ligero alivio ante su sugerencia. Tanto Althea como Irene parecen ser opciones muy adecuadas.

—Gracias, hablaré con ellas.

—A Althea ya la conoce e Irene es aquella de allí —me dice señalando a una chica pelirroja rodeada de niños al otro lado del patio.

Regreso al patio, donde Maia sigue jugando con sus amigos. Althea está allí, vigilando a los niños con una sonrisa. Me acerco a ella y cuando nuestros ojos se encuentran, aprovecho para preguntarle.

—Althea, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, dime —. Su expresión es de curiosidad.

—Estoy buscando a alguien que me ayude con Maia durante el mes de agosto y la señora Papadopoulos me ha dicho que igual te interesa. No sería mucho tiempo, solo unas horas al día y los días que necesite ausentarme para trabajar. Me preguntaba si estarías interesada.

Althea me mira, sorprendida pero no incómoda, y asiente.

—Me encantaría, Elián. Sería un placer cuidar de Maia, aunque no sé si voy a poder. Lo tengo algo complicado.

No me da ninguna razón concreta, aunque noto que su expresión se vuelve algo más seria.

—Claro, lo entiendo. Piénsalo de todas formas. Maia estará encantada de que pases tiempo con ella. —Le sonrío, algo agobiado por su respuesta.

—Irene creo que buscaba trabajo para el resto del verano. Podemos preguntarle.

Asiento y juntos vamos hacia su compañera, que se muestra excesivamente entusiasmada con la propuesta, cosa que me incomoda. Por alguna razón, que sea Irene la que acepte y no Althea me deja una sensación extraña. No dudo de que sea buena profesional, pero la calidez de la profesora de Maia no la he notado en Irene. Hay algo en ella que me perturba.

Capítulo 3

Althea

El calor de la tarde comienza a descender cuando salgo de la escuela. La brisa del mar acaricia mi piel mientras camino hacia la parada de autobús. Mi mente está enredada en pensamientos que no consigo apartar. Todo empezó con la oferta que Elián Dimitrakos me hizo esta tarde, después de la actuación de los niños por el fin del curso de verano. La manera en la que me miró, con esos ojos oscuros y profundos, que no ocultan su tristeza, me hizo dudar de mi determinación. ¿Cómo no iba a hacerlo? Elián es el tipo de hombre que te hace cuestionarte todo con solo una mirada.

Me apoyo contra la pared de piedra, que bordea el camino, mientras espero el autobús. El sol comienza a ocultarse tras las colinas, dejando una luz tenue que va dando paso a la oscuridad a mi alrededor. Cierro los ojos por un momento, intentando encontrar claridad en medio del caos de pensamientos que me inunda.

Cuando Maia me presentó a su padre, sentí un nudo en el estómago. No solo por lo guapo que es, aunque sería imposible no notarlo, sino por la sensación de calidez y seguridad que irradia. Alto, con el cabello oscuro y ondulado que se desordena ligeramente al final de la tarde, y una barba de pocos días que enmarca su mandíbula fuerte, Elián exuda una presencia que lo llena todo. Llevaba una chaqueta de lino, muy elegante pero informal, y su cuerpo se movía con la confianza de quien está acostumbrado a controlar la situación. La camisa dejaba ver parte de su pecho encendiendo mi imaginación. Pero lo que más me perturbó fue la manera en la que me miró, como si pudiera ver más allá de mi expresión.

Sus ojos, oscuros y penetrantes, parecían atravesarme, y durante un segundo, me sentí expuesta. Un cosquilleo bajó hasta mi entrepierna y entendí esa expresión que suele usar Irene de que las bragas salen volando cuando ve a un tío como Elián. Me río al pensarlo, porque hasta esta tarde nunca había sentido algo así. No supe cómo manejar esa sensación y lo que hice fue rechazar el trabajo que me ofrecía. De todas formas, no podía aceptarlo sin la aprobación de mi familia y ya sé lo que me van a decir si lo planteo. Mi padre no me lo consentiría.

El autobús llega y subo con un suspiro. El interior está casi vacío, lo que me permite sumergirme aún más en mis pensamientos, mientras el paisaje de Santorini pasa por la ventana. Mi padre. Todo gira en torno a él. Él es quien siempre ha sido una figura autoritaria, rígido en sus creencias, especialmente cuando se trata de los Dimitrakos y lo que se dice de ellos. Pero yo pienso en Maia y creo que ella no debe ser víctima de la fama de los hombres de su familia.

Mi madre solía contar historias sobre el padre de Elián, que no siempre eran agradables. Según ella, la reputación de la familia Dimitrakos estaba lejos de ser intachable y eso ha marcado profundamente la percepción que mi padre tiene de ellos. Recuerdo cómo se enfureció cuando supo que estaba enseñando a Maia. «No te acerques a esa familia, Althea. Son peligrosos, te arrastrarán a su mundo y no podrás salir», me dijo con una mirada que no admitía réplica. Todavía estoy esperando a que me diga por qué piensa así.

El autobús recorre las serpenteantes carreteras de la isla y mi mente no puede evitar volver a las palabras de mi padre. «No te fíes de ellos, ni siquiera de ese hombre, por muy encantador que

parezca». Sus advertencias siempre han sido duras y durante años las he seguido sin cuestionarlas. Pero hoy, por primera vez, me asalta la duda. Elián Dimitrakos ya no es alguien del que me han hablado, mal casi siempre, sino una persona real que me ha impactado nada más verlo. No tengo la impresión de que sea como cuentan.

Bajo del autobús cuando llega a mi parada, cerca de la casa de mis padres. El olor a salitre y a tierra seca me recibe, junto con el sonido de las cigarras que se apagan lentamente a medida que el día llega a su fin. Camino despacio por el sendero que lleva a mi casa, intentando poner en orden mis ideas antes de enfrentarme a mi padre.

Una vez dentro, veo a mi madre que está en la cocina, preparando la cena. Me sonrío con su calidez habitual.

—¿Cómo te ha ido, cariño? ¡Por fin de vacaciones! —saluda mientras remueve una olla en el fuego.

—Bien, mamá. Ha sido un día agotador. —Respondo con tono neutro, intentando no darle demasiada importancia al asunto que me ronda la cabeza—. Cuando se han ido todos los niños nos hemos quedado a recoger la escuela para cerrarla hasta septiembre. Estoy muerta.

—Y encima habrás tenido que aguantar a los padres —se ríe—. Seguro que no son tan ideales como las criaturas que os dejan a vuestro cargo. Esta gente que tiene tanto dinero y que deja a sus hijos a cargo de otros... ¡Quién lo entiende! —se queja con su discurso de siempre contra la gente de dinero que puebla nuestra isla durante el verano. Yo no lo veo así. Algo hay que molesta a mis padres y que desconozco.

—Sí, han venido a recogerlos. Casi todo eran madres, como siempre.

—Seguro que el único padre sería el *snob* de Dimitrakos, ¿me equivoco? —dice girando para mirarme a los ojos—. A no ser que haya enviado a alguien del servicio para recoger a esa pobre niña...

—No, ha venido él. Por cierto, mamá, que me ha ofrecido trabajar como niñera para Maia durante el mes de agosto —suelto aprovechando el tema que ha sacado ella. Mi madre sabe que quiero seguir trabajando para ayudar con mis gastos en la Universidad.

El silencio que sigue es pesado. Mi madre deja de remover la olla y se gira de nuevo para mirarme, preocupada.

—¿Y qué has dicho?

—Le he dicho que creía que no iba a poder, aunque lo pensaría. Mamá, no puedo tomar una decisión sin hablar con papá. Ya sabes cómo es... —La incertidumbre en mi voz es evidente.

Mi madre asiente lentamente, y vuelve a centrarse en la cena.

—Sabes que tu padre no va a estar de acuerdo. Nunca ha confiado en los Dimitrakos y no creo que cambie de opinión ahora. —Su voz es suave, pero sus palabras pesan como una losa sobre mis hombros. No solo porque necesito un trabajo, sino porque Elián se me ha quedado clavado en la mente y no consigo sacarlo de ella. Solo pensar en él y se me enciende hasta el pelo. Quizá sea ese el peligro al que se refiere mi padre: el efecto que provoca en las mujeres. ¿Será más prudente alejarme? ¿Y Maia, qué pasa con ella? Veo que mi madre sigue esperando mi respuesta, con una mirada que me traspasa. Me conoce demasiado bien.

—Lo sé. Pero mamá, Maia no tiene la culpa de nada. Es una niña preciosa y merece todo el cuidado del mundo. Además, Elián no parece en absoluto como lo describe papá. Es un padre dedicado, se le nota... no sé, diferente.

—Es su hija, claro que va a cuidarla. Pero eso no cambia lo que tu padre piensa. Y tú, Althea, debes tener cuidado. No quiero que te hagas ilusiones ni que te metas en problemas. Puedes encontrar otro trabajo en el pueblo antes de volver a la Universidad.

—No te preocupes, mamá. Irene ha aceptado.

La cena transcurre con normalidad. A papá se lo hemos contado por encima, gracias al alivio que sintió mi madre al saber que Irene se ha quedado con el trabajo. Ella tiene mucha personalidad y mis padres la consideran más fuerte que yo de carácter, algo que me molesta mucho. No van a poder protegerme siempre. La cena termina y me retiro a mi habitación llena de dudas. Me siento en la cama, observando el cielo estrellado desde la ventana abierta, y sigo pensando en Elián. Me atrae mucho y me intriga, hasta hacer que me cuestione todo lo que siempre he creído. Sé que mi padre tiene motivos para desconfiar de los Dimitrakos, pero lo que he sentido hoy, cuando Elián me ha mirado y me ha ofrecido ese trabajo, ha sido algo que me movió por dentro.

Ahora pienso que no debería haberme negado, si es lo que yo quiero, solo por respeto a mi padre. Porque ya tengo veinticuatro años, ¿hasta cuándo voy a seguir viviendo bajo sus reglas? No creo que Elián sea como su padre, y Maia no es responsable de lo que haya hecho su abuelo. ¿No debería juzgarlos por lo que veo, por lo que siento?

El sonido del mar en la distancia me calma, pero no disipa mis dudas. Hablaré con Irene para quedar algún día con Maia y, quién sabe, quizá vea a su padre.

Capítulo 4

Elián

Desde que Irene comenzó a trabajar como niñera, han pasado un par de días. Maia se ha mostrado un tanto reservada, mucho más de lo habitual, y no puedo evitar notar la decepción en sus ojos. La elección de Irene no fue la ideal y lo sé desde el primer momento en que Maia me dijo, con un leve suspiro, que echaba de menos a Althea.

—Papá, ¿por qué no ha venido mi profe? —me pregunta una tarde, mientras jugamos en el jardín.

Estamos sentados bajo la sombra de un gran árbol con Maia acurrucada a mi lado. El sol de la tarde comienza a descender, dejando un tono anaranjado en el horizonte. Siento su pequeña mano aferrada a la mía, y el peso de su tristeza me cala hasta los huesos. Ya ha sufrido una gran pérdida en su vida y cualquier ausencia le duele.

—Althea tiene otros compromisos, cariño —le respondo, acariciándole el pelo con el interrogante de cuál sería la verdadera razón cruzando por mi mente—. Pero estoy seguro de que Irene es muy buena también. Ya la conoces de la escuela.

Maia asiente, pero no parece convencida. Puedo ver cómo sus ojos se pierden en el horizonte, como si estuviera buscando algo que no puede encontrar. Cada vez que Irene intenta interactuar con ella, Maia responde de manera cortés, pero distante. Hay una barrera invisible entre ellas, una falta de conexión que me preocupa profundamente.

Los primeros dos días transcurren sin mayores incidentes, aunque noto que Maia está cada vez más retraída. No me quiero ausentar hasta ver que la relación entre ellas funciona. La observo cuando juegan en el cuarto de juegos, rodeada de sus muñecos, y me doy cuenta de que el brillo habitual de sus ojos se ha desvanecido un poco. La energía que normalmente la caracteriza está ausente, y en su lugar, encuentro a una niña que parece estar soportando algo que no entiende del todo.

Lo último que quiero es que piense que yo también la abandono.

Irene, por su parte, se comporta con excesiva amabilidad con mi hija, hasta llegar a agobiarla. Hay algo en su actitud que no termina de convencerme. Quizá sea la forma en la que desvía la mirada cuando le pregunto cómo va todo o la manera en la que se apresura a cambiar de tema cuando menciono a Maia. Noto cómo me observa cuando no la miro y eso me incomoda. Aunque sigo dándole una oportunidad, no puedo evitar pensar en Althea y en cómo todo sería diferente si ella hubiera aceptado el trabajo.

Es al tercer día cuando la situación se desmorona. Tengo una reunión importante en Atenas por la mañana, a la que acudo en avión privado para llegar a dormir a Santorini. Las negociaciones han sido rápidas y pudo regresar a la villa antes de lo previsto. Me alegro, porque así podré pasar la tarde con Maia, darle una sorpresa y ver cómo está.

Cuando llego a la villa, noto algo extraño. El silencio es absoluto, un silencio que no debería existir en una casa donde vive una niña de seis años. Dejo las llaves en la entrada y camino hacia el jardín, sintiendo un nudo en el estómago que no puedo explicar. Al llegar a la piscina, me detengo en seco.

Lo que veo y, sobre todo, lo que escucho, me llena de rabia. Ante mí, sin ningún pudor, veo la desnudez de Irene. O la que imagino que es ella, porque ahora mismo solo veo un culo que sube y baja al ritmo que le marcan las manos apoyadas en sus nalgas. La espalda blanca se arquea y su melena pelirroja cubre uno de sus hombros. Adelanto mis pasos, sin hacer ruido para no ponerles sobre aviso. De lado, veo los pechos generosos de Irene rozando el torso de un chico joven que se afana por llegar a un orgasmo que mi presencia corta en seco.

Ella levanta la cabeza y me ve. Su gesto cambia de placer a pánico. Se gira a un lado dejando la polla húmeda del chico a la vista, tesa como un palo. Él se asusta y se lleva las manos a su sexo. Ella carraspea y se levanta, mostrándome su cuerpo desnudo sin ningún pudor.

—Yo..., lo siento —balbucea con cara de no haber roto nunca un plato.

—¡Vístete y lárgate de mi casa! —La palabra «furcia» se queda atascada en mi garganta y siento un leve mareo al recordar una escena parecida que viví no hace mucho.

La situación me resulta tan surrealista que me cuesta procesar lo que está pasando. En otro momento, tal vez la escena me la hubiera puesto dura, pero es todo tan grotesco que solo siento asco.

—No, no me eche, por favor. ¡Señor Dimitrakos! Yo... puedo explicarlo... —gimotea, pero su voz suena vacía, sin ninguna convicción.

—No hay nada que explicar —la espeto con un tono helado—. Quiero que recojas tus cosas y te vayas. Que os vayáis —añado mirando al chico que ya está medio vestido—. ¡Ya!

El chico no espera una segunda invitación. Se levanta, recoge su camiseta y sale corriendo por la puerta trasera sin decir una palabra. Irene, por su parte, se queda un momento más, sin vestirse, intentando decir algo, pero al ver mi expresión, opta por guardar silencio y seguir a su acompañante. Siento que mi paciencia se ha agotado, y lo único que me importa en este momento es encontrar a Maia, que espero que no haya visto nada.

Subo las escaleras rápidamente, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. ¿Dónde está Maia? ¿Qué ha estado haciendo mientras Irene se entretenía con ese chico? ¿Por qué la señora Karalis no está? Abro el cuarto de juegos y ahí está mi hija, sentada en el suelo, mirando la televisión. Está sola, con los ojos tristes y los hombros caídos. Cuando me ve, se pone de pie rápidamente y corre hacia mí.

—¡Papá! —solloza abrazándome con fuerza—. Irene me ha puesto la tele, porque no quería jugar conmigo...

Mi corazón se rompe al escucharla. La rabia que sentí hace un momento se transforma en una profunda tristeza y culpa. Acaricio su cabello y la sostengo con fuerza, intentando consolarla.

—Lo siento tanto, Maia. Esto no volverá a pasar. Estoy aquí ahora y no te voy a dejar sola, ¿vale? Vamos a hacer lo que quieras el resto de la tarde y hoy eliges la cena, cariño.

Maia asiente contra mi pecho y siento cómo sus pequeños brazos se aferran a mí como si nunca quisiera soltarme. La culpa me devora por dentro. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo he podido fallarle así?

Después de tranquilizar a Maia, la llevo a la cocina, donde la señora Karalis, que acaba de llegar de hacer la compra, nos prepara un batido frío de chocolate y nos ofrece unas galletas. Maia se sienta en la mesa, su carita aún mojada por las lágrimas, pero poco a poco empieza a calmarse. La señora Karalis, con su amabilidad y paciencia, logra hacerla reír y yo agradezco en silencio tener a alguien como ella en casa.

Mientras Maia se relaja, mi mente sigue dándole vueltas a lo sucedido. Irene ya no está en la villa, y he dejado claro que no volverá. Pero ahora necesito encontrar una solución, algo que garantice que Maia esté bien cuidada y que esto no vuelva a suceder. Sin Helena a mi lado y la

señora Karalis ocupada con las tareas de una casa tan grande, necesito alguien que me ayude cuando no puedo estar con mi hija. La única solución que se me ocurre es volver a llamar a Althea. La imagen de su sonrisa, la calidez en su voz y la manera en que Maia se iluminaba cuando estaba con ella, no dejan de rondar por mi cabeza.

Me retiro al despacho, sabiendo que tengo que actuar de inmediato. Saco el móvil del bolsillo y marco el número de la directora de la escuela.

—Señora Papadopoulos, necesito el número de teléfono de Althea Petrakis —digo, tratando de mantener la calma, aunque la ansiedad en mi voz es evidente.

—¿Ha ocurrido algo con Irene?

—Sí, algo inaceptable. Mejor que no lo sepa. He tenido que despedirla.

La señora Papadopoulos me da el número, aunque noto cierta reticencia en su voz. No me detengo a pensar en eso ahora. Llamo a Althea, esperando que me conteste.

El teléfono suena una vez, dos veces, y por un momento temo que no lo coja. Pero finalmente, escucho su voz al otro lado.

—¿Diga? —responde, con un tono de voz relajado que me hace sentir un poco más tranquilo.

—Althea, soy Elián Dimitrakos. Necesito hablar contigo sobre Maia. Ha ocurrido algo y quiero pedirte que reconsideres mi oferta. Irene se ha ido y Maia solo quiere estar contigo.

Hay un silencio en la línea, y puedo imaginarla pensándolo. A los pocos segundos, que se me hacen eternos, su voz vuelve a sonar, más firme esta vez.

—Elián, siento mucho lo que sea que haya pasado. Déjame que solucione unas cosas esta noche y te daré una respuesta mañana por la mañana. Pero quiero que sepas que me preocupa Maia tanto como a ti.

—Gracias, Althea, te lo agradezco mucho. Hablamos mañana entonces.

Cuelgo el teléfono y dejo caer mis hombros que mantenía en tensión, sintiendo un leve alivio mezclado con la ansiedad de no saber qué va a decidir. Necesito a alguien en quien pueda confiar, y Althea parece ser la persona adecuada, al menos Maia está feliz con ella. Solo espero que las circunstancias jueguen a nuestro favor esta vez.

Capítulo 5

Althea

El teléfono aún cuelga de mis dedos cuando suspiro profundamente. Lo que acaba de suceder es un giro inesperado, pero necesario. Aceptar cuidar de Maia, a pesar de la oposición de mi padre, no fue una decisión fácil, pero creo que es la correcta. Mientras camino por la casa, mis pensamientos van y vienen, intentando prepararme para lo que está por llegar.

Mi padre siempre ha sido una figura de autoridad en mi vida, y lo respeto profundamente. Pero en este caso, su negativa a que trabaje para Elián Dimitrakos se basa en historias del pasado, en viejas heridas que no me conciernen. Lo que sí me concierne es Maia, y esa pequeña necesita a alguien que la cuide y le dé amor, algo que no puedo negarle, y menos después de la relación tan bonita que hemos creado en la escuela de verano.

Me dirijo hacia el salón, donde mis padres están sentados viendo la televisión. Mi padre, con su expresión severa, no quita los ojos de la pantalla, pero sé que está esperando que le diga algo. Mi madre, por su parte, me mira con una mezcla de preocupación y resignación.

—Papá, mamá, he decidido aceptar el trabajo para cuidar de Maia Dimitrakos —digo, intentando mantener mi voz firme, aunque por dentro sienta un nudo de nervios y un miedo atroz a decepcionarles.

Mi padre apaga la televisión y se vuelve hacia mí, dejándome ver su rostro, que se ha endurecido por la desaprobación.

—¿Althea, no te das cuenta de lo que estás haciendo? Estás entrando en la vida de una familia complicada y de un hombre que no es de fiar. Su padre fue un mujeriego, un hombre que destrozó a su propia esposa. Un hombre que actuaba como si tuviera derecho a acostarse con todas las mujeres de la isla solo por la posición que tenía. ¿Y tú quieres trabajar para su hijo?

Sus palabras caen como piedras sobre mí, pero no me dejo intimidar. Aunque todavía no conozco la historia exacta que hay detrás de esas palabras, Maia no tiene culpa de nada y si puedo ayudarla, lo haré.

—Papá, entiendo lo que dices, pero Elián no es su padre. Es un hombre que ha pasado por mucho, y es evidente que ama a su hija. Y si es como dices, con más razón, porque, ¿no crees que Maia merece salir de ese ambiente que me cuentas? Ella necesita mi ayuda. Prometo que tendré cuidado, que me concentraré en la niña y en nada más.

—Más te vale que sea así. Ese hombre casi te dobla la edad, ¿qué tiene, cuarenta años? Bueno, es igual. A esa edad su padre ya era un ser sin escrúpulos. Ten cuidado, hija mía. Eres mayor de edad y no puedo obligarte.

Mi padre me observa en silencio, después intercambia una mirada con mi madre, quien asiente levemente.

—Hija, solo queremos lo mejor para ti. Pero si crees que esto es lo correcto, confiaremos en tu juicio —dice finalmente mi madre, con un tono más conciliador que el de mi padre. Como siempre.

Asiento, agradecida por su apoyo, aunque sé que aún están preocupados. Pero no puedo dejar que el miedo o las historias del pasado dicten mi vida. Maia es lo que importa ahora.

—Confiad en mí. Os quiero.

Después de hacer las paces con mis padres, subo a mi habitación para prepararme para la tarde. Me pongo un vestido ligero de algodón, ideal para el calor de Santorini. El blanco de la tela contrasta con mi piel ligeramente bronceada y suelto mi cabello, dejando que las ondas naturales caigan sobre mis hombros. Miro mi reflejo en el espejo, donde busco la confianza que necesito para enfrentarme a lo que está por venir.

Cojo el autobús que me lleva hasta la villa de los Dimitrakos, con el estómago revuelto por los nervios. El paisaje de Santorini pasa ante mis ojos con sus colinas ondulantes y el mar, cuyo brillo se extiende hasta donde alcanza la vista. El aroma a salitre y flores silvestres impregna el aire, y crea una atmósfera que siempre me ha calmado, porque es el aroma de mi niñez.

Cuando llego a la villa, Maia es la primera en recibirme. Sale corriendo hacia mí, sus ojos brillan de felicidad y se lanza en mis brazos, con tanto entusiasmo, que casi me tumba al suelo.

—¡Althea, has venido! —exclama con una risa que me llena de alegría.

—Claro que sí, Maia. Tenía muchas ganas de volver a jugar contigo y aquí estoy —respondo, devolviéndole el abrazo.

Elián aparece poco después, caminando hacia nosotras desde la entrada de la casa. Viste una camisa azul que realza el tono de su piel y unos pantalones de lino beige, que le dan un aspecto de cotidianeidad, relajado y elegante al mismo tiempo. Su presencia sigue siendo imponente, lo que provoca que un cosquilleo se instale en mi vientre cuando nuestras miradas se encuentran.

—Gracias por aceptar el trabajo, Althea. No sabes cuánto lo valoro —dice, con una sonrisa que transmite agradecimiento y tranquilidad.

—Gracias a ti por darme la oportunidad. Maia es lo que importa.

—Sí, ella es lo primero siempre. Pero todo cuenta, así que luego hablamos de tus honorarios y demás asuntos del trabajo, ¿te parece?

Asiento y nos dirigimos juntos al jardín, donde Maia insiste en mostrarme todo lo que ha hecho en los días que no he estado con ella. Elián nos sigue, observando en silencio, pero no puedo evitar notar cómo su mirada se suaviza cada vez que Maia se aproxima a él.

Entiendo que quiera estar cerca para asegurarse de que soy de fiar. Después de hablar con él, llamé a Irene y me contó su versión de lo que pasó en la villa. Ella dice que la pilló besándose con su novio y que Elián disfrutó con la escena. Tanto, me dijo, que se lamió los labios al verla completamente desnuda. Me pregunto qué hacía desnuda si solo eran besos. He preferido no sacar conclusiones sin saber la verdad.

El jardín de la villa es un lugar impresionante, con flores de colores vivos que bordean los senderos de piedra y la piscina que brilla bajo el sol de la tarde. Hay un ambiente de tranquilidad aquí y una sensación de paz que contrasta con la intensidad que siento cuando Elián está cerca.

Maia me lleva de la mano hacia la piscina, donde una ligera brisa riza la superficie del agua. Se sienta en el borde, chapoteando con los pies mientras me cuenta con entusiasmo todo lo que ha hecho desde la última vez que la vi. La escucho con atención, feliz de ver que ha recuperado algo de su energía habitual y que, según su padre, había perdido.

—Althea, ¿puedes quedarte a cenar? —me pregunta Maia de repente, con esos ojos grandes que es imposible decírles que no.

Miro a Elián, que asiente con una sonrisa.

—Por supuesto, Maia. Me encantaría cenar con vosotros —respondo, y siento cómo la tensión en mis hombros se disipa un poco.

Elián nos deja a solas mientras nosotras jugamos a encestar una pelota de baloncesto en una pequeña canasta que hay a un lado del jardín. Por lo visto, ha heredado la afición que tenía su padre por ese deporte y que le llevó a jugar en algún equipo importante, según me ha contado mi padre.

Dos horas después, con Maia ya duchada y lista para cenar, nos dirigimos al comedor, donde la señora Karalis ha preparado unas pizzas a petición de la niña. Nos sentamos en la mesa con Maia y la conversación fluye cuando Elián me pregunta por mi familia, mi vida en Santorini, la Universidad y yo respondo con sinceridad, disfrutando del tono relajado de la cena.

Mientras hablamos, no puedo evitar observar a Elián con más detenimiento. Es un hombre marcado por el dolor, pero también por una fuerza silenciosa que admiro. No suele sonreír, pero cuando lo hace, se le ilumina su rostro de una manera que me deja sin aliento. Y eso suele ocurrir cuando mira a su hija.

Después de la cena, Maia comienza a bostezar, y Elián la lleva a su habitación. Me quedo en la terraza, disfrutando de la brisa nocturna que trae consigo el olor del mar. La villa está en silencio, y me encuentro pensando en lo rápido que todo ha cambiado en tan solo unas horas. Debería irme, pero hacerlo sin despedirme no sería muy educado por mi parte, así que decido esperar a que vuelva.

Elián regresa después de acostar a Maia y se sienta a mi lado. El ambiente entre nosotros es cómodo, aunque cargado de una tensión sutil, que ambos intentamos ignorar.

—Gracias de nuevo por venir, Althea. Maia te adora y puedo ver por qué. —Su voz es suave, casi un susurro en la oscuridad.

—Es una niña especial. Me alegra poder pasar tiempo con ella. —Mis palabras son sinceras, y sé que lo siente—. Bueno, debo marcharme. El último autobús pasará en diez minutos.

Elián me mira, con sus ojos oscuros llenos de emociones, mientras me levanto para irme. Cojo mi mochila y me despido de él.

—Gracias, Althea. Perdona que insista, pero es que veo a mi hija tan contenta que hasta siento celos —sonríe y su mano roza la mía por un breve instante, un contacto que envía una chispa a través de mi cuerpo. ¡Qué digo! Una corriente eléctrica que me cuesta disimular.

«Althea, es muy mayor para ti, y el padre de una alumna. Relájate y recuerda lo que ha dicho papá», me digo a mí misma de camino a la parada.

Pero una cosa es lo que me dice la cabeza y otra muy distinta lo que me transmite el cuerpo. Y ahora mismo solo pienso en sus labios. Cierro los ojos y me dejo mecer por el vaivén del autobús, con mi mano entre las ingles, tapadas por la mochila, y soñando con que es su mano la que me acaricia.

Capítulo 6

Elián

El sol ya se alza en el cielo cuando Maia y yo subimos al jet privado que nos llevará a Atenas. Unos amigos me han invitado a una fiesta exclusiva en la ciudad y he decidido llevar a Maia para que se despidiera de Helena. Estuve a punto de rechazar la invitación, porque sé lo que me voy a encontrar: un montón de mujeres exhibiéndose para nosotros, apetecibles y seguro que con la promesa de una noche de sexo fantástico.

Pero no me apetece. Llevo unos días sintiéndome más relajado y toda esa rabia que suelo soltar con sesiones de sexo, cuanto más fuerte, mejor, con desconocidas no me atrae estos días. Algo está cambiando en mí que no me llama nada volver a noches de sexo vacío. Además, ahora que veo crecer a mi hija, pienso en cómo me gustaría que la trataran los hombres y tengo miedo por ella. Ojalá nunca se encuentre a un cabrón como lo fue mi padre. Un malnacido al que no me quiero parecer.

El viaje de 45 minutos promete ser tranquilo y Maia, como siempre, está emocionada por la aventura. Me siento a su lado, observando cómo sus ojos se iluminan al mirar por la ventanilla. Mientras el avión despegue, ella se recuesta en su asiento, aferrada a su osito de peluche, y yo no puedo evitar sonreír al verla tan feliz.

—Papá, ¿puedo hablarle a la tía Helena de Althea? —pregunta de repente, girándose hacia mí con esos grandes ojos llenos de ilusión.

—Claro, cariño —respondo, aunque una parte de mí siente un leve pinchazo de incertidumbre. No sé por qué, pero la idea de que Helena se entere de la cercanía que Maia tiene con Althea me hace sentir algo incómodo. Debo estar celoso. Mi niña ha sido solo mía durante mucho tiempo.

El vuelo transcurre sin sobresaltos y antes de que nos demos cuenta, aterrizamos en Atenas. El jet privado nos deja en una zona exclusiva del aeropuerto, donde un coche ya nos espera para llevarnos al ático de Helena. Durante el trayecto, Maia no deja de hablar sobre Althea, contándome con entusiasmo todas las cosas que han hecho juntas en los últimos días. Cada palabra que dice sobre ella refuerza la sensación de que he tomado la decisión correcta al pedirle que trabajara para nosotros en Santorini.

Llegamos al edificio de Helena, un lujoso ático en el centro de Atenas. Las calles que lo rodean están llenas de vida con cafés y tiendas elegantes, que reflejan la vibrante energía de la ciudad. Al entrar en el edificio, un conserje uniformado nos saluda con una sonrisa cortés, antes de guiarnos hacia el ascensor privado que nos lleva directamente al piso de mi hermana.

El ático de Helena es impresionante con una decoración moderna que refleja su gusto impecable y su éxito profesional. Grandes ventanales ofrecen una vista panorámica de la ciudad y la luz del sol inunda cada rincón del espacioso salón.

—¡Tía Helena! —grita Maia en cuanto entra, corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

Mi hermana, siempre elegante y con esa sonrisa que ilumina cualquier habitación, se agacha para recibir a Maia en un cálido abrazo. Hubiera sido una buena madre si mi padre no le hubiera creado ese odio a los hombres.

—¡Maia, mi cielo! —responde, besando su cabeza antes de levantar la vista hacia mí—.

Elián, bienvenido.

—Gracias, Helena —respondo, mientras nos damos un abrazo más reservado.

Nos acomodamos en el salón y, mientras Helena se sienta junto a Maia para escuchar todo lo que tiene que contarle, aprovecho para admirar el lujo discreto de su hogar. Todo en este lugar habla de éxito y sofisticación, desde los muebles de diseño hasta las obras de arte que adornan las paredes. Sin embargo, es el cariño que Maia recibe de Helena lo que más me reconforta.

—Tía Helena, tienes que conocer a Althea —comienza Maia, con la energía que solo una niña de su edad puede tener—. Es la mejor profe del mundo mundial. Me lo paso superbién con ella, porque ahora me cuida en la villa. Papá dice que se quedará con nosotros todo el verano.

Helena sonríe mientras escucha a Maia, pero noto cómo su mirada se dirige a mí, curiosa.

—Parece que Althea ha conquistado el corazón de Maia —dice, con un tono cálido, pero que no oculta su interés.

—Sí, es una joven encantadora —respondo, intentando parecer despreocupado y que mi hermana no note mi turbación al pensar en ella.

Maia sigue hablando de Althea, describiendo con entusiasmo cada detalle, desde cómo juega con ella hasta cómo le enseña cosas nuevas todos los días. Helena la escucha con atención, asintiendo de vez en cuando, pero sus ojos siguen volviendo a mí, como si intentara leer entre líneas lo que no digo.

Al poco rato, decidimos salir a almorzar al puerto deportivo de Flisvos, un lugar conocido por su lujo y por las vistas impresionantes al mar Egeo. Tomamos el coche de Helena, un elegante sedán negro y, en pocos minutos, estamos caminando por el puerto, rodeados de yates y embarcaciones de lujo que reflejan el sol en sus superficies brillantes.

Nos sentamos en un restaurante con una terraza que da directamente al agua. Las mesas están cubiertas con manteles blancos, y los camareros, impecablemente vestidos, nos ofrecen un servicio discreto. Maia sigue hablando, esta vez sobre los yates que nos rodean y lo que le gustaría ser de mayor, mientras Helena y yo elegimos el vino.

—Parece que Maia está muy contenta con Althea —dice Helena, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, lo está —respondo, sirviéndome una copa de vino—. Ya la has oído: de mayor quiere ser profesora como ella. Debo agradecerte la idea de contratar ayuda. Maia está feliz.

—¿Y tú? —pregunta Helena, tratando de parecer despreocupada, aunque su mirada es directa e incisiva.

—Contento. Parece una buena chica, y Maia la adora. Eso es lo más importante.

Helena asiente, pero puedo ver que no está del todo convencida. Ella siempre ha sido buena para leerme la mente y, aunque intento mantener mis pensamientos y sentimientos bajo control, sé que no es fácil engañarla. Ella, tres años mayor que yo, se ocupó de mí cuando mi madre cayó en depresión atormentada por las infidelidades de mi padre y cuando, posteriormente, murió.

El almuerzo transcurre de manera tranquila, con Maia robando el protagonismo con sus historias. Mientras la miro, hablando con tanta alegría y entusiasmo, me doy cuenta de cuánto ha cambiado mi vida desde que Althea llegó.

Después del almuerzo, Helena y Maia van al cine con la mejor amiga de mi hija y luego volverán al ático a dormir, mientras que yo voy a mi casa para descansar y prepararme para la fiesta. Una parte de mí siente que necesita un respiro y despejar la cabeza de todas estas emociones contradictorias.

La fiesta se celebra en una villa lujosa a las afueras de la ciudad, un lugar que exuda opulencia por cada rincón. Al llegar, me recibe el sonido de una música suave y el murmullo de

las conversaciones. La casa está llena de gente, la mayoría caras conocidas de la alta sociedad ateniense. El ambiente, cargado de lujo y ostentación, me resulta extrañamente vacío.

Las mujeres en la fiesta son hermosas, algunas incluso deslumbrantes y no tardan en acercarse a mí con sonrisas insinuantes. El dueño de la villa ha contratado a la mayoría de ellas para que animen la fiesta. Se nota cuáles son por cómo van vestidas, o no vestidas sería más adecuado decir si me fijo en la poca ropa que les cubre. Una de ellas, alta, rubia, con un vestido rojo que se ciñe a su figura de manera provocativa, con un escote que le llega al borde de los pezones, se acerca a mí con una copa en la mano.

—Elián, cuánto tiempo sin verte —susurra a mi oído con tono suave y seductor, tan cerca de mi cuerpo que roza mi sexo con su mano—. ¿Te apetece dar una vuelta, cariño?

La miro, y enseguida la reconozco de otras ocasiones, aunque me acordaría más si viera su cuerpo desnudo antes que su cara. En mis noches de sexo sin más, procuraba no fijarme en el rostro de las mujeres que me follaba para no reconocerlas. Solo era sexo y solo me interesaba su vagina.

Pero hoy no me apetece. Lo que antes podría haber sido una tentación, ahora me resulta indiferente y me provoca una sensación de vacío. A pesar del ambiente de la fiesta, las luces, la música, y la insinuante cercanía de mujeres atractivas, mostrando sus atributos sin ningún pudor, mi mente no deja de pensar en otras personas, Maia y Althea, y reconozco que otra vida es posible.

Cuando mi mujer, Alexandra, falleció, me sumí en un mundo oscuro, sobre todo por las circunstancias en las que murió. Helena se ocupó de Maia y me obligó a salir de esa oscuridad en la que solo existía la noche, el alcohol y el sexo duro. Ni recuerdo las cosas que hice y que ahora me avergüenzan. Por un momento pensé que me estaba convirtiendo en mi padre, pero mi hermana no me soltó ni un momento y gracias a ella, con Maia como mi mejor aliento, conseguí salir. Los últimos meses es cierto que quedaba aún con mujeres como desahogo, pero fuera de este mundo tan sórdido en el que casi me pierdo.

—No, gracias —respondo interrumpiendo mis pensamientos y me alejo de ella.

Continúo caminando por la fiesta, saludando a mis amigos, pero mi ánimo no mejora. Todo parece vacío, superficial. El lujo, las mujeres que buscan mi atención, las risas... nada de eso me llena. Solo puedo pensar en cómo sería volver a casa, a Santorini, y en lo mucho que he cambiado sin darme cuenta.

Cansado de dar vueltas viendo a los demás borrachos o follando por cualquier sitio, decido que ya he tenido suficiente. Salgo de la fiesta con una sensación de peso en el pecho que no puedo explicar y regreso solo a mi piso, donde paso una noche inquieta, lleno de pensamientos confusos.

A la mañana siguiente, me encuentro con Helena y Maia para almorzar antes de regresar a Santorini. Elegimos un pequeño restaurante cerca de su ático, donde Maia, con su inagotable energía, sigue robando el protagonismo con sus historias. Mientras la observo, siento que mi vida ha tomado un rumbo que nunca pensé, pero que, de alguna manera, parece ser el correcto.

—Cariño —me dice mi hermana en un momento que Maia ha salido a correr en la plaza detrás de las palomas—, recuerda que tú no eres papá y que no tienes por qué ser como él. Me lo demuestras cada día con tu devoción por tu hija. Estoy orgullosa de ti y mamá también lo estaría.

Sus palabras son como un abrazo a mi corazón y un zarpazo a las dudas que me acosan. Es cierto que vivo con el miedo de parecerme a él en todo lo que no sean los negocios. Vivo asustado, aunque cada vez menos gracias a Helena y a mi hija.

—Gracias. Sé que lo voy a conseguir. Maia es una niña feliz.

—Sí, pero recuerda que para que ella sea feliz, lo debes ser tú también. Ya sabes que con regalos no se compra el cariño de una niña ni su felicidad. Lo hemos vivido en primera persona. Sigue dándole momentos y todo el amor que tienes, que es mucho. Te lo repito: si quieres que ella viva feliz, cuida de tu propia felicidad.

Después del almuerzo, nos despedimos de Helena, y Maia y yo tomamos el vuelo de regreso a la villa. Durante el trayecto, Maia se duerme con la cabeza apoyada en mi brazo, y yo me encuentro sumido en mis pensamientos. Santorini nos recibe con su habitual calidez, el sol del atardecer baña la isla con una luz naranja casi rosa que siempre me ha hecho sentir en casa. Pero ahora, mientras conduzco de regreso a la villa, no puedo evitar pensar en lo que Helena me ha dicho sobre dejar el pasado atrás y centrarme en lo que me hace feliz. Quizás es hora de que permita que algo nuevo crezca, algo que, por primera vez en mucho tiempo, podría devolverme la paz que tanto he buscado.

Capítulo 7

Althea

El calor del día comienza a ceder cuando el sol se inclina hacia el horizonte, dejando una estela brillante sobre el mar. El agua azul del Egeo, tranquila y serena, refleja los tonos del atardecer, creando un paisaje casi irreal. Hoy he decidido llevar a Maia a la playa para que disfrutemos juntas de la tranquilidad de la tarde. Es uno de esos días en los que el mundo parece detenerse, en los que la belleza del entorno se convierte en un bálsamo para el alma. Y necesitamos descansar después de todo el día sin parar.

Mientras Maia corre por la arena, con una risa que resuena en el aire, me permito disfrutar del momento. Llevo un vestido verde de algodón ligero, perfecto para el calor del verano, que se ciñe a mi cuerpo cada vez que la brisa marina sopla. Mis pies descalzos sienten el frescor de la arena bajo ellos y, por un instante, cierro los ojos y me dejo llevar por la paz que ofrece este lugar.

—¡Mira, Althea! —grita Maia, enseñándome una concha que ha encontrado entre las olas. Ya me dijo su padre que le encantan buscarlas, se puede pasar horas rebuscando en la arena.

—¡Es preciosa! —respondo con una sonrisa y me agacho para admirar su hallazgo.

Es en ese momento cuando, al levantar la vista hacia el mar, lo veo. Elián emerge del agua como un dios griego, con el sol detrás de él, haciendo brillar cada gota de agua que resbala por su piel bronceada. Lleva un bañador oscuro que se ajusta perfectamente a su figura, dejando poco a la imaginación. Cada músculo de su torso esculpido se destaca mientras camina hacia la orilla y mi corazón se acelera de una manera que no puedo controlar.

Siento cómo un rubor cálido me sube por el cuello hasta las mejillas, mientras un cosquilleo entre las piernas me hace apretarlas y bajo la vista rápidamente, tratando de recuperar la compostura. Sin embargo, mis ojos vuelven a buscarlo, como si tuvieran vida propia. El contraste entre la fuerza de su cuerpo y la suavidad del entorno es hipnótico y me doy cuenta de que estoy completamente atrapada en el momento.

Elián me ve y una sonrisa curva sus labios cuando se acerca. Maia corre hacia su padre y él la recibe con un abrazo, levantándola en el aire mientras ella ríe, y su alegría resuena en la playa casi vacía. Los músculos que se aprietan al alzar a la niña son un regalo para mis ojos y creo que poblarán mis sueños de esta noche. La escena del padre y la hija en este entorno tan acogedor es tan perfecta que casi parece irreal, como sacada de una película.

—Althea —saluda con esa voz profunda que siempre logra hacerme sentir un poco más pequeña—. No sabía que estaríais aquí.

—Pensé que sería una buena idea aprovechar el buen tiempo y salir de casa —afirmo, y noto que mi voz tiembla un poco. Espero que no se haya dado cuenta.

—Has hecho bien. Es un lugar magnífico —dice mientras deja a Maia en el suelo y se acerca un poco más a mí. La proximidad de su cuerpo mojado y el calor que emana incluso después de estar en el agua, me hace perder el aliento por un momento.

Me obligo a mantener la mirada fija en el mar, tratando de no dejar que mis pensamientos se desvíen, pero es inútil. La presencia de Elián, tan cerca, hace que cada parte de mi cuerpo esté

alerta, consciente de él de una manera que me resulta casi perturbadora.

Maia se ha alejado un poco para seguir buscando conchas, lo que nos deja a Elián y a mí en un silencio cargado de una tensión, que ninguno de los dos parece saber cómo romper. Elián se sienta a mi lado, fuera de la toalla, y se abraza a sus rodillas con la mirada hacia el horizonte. Las gotas que le caen del pelo resbalan por su espalda y acarician su piel dorada. Está guapísimo.

—¿Cómo fue tu viaje a Atenas? —pregunto, buscando algo que decir para llenar el vacío.

—Fue... interesante —responde él, con un tono que no revela mucho—. Nos ha dado mucha pena despedirnos de mi hermana Helena. Maia la quiere como a una madre. Pero, me alegro de haber vuelto. Santorini es un lugar al que siempre quiero regresar y en Atenas hace demasiado calor.

Asiento, aunque mi mente sigue centrada en la imagen de él saliendo del agua y en cómo su sola presencia parece llenar todo el espacio a nuestro alrededor. No puedo evitar preguntarme si él notará lo mismo que yo, aunque la atracción que creo que crece entre nosotros debe ser solo imaginación mía. Él puede tener a la mujer que desee y además está centrado en sus negocios y en su hija. Mi padre me ha prevenido sobre la fuerte atracción que ejerce esta familia y empiezo a darle la razón. Soy casi una niña para él y no debería ni siquiera pensar en todo esto que estoy pensando.

De repente, Maia vuelve corriendo hacia nosotros, con las manos llenas de pequeñas conchas y piedras que quiere mostrarme. Me inclino para recibirla, agradecida por la distracción, mientras Elián nos mira con una sonrisa en los labios. Sin embargo, incluso mientras me concentro en Maia, puedo sentir su mirada sobre mí, como si estuviera observando cada uno de mis movimientos y cada una de mis reacciones. Noto que el vestido se me pega al cuerpo y me siento incómoda ante su mirada.

—Papá, ¿puedes jugar conmigo en el agua? —pregunta Maia, tirando de la mano de Elián para que se levante.

—Por supuesto, Maia —responde él y se deja llevar por la niña hacia las olas.

Me quedo atrás, observándolos mientras juegan en el agua. Elián, con su cuerpo perfecto, y Maia, con su alegría infantil, crean una imagen que me hace sentir una mezcla de emociones. Estoy feliz de ver a Maia tan contenta, pero no puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar, como si estuviera observando algo que no debería, una intimidad familiar a la que no pertenezco.

Mientras los miro, no puedo evitar que mis pensamientos vuelvan a lo que he estado intentando ignorar. Elián no es solo el padre de Maia; es un hombre que me atrae de una manera que no esperaba, de una manera que es cada vez más difícil de rechazar. Trato de recordar la última vez que tuve sexo y no creo que las sensaciones que ahora tengo se le parezcan. Abro un poco las piernas y dejo que la brisa me acaricie la entrepierna. Lo hago buscando que me refresque la hoguera que ha encendido Elián, aunque lo que consigo es lo contrario. La brisa me hace cosquillas y temo no poder parar esta sensación que me abruma. Me pongo de pie y me acerco al agua para mojar los pies. Necesito refrescarme como sea.

Veo como Elián y su hija salen del agua y se acercan a mí. Maia se queda a mi lado y Elián se zambulle antes de llegar a nosotras. Camina hacia la orilla con su cuerpo goteando cuando agita la cabeza para sacudirse el agua como si fuera un anuncio de colonia y yo creo que me voy a fundir.

—Althea, ¿por qué no te unes a nosotros en el baño? —me pregunta y no sé si me lo imagino por mi estado o es real esa mirada tan intensa que me dedica, casi desafiándome.

—No traje bañador —respondo rápidamente, con una risa nerviosa.

—Una pena —murmura él y, aunque su tono es ligero, hay algo en su mirada que hace que

mi corazón lata un poco más rápido—. Deberías traerlo los próximos días. Seguro que a Maia le gustaría bañarse contigo aquí o en la piscina. Asiento y lo único que deseo es correr hasta llegar a mi casa y meterme bajo la ducha helada.

Se hace la hora de irnos. Subimos a la villa caminando despacio con Maia entre nosotros, que juega sin cansarse. Siento que he llegado a un punto del que ya no hay vuelta atrás y me riño porque mi padre me lo advirtió, aunque aún no sé qué es lo que le molesta tanto de esta familia. Sé que debo ser cuidadosa, porque no puedo permitir que estos sentimientos crezcan. Aun así, una parte de mí se pregunta si es posible detener algo que ya parece inevitable.

Capítulo 8

Elián

Cuando Althea se marcha, el sol ya se ha ocultado por completo, dejando tras de sí un cielo estrellado, que ilumina la costa de Santorini con una luz tenue y casi mágica. La villa, situada en lo alto de un acantilado, ofrece una vista panorámica del mar Egeo, donde las olas parecen susurrar secretos al rozar suavemente las rocas. Esta noche, la brisa es fresca, cargada del aroma del mar y del verano, una combinación que siempre me ha traído una paz que rara vez logro encontrar en otros lugares.

Sin embargo, esta vez, esa paz me elude. Me he sentado en la terraza, con una copa de vino en la mano, y observo el horizonte mientras mi mente no deja de dar vueltas. Althea ocupa mis pensamientos y en lo que ha pasado esta tarde en la playa. Hay algo en ella que despierta en mí emociones que creía enterradas. La forma en que el sol iluminaba su cabello, cómo su vestido se pegaba a su cuerpo, revelando esas curvas suaves que no pude eludir... todo en ella me atrae de una manera que no puedo ni quiero entender.

Pero sé que debo mantenerme alejado. Es mucho más joven que yo y su pureza, esa luz que irradia, es algo que no quiero mancillar con las sombras de mi pasado. Althea no merece verse arrastrada por la oscuridad que he intentado dejar atrás, por la culpa que me consume cada vez que pienso en las cosas que he vivido, en las mujeres que he usado solo para liberar mi ira por lo que pasó con Alexandra y el hueco que ha dejado en la vida de mi hija.

Levanto la copa de vino y bebo un sorbo, tratando de calmar la ansiedad que me recorre. Pero el vino, en lugar de apaciguar mis pensamientos, solo intensifica la lucha interna que llevo dentro. Por un lado, está el impulso primitivo que me pide que me acerque a Althea, que la toque y que la haga mía con una dulzura que no he sentido por otras mujeres. Por otro, está la culpa, el saber que no soy el hombre adecuado para ella, que no puedo ofrecerle más que complicaciones y sufrimiento. La fama de mi familia, aunque no tenga nada que ver conmigo, le afectaría y no lo puedo permitir. Y menos siendo tan joven, con toda la vida por delante.

Me levanto de la silla y camino hasta el borde de la terraza, apoyándome en la barandilla de hierro forjado. Desde aquí, la vista es impresionante; las luces de las otras villas parpadean en la distancia y el sonido de las olas es hipnótico. Pero ni siquiera este paisaje, que normalmente me calma, puede apartar mis pensamientos de ella.

—Althea... —murmuro para mí mismo, como si decir su nombre en voz alta pudiera aclarar lo que siento.

Me doy cuenta de que es peligroso seguir así. Si no pongo distancia entre nosotros, si no encuentro la manera de controlar este deseo que crece día a día, terminaré haciéndole daño. Y eso es lo último que quiero.

Recuerdo las palabras de mi hermana Helena, cuando me dijo que debía dejar el pasado atrás, que no soy como mi padre. Pero, ¿cómo puedo estar seguro? Lo llevo en la sangre y en cada decisión impulsiva que puedo tomar. El miedo a convertirme en él es algo que me paraliza y que me impide avanzar. Althea se merece algo mejor, alguien que no cargue con un pasado tan oscuro, alguien que pueda darle lo que realmente necesita.

Mientras regreso a mi habitación, me doy cuenta de que estoy en peligro; un peligro del que no estoy seguro de querer escapar. Quizás, después de todo, el deseo y la culpa son las dos caras de la misma moneda y yo estoy atrapado en el medio, sin saber cuál es el camino correcto. Lo único que sé es que Althea ha encendido algo en mí que creía muerto y, por más que lo intente, no puedo apagar esa llama.

Me acuesto con la imagen de Althea en la playa y noto cómo mi erección crece irremediablemente. Me levanto y me meto en la ducha. Dejo que el agua caiga sobre mi cuello, apoyo una mano en las baldosas y con la otra me masturbo. Susurrar su nombre me hace enfadarme conmigo mismo, así que me muerdo el labio y aprieto los ojos mientras el orgasmo llega, librándome por un momento del ansia que me consumía. Pero no consigo despejar la mente.

«De momento, esto es todo lo que vas a tener de ella», me digo y vuelvo a la cama, fresco y desnudo, a esperar el día.

Me levanto pronto y salgo a correr. Es otra forma de liberar la ira que descubrí al hacer terapia después de la muerte de Alexandra y de mi padre. Desde entonces, procuro correr a diario.

Hoy, como cada mañana desde que aceptó el trabajo, Althea llegará para cuidar de Maia mientras yo me sumerjo en mis negocios. Sé que es inevitable verla, saber que está cerca y siento cómo mi corazón se acelera ante la simple idea de su presencia en la villa. Es un sentimiento al que trato de no hacer caso, pero que se hace más fuerte con cada día que pasa.

Después de vestirme con unos pantalones de lino claro y una camisa azul oscura, me dirijo a la cocina donde Maia ya está sentada, desayunando bajo la atenta mirada de la señora Karalis. Su sonrisa cuando me ve entrar es suficiente para arrancarme una sonrisa a mí también. Ella me alegra el día.

—¡Papá! Hoy vamos a hacer manualidades con Althea y después vamos a nadar —dice Maia con entusiasmo, mientras toma un sorbo de su zumo.

—Eso suena genial, cariño. —Me acerco para besarla en la frente—. Pórtate bien, ¿vale? Tengo mucho trabajo que hacer hoy.

—Siempre me porto bien —replica y no puedo evitar reírme ante su respuesta.

Justo en ese momento, escucho la puerta de entrada y sé que es Althea. Mi cuerpo reacciona antes de que pueda controlarlo, y me doy cuenta de que estoy nervioso. ¿Por qué? No lo sé, o más bien, no quiero admitirlo. Cuando ella aparece en la cocina, con un vestido veraniego de color blanco y una sonrisa que parece iluminar la habitación, siento cómo mi corazón da un vuelco.

—Buenos días, Elián, Maia.

Su voz suave me sacude por dentro y me recuerda que debo poner remedio a esto antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué tal? Hace muy buen día.

—¡Althea! —me corta mi hija—. Vamos a hacer una casa de muñecas gigante con cartón y luego nadamos en la piscina, ¿vale?

Lo dice tirando ya de la mano de Althea para llevarla al jardín.

—Claro, cariño, es un plan perfecto. ¿Tenemos de todo?

Las veo salir al jardín desde la ventana de la cocina, y durante un momento, me quedo allí de pie, observándolas. Althea se agacha para estar a la altura de Maia, y juntas comienzan a organizar los materiales para la actividad del día. La forma en que interactúan, la naturalidad con la que Althea se ha integrado en nuestras vidas, es algo que me desconcierta y, al mismo tiempo,

me fascina.

Me dirijo a mi despacho, pero no puedo concentrarme. Los correos electrónicos y los informes que se apilan sobre mi escritorio parecen perder su importancia cuando sé que, a solo unos metros de distancia, está ella, con Maia, disfrutando de una mañana que yo desearía poder compartir.

Dejo escapar un suspiro y decido levantarme de la silla. Caminar siempre ha sido una forma de calmarme, así que me acerco a la ventana que da al jardín, donde las risas de Maia resuenan en el aire. Las veo trabajando con el cartón, Althea concentrada en recortar y Maia dándole instrucciones con la seriedad que solo un niño puede tener. La escena es tan perfecta y tan llena de vida, que por un momento me siento un intruso, como si no tuviera derecho a presenciárselo.

Me doy cuenta de que he estado observándolas más tiempo del que debería. Mi mirada se detiene en Althea, en cómo el cabello le cae por la cara y cómo sopla para quitárselo. Me encantaría que mis dedos rozaran su rostro para apartar esos mechones que le molestan. Me fijo en cómo su vestido se mueve con la brisa dejando a la vista sus muslos y siento el deseo crecer dentro de mí. Un deseo que lucha contra la culpa y la razón. La imagen lanza recados a mi sexo que crece irremediabilmente ante la expectativa de algo que no debo dejar que suceda.

Vuelvo a mi escritorio y, para serenarme, recuerdo de nuevo lo que dijo Helena de que no soy mi padre y que soy mucho mejor que él. La maldad no se hereda. Pero el miedo sigue ahí, ese miedo a hacerle daño, a arrastrarla a un mundo que ella no merece.

Más tarde, cuando el calor del mediodía comienza a apaciguarse, escucho el chapoteo del agua en la piscina y me acerco a la ventana a observarlas. Me alegro al ver que Althea ha traído traje de baño y me pierdo en las ganas de verla salir del agua, aunque me recuerdo que las observo, porque cuido de mi hija. «¿Estás seguro, Elián?».

Hacen carreras, en las que observo que Althea se deja ganar, hasta que se sientan en el borde de la piscina a descansar. Están de espaldas a mí, lo que me permite recrearme en la espalda de Althea, apenas rozada por el cordón del bikini y las gotas que caen por ella hasta el borde de sus nalgas. Está delgada, pero fuerte, y nada me gustaría más en este momento que saborear su cuerpo, sentarla entre mis piernas y besar el rastro que las gotas de agua dejan sobre su piel, mientras mi sexo roza su culo. Rodearla con mis brazos y girarla lo suficiente para besarla. Necesito que se dé la vuelta para verla por delante y no tener que inventar cómo son sus senos para imaginarme acariciándolos.

Pero en lugar de eso, se meten de nuevo en el agua a jugar con una pelota. Suerte que se pueden refrescar, mientras yo me quedo en mi despacho con un incendio interior que me quema y una erección que apenas puedo disimular.

«No, esto no está bien».

Me apoyo en el marco de la ventana, luchando contra la tentación de salir al jardín, de unirme a ellas, de sumergirme en ese pequeño paraíso que han creado juntas. Pero sé que no puedo, que debo mantener la distancia, por su bien y por el mío. Sin embargo, ese deseo, esa necesidad de estar cerca de ella y devorarla, no desaparece. Se queda ahí, latente, esperando el momento adecuado para estallar.

La mañana se desvanece y, con ella, el turno de Althea. La tarde la pasaré con mi hija en la playa. Las escucho entrar en la villa y me alegro de que sus voces llenen el espacio con una calidez que no había sentido en mucho tiempo. Me quedo en mi despacho, fingiendo estar ocupado, pero en realidad solo estoy esperando el momento en que pueda despedirme de ella sin que mi voz delate lo que siento.

—Elián, ya me voy —dice Althea desde la puerta del despacho, con Maia abrazada a su

pierna.

Levanto la vista y las veo allí, la escena tan familiar que casi podría engañarme, hacerme creer que esto es normal y que así podría ser nuestro día a día.

—¿Lo habéis pasado bien? —respondo, con una sonrisa forzada—. Maia, despidete de Althea.

Mi pequeña se lanza a mis brazos y, tras abrazarla, la dejo correr hacia la puerta donde se despide de Althea con un beso en la mejilla y otro abrazo. Veo cómo se alejan hacia la puerta, y mientras las observo, una parte de mí se siente vacía, como si con su partida se llevara algo de mí, junto con el miedo de volver a pasar por lo mismo al día siguiente.

Cierro la puerta del despacho y me apoyo en ella, sintiendo el peso de las emociones que he estado reprimiendo durante toda la mañana. Sé que esto no puede seguir así, que tengo que encontrar la manera de lidiar con lo que siento antes de que se me escape de las manos. Pero, por ahora, lo único que puedo hacer es intentar apagar esa llama que se ha encendido dentro de mí, aunque sé que es una batalla que ya he perdido.

Capítulo 9

Althea

La brisa marina acaricia mi rostro mientras camino por la playa junto a mis amigos, pero ni ese leve frescor logra disipar la tormenta de pensamientos que llevo dentro. Desde que he salido de la villa de Elián este medio día, siento que algo ha cambiado dentro de mí, como si el equilibrio que tanto me había esforzado por mantener se estuviera desmoronando. Cada vez que cierro los ojos, veo su mirada observándonos desde la ventana, aunque él no debe saber que me he dado cuenta, una mirada que me hace cuestionar mi decisión de mantenerme lejos de él.

Hemos quedado para pasar la tarde en una de las playas de Santorini, alejada de las más turísticas. Nos instalamos en una cala apartada, un lugar tranquilo donde el murmullo de las olas es el único sonido que interrumpe el silencio. María, con su larga melena castaña recogida en una trenza, extiende su toalla junto a la mía y me mira con esos ojos curiosos, que siempre parecen saber más de lo que deberían.

—Althea, te noto rara últimamente —comenta, girándose hacia mí mientras se sienta en la arena—. ¿Qué te pasa?

Niko, que está jugando con un balón un poco más allá, deja lo que está haciendo y se acerca con una sonrisa burlona en los labios.

—Sí, cuéntanos, ¿cómo va la vida en la villa del gran Elián Dimitrakos? —bromea, y deja caer el balón a un lado antes de sentarse junto a nosotras.

Me esfuerzo por parecer despreocupada, pero sé que mi voz tiembla un poco cuando respondo.

—Va bien. Maia es una niña encantadora y todo está en calma. Necesita cariño.

María arquea una ceja, evidentemente no convencida por mi intento de minimizar la situación.

—Venga ya, Althea. Hay algo más. Te conozco desde que éramos pequeñas, y sé cuándo algo te está carcomiendo por dentro. Y después de lo que pasó con Irene... El tipo parece un poco *voyeur*, ¿no? Entiendo que estés preocupada.

El rubor sube por mi cuello hasta mis mejillas y no puedo evitar bajar la mirada hacia la arena, intentando ocultar mi incomodidad. Siento los ojos de ambos clavados en mí, esperando que les dé algún detalle jugoso que alimente los rumores.

—No fue nada de eso —digo finalmente, con un suspiro—. Irene cometió un error muy grave y Elián decidió que no podía seguir en la casa. Fue ella la que se exhibió delante de él. Eso es todo. Es un buen hombre, solo intenta proteger a su hija.

—¿Elián? ¿Lo tuteas? —se extraña María.

—¿Un buen hombre? —pregunta Niko a la vez, claramente escéptico—. He oído que tiene un pasado bastante oscuro. Cosas que no salen a la luz, pero que todo el mundo conoce.

María se inclina hacia mí con esa sonrisa irónica, que siempre pone cuando quiere sacar información.

—Lo defiendes mucho para ser solo tu jefe, Althea. ¿Por qué será? Que es guapo ya lo sabemos todas, ¿no te habrá seducido a ti también?

Siento cómo mis palabras se enredan en mi garganta, y antes de que pueda responder, Niko se ríe, aliviando un poco la tensión.

—Déjala en paz. Si dice que no pasa nada, es que no pasa nada. Aunque... —añade con un guiño—, si hay algo, espero que ser el primero al que se lo cuentes, ¿eh?

Intento sonreír, pero la incomodidad persiste. Nos quedamos en la playa durante un buen rato, disfrutando del sol y del agua, pero mi mente sigue atrapada en lo que ha pasado. El rostro de Elián, su mirada, la forma en que Maia lo adora... todo se mezcla en mi cabeza, haciendo que me sienta cada vez más confusa.

Al caer la tarde, volvemos a casa. Todos tenemos que madrugar para trabajar, ellos para los turistas y yo para Elián. El camino de regreso es silencioso para mí, mientras mis amigos continúan charlando animadamente sobre los planes para el fin de semana. Al llegar a casa, la cena ya está lista y mis padres me piden que me dé prisa en la ducha, porque están hambrientos. Mi madre, con el cabello recogido en un moño bajo y todavía con el delantal puesto, me regala una sonrisa cálida.

—¿Cómo te ha ido hoy, cariño?

—Bien, mamá. Todo normal. Bajo enseguida.

Cuando nos sentamos a la mesa, mi padre, con su habitual expresión seria, levanta la vista de su plato y me observa detenidamente. Sus ojos, que son tan oscuros y profundos como los de Elián, me hacen sentir que estoy a punto de cruzar una línea que no debería. Pero necesito respuestas, no puedo seguir viviendo con esta incertidumbre.

—Papá, quiero que me cuentes la verdad sobre los Dimitrakos —le pido.

El silencio que sigue es pesado, y mi padre deja los cubiertos a un lado, cruzando los brazos sobre la mesa. Mi madre me mira con preocupación, pero no dice nada, permitiendo que mi padre tome la palabra.

—¿Por qué? —pregunta él finalmente con voz baja y dura—. ¿Por qué quieres saber eso ahora?

—Porque estoy trabajando para ellos, papá. Estoy cuidando de Maia, y necesito conocer toda la verdad para saber a qué atenerme, y solo sé lo poco que me has contado o lo que se rumorea, que a saber si es cierto. No puedo seguir así, sin entender lo que pasó. Sería mejor para mí estar al tanto de la verdad.

Mi padre suspira profundamente, y en su expresión veo una mezcla de dolor y resignación. Finalmente, asiente y comienza a hablar, con voz tensa.

—Sí, supongo que tienes razón. Alexandra, la esposa de Elián, trabajaba como secretaria para su padre. Era una mujer hermosa, ambiciosa, pero también vulnerable. Lo sé porque era hija de mi primo. —Esa información me golpea en el pecho—. El padre de Elián, un hombre sin escrúpulos, hizo todo lo posible para que su hijo se enamorara de ella. Y lo consiguió. Alexandra, sin embargo, no era tan inocente como parecía. Mientras estaba casada con Elián, mantuvo una relación con su suegro, una relación que fue... devastadora. Todo el mundo sabe que era infiel a la madre de Elián, y no con una amante, sino con muchas. Organizaba verdaderas orgías y más de una vez se veía a mujeres desnudas por la villa. Al principio, cuando su esposa no estaba, luego hasta eso le dejó de importar.

Las palabras de mi padre caen como una losa sobre mis hombros. Me quedo inmóvil, incapaz de procesar lo que estoy escuchando. La historia que me cuenta es mucho más oscura y compleja de lo que jamás podría haber imaginado.

—Cuando Alexandra se quedó embarazada de Maia —continúa mi padre—, los obligó a casarse y a él no le importó porque la adoraba. Elián estaba enamorado y no me extraña porque

era una mujer preciosa, cariñosa y que todo el mundo quería. Además, ella hizo lo posible por embaucarlo. Entonces, Elián descubrió la verdad, descubrió que su padre y su esposa le habían estado mintiendo todo el tiempo. Los amenazó con destruirlos, con revelar su infidelidad al mundo y llevarse a Maia con él. Para entonces, la madre de Elián ya estaba sumida en una depresión profunda de la que nunca salió. Cuentan que el padre de Elián se rio de su hijo y le dijo que hiciera lo que quisiera. Cogió a Alexandra y ahí acabó todo, murieron en un accidente de tráfico. Algunos dicen que fue una coincidencia, otros que Elián estaba detrás de ello. No lo sé, Althea. Lo único que sé es que esa familia está marcada por el escándalo y la tragedia.

—¿Y Maia? —pregunto, con un nudo en la garganta—. ¿Es posible que no sea hija de Elián?

—Es posible. Hay rumores de que Elián nunca quiso hacerse las pruebas para confirmarlo. Quizás porque teme lo que podría descubrir, o porque no quiere saberlo. Pero la verdad, Althea, es que esa niña podría ser su hermana, no su hija. Solo es una posibilidad que está ahí mientras no lo certifique con una prueba de ADN. Se dice que lo obligó a casarse con ella para no tener que reconocerla como hija. Todo era más fácil si la niña era de Elián. Pero, insisto, son habladurías. La verdad se la llevaron a la tumba, si es que lo sabían.

—Es..., demasiado.

—Mi primo no lo superó y la madre de Elián, como sabes, tampoco. Murió poco después, aunque ya estaba muerta en vida. Llevaba muchos años en una residencia y cuentan que ni hablaba.

El peso de esa revelación me deja sin aliento. Todo lo que creía saber sobre Elián, sobre Maia, se ha desmoronado en un instante. Me levanto de la mesa, incapaz de seguir escuchando, y me retiro a mi habitación, donde dejo que todo lo que acabo de descubrir se asiente en mi mente.

Me siento en la cama, mirando el techo, tratando de procesar lo que he escuchado. ¿Cómo puedo seguir trabajando para Elián ahora que sé la verdad? ¿Cómo puedo mirar a Maia a los ojos sabiendo que podría ser hija del hombre que traicionó a su propio hijo? Y lo peor de todo, ¿cómo puedo seguir negando lo que siento por Elián, sabiendo que está atrapado en esta oscuridad?

El cansancio me vence, pero no encuentro consuelo en el sueño. Mis pensamientos giran en torno a la misma idea: estoy atrapada entre la lealtad a mi familia y los sentimientos que crecen por Elián, entre lo que sé y lo que siento. Y sé que, de una manera u otra, pronto tendré que enfrentarme a todo esto, aunque no sé si estoy preparada para lo que pueda encontrar.

Capítulo 10

Elián

Los días se suceden con una inquietud nueva para mí. Maia está feliz con Althea, sus baños en la playa y los ratos que pasa con sus amigas cuando no está conmigo y hacemos planes juntos. Sin embargo, siento que algo no está bien. Desde hace unos días, parece que Althea marque distancias conmigo, creo que me evita y, cuando coincidimos, ya no me mira a los ojos.

Está diferente.

A pesar de eso, mi cuerpo la reclama. Cuando las observo en la piscina y veo su cuerpo moverse bajo el agua, o cuando se pasea por el borde y se lanza con mi hija, mi sexo reacciona. Tiene un cuerpo perfecto, de pechos redondeados y culo prieto. Sus piernas son largas y definidas, aunque no es una chica alta. Una chica. Mi propia mente me delata. Es demasiado joven para mí y eso me frena.

El sonido de mi teléfono móvil me saca de mis pensamientos. Veo que es mi abogado en Atenas.

—Elián, hola. ¿Te pillo ocupado?

—No, Theo, dime.

—¿Podrías estar mañana a primera hora en mi despacho? Tenemos algo que hablar y hay documentos que prefiero no enviar por internet. Te invito a desayunar.

—¿Mañana? —contesto revisando mi agenda electrónica—. Tendría que salir esta noche. Déjame que hable con el piloto y con la niñera. Luego te lo confirmo.

Althea acepta quedarse esa noche en la villa para que yo pueda coger el avión privado a última hora de la tarde, para felicidad de Maia, que ya está pensando en cenar *pizza* y hacer una fiesta de pijamas entre las dos.

Después de preparar todo para el viaje, salgo hacia el aeropuerto privado de Santorini en mi coche. El cielo está despejado, y todo parece en orden menos mi cabeza que no para de darle vueltas a todo. Una vez allí, me informan de que hay un problema técnico con el avión, cuando ya estaba embarcado. Espero una hora hasta que el piloto me dice que hay que esperar al día siguiente cuando estén los mecánicos. No tengo otra opción que regresar a casa.

La frustración inicial por el contratiempo se va disipando, mientras conduzco de regreso a la villa, y mi corazón se agita al pensar en cómo me recibirán las chicas. No me gustaría fastidiarles a mi hija la noche especial, pero en el fondo me apetece verla. No me gusta separarme de ella. Y, para qué negarlo, también me apetece ver a Althea.

Cuando llego, la villa está en silencio. Maia debe estar ya dormida, y la casa, iluminada suavemente, se contagia la serenidad de la noche. Dejo mis cosas en la entrada y me dirijo hacia el jardín, intrigado por la luz que sigue encendida.

Entonces la veo. Althea está sentada en un banco de piedra, mirando al mar, como si estuviera perdida en sus pensamientos. La luz de la luna ilumina su figura, resaltando la delicadeza de su rostro y, por un momento, me quedo allí, observándola sin que se dé cuenta. Tiene la espalda apoyada y los pies sobre el banco de forma que se abraza las piernas desnudas. Parece un ángel.

—¿Althea? —La llamo con suavidad para no asustarla.

Ella gira la cabeza hacia mí y sus ojos se abren con sorpresa.

—Elián, ¿qué haces aquí? Pensé que estarías en Atenas.

—El vuelo se ha cancelado. Hay un problema técnico con el avión, así que he tenido que regresar.

—Lo siento. Espero que no sea nada grave.

—¿Qué tal Maia? ¿Le costó dormirse?

—Muy bien —sonríe y su cara se ilumina—. Ha cenado y luego hemos hecho una fiesta de pijamas —dice haciendo las comillas con los dedos— hasta que ha caído rendida. Ha construido una tienda de campaña con los cojines de su habitación. En cuanto se ha dormido, los he quitado para que no pase calor.

—Luego subiré a verla. Gracias por quedarte.

—Lo hago encantada. Es un amor de niña.

Su voz es suave aunque algo tensa. Me inclino hacia atrás, apoyo la cabeza en el respaldo del banco sin ninguna intención de irme, y miro el cielo estrellado. Por un momento, solo escucho el suave murmullo de las olas y el crujido ocasional de las hojas movidas por la brisa.

—Bueno, si estás aquí, me voy a casa. Ya no me necesitas.

—No, por favor, quédate. Ya no habrá autobuses, y aunque los haya, Maia se alegrará de despertar contigo. —«Y yo también», pienso—. Se decepcionará si no te ve.

—De acuerdo.

—¿Sabes? A veces siento que me estoy perdiendo algo —digo de repente, sin haberlo planeado—. Maia es mi vida, lo daría todo por ella. Cada día dudo sobre cómo ser un buen padre con ella, aunque no sé lo que es eso —lamento.

Althea me mira, sorprendida por mi confesión.

—Eres un padre increíble, Elián. Maia es feliz y eso es por ti.

—Pero, ¿a qué precio? —Sé que Maia es feliz, pero eso no cambia el hecho de que hay una parte de mí que sigue vacía, que no logra encontrar su lugar—. No quiero que Maia sufra, y tampoco quiero convertirme en alguien que solo existe para cumplir con sus responsabilidades y se queda por el camino. Me presiono con no querer fallarle porque solo me tiene a mí. Bueno, y a mi hermana.

—Todos merecemos ser felices —afirma Althea, casi en un susurro—. Y tú también, Elián.

La miro, captando la profundidad en sus ojos. Hay algo en ellos que me invita a acercarme, a romper la barrera que hemos construido entre nosotros. Y antes de poder detenerme, me inclino hacia ella, acercándome lo suficiente para sentir el calor de su piel.

—Althea...

Mis ojos van hacia sus labios jugosos y sensuales. Levanto la mano a la vez que ella baja las piernas y se revuelve en el banco. Paso mi dedo por su labio y siento que mi sexo despierta y un calor me recorre el cuerpo. Ella coloca suavemente una mano en mi pecho y ese punto donde se produce el contacto me empieza a arder.

—No podemos hacer esto, Elián. Sabes que no es lo correcto. Maia es lo más importante y no puedo... no. Esto no está bien.

Su voz tiembla y siento el peso de sus palabras como un golpe en el estómago. Sé que tiene razón, pero no puedo negar lo que siento, lo que ha estado creciendo en mí desde que Althea llegó a nuestras vidas.

—Althea... —repito—. Vuelvo a acariciar sus labios y me acerco más. La beso cerca de la oreja y noto cómo se le eriza la piel a mi contacto.

—No podemos, Elián. Yo...

—Tú eres muy joven para mí, ¿es eso? —Me separo un poco sin romper el contacto—. Lo que siento por ti no es algo malo, Althea. A no ser que tú no sientas lo mismo.

El silencio que sigue me indica que, quizá, no siente lo mismo o tiene miedo de algo. Quizá me estoy comportando como mi padre. Si me ve como un viejo que solo desea conquistar mujeres jóvenes como si fueran trofeos, me destrozará. Porque no soy así. Yo no. Mi padre sigue robándome la vida hasta estando muerto.

Me lanza una mirada rápida a los ojos y se levanta, temblorosa. Camina hacia un lado del jardín, hasta la barandilla que da a la playa, y yo la sigo, sintiendo la urgencia de no dejar que se aleje.

—Althea —repito otra vez, colocándome a su lado—. Necesito saber a qué tienes miedo. Si es por mi edad o es otra cosa.

Ella gira la cabeza hacia mí y me dirige una mirada que es mezcla de tristeza y deseo. O eso me lo parece. Creo que lucha con sus propios demonios, que hay algo que no me dice, aunque desea besarme tanto como yo a ella.

—Elián, de verdad, no puedo hacerlo. ¿Y si nos arrepentimos?

Me inclino hacia ella y tomo su rostro entre mis manos.

—Lo único de lo que me arrepentiría sería de no intentarlo. Althea, si es por lo que se dice de mi familia... Mi padre hizo cosas muy malas, nos maltrató, pero yo no soy así.

—¿Y cómo sé que dices la verdad?

—Ya sabes mi relación con mi hija. Está a años luz de cómo nos trataba mi padre a Helena y a mí. No tengo otro modo de demostrártelo que pasando tiempo juntos.

No dice nada con palabras, pero sus ojos me transmiten confianza. Es todo lo que necesito por ahora.

Entonces, lentamente y con cautela, agacho un poco la cabeza y la beso, un beso suave y lleno de la ternura que he estado reprimiendo durante tanto tiempo. Al principio, ella no responde, pero después de un segundo, siento cómo sus labios se mueven suavemente contra los míos.

Althea es dulce, su boca me da calidez y sosiego. Dejo que mi lengua juegue con la suya mientras profundizo el beso aumentando la pasión. Aprieto su cuerpo contra el mío con una mano, mientras enredo los dedos de la otra en su cabello. Sin embargo, cuando el beso se profundiza, Althea se aparta con la respiración entrecortada y las mejillas sonrosadas.

—No puedo, Elián... No aquí, no ahora —murmura.

Con la sola luz de la luna que ilumina su rostro, me parece ver que está a punto de llorar. La abrazo y ella apoya su cabeza en mi pecho. Le acaricio la espalda y la beso en el pelo.

—Todo está bien, Althea. Todo está bien —susurro con cariño a pesar del vacío que siento en el pecho.

Alexandra fue una obsesión y una imposición de mi padre, las demás mujeres de las que no recuerdo el nombre fueron un desahogo sexual y Althea, ¿qué es para mí? ¿Por qué mi corazón se agita, siento un nudo en el pecho y sé que puedo esperar a que esté preparada?

Ella asiente sin decir nada, y seguimos abrazados un poco más junto al mar, en silencio. Las estrellas brillan sobre nosotros como testigos mudos de lo que podría haber sido, y de lo que, quizás, aún podría ser.

Capítulo 11

Althea

La sensación del beso de Elián permanece en mis labios mucho después de separarnos, como un recordatorio agrisado de la noche que casi compartimos. El jardín parecía un sueño, un lugar donde el tiempo se detuvo y no existía nada más que nosotros dos. Pero ahora, en la cruda luz de la mañana, la realidad se abre paso, trayendo consigo todas las dudas y miedos que momentáneamente habían quedado olvidados.

Abro los ojos y encuentro la habitación bañada en una suave luz solar, con las cortinas ondeando ligeramente con la brisa matutina. Por un momento, me permito disfrutar de la tranquilidad, del calor del sol en mi piel y del recuerdo del contacto de Elián. Pero la paz dura poco.

Con un súbito sobresalto, algo pequeño y cálido cae sobre mí, y me encuentro mirando los ojos brillantes de Maia. Su rostro está encendido de emoción y su cabello desordenado por el sueño.

—¡Althea, despierta! —ríe, saltando sobre la cama. —¡Vamos a hacer tortitas!

No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Está bien, está bien, ya me levanto —me río, tirando de ella hacia un abrazo. Su energía es contagiosa y, en ese momento, toda la confusión y tensión de la noche anterior parecen desvanecerse y las dejo resguardadas en el fondo de mi corazón para recordarlo en otro momento.

Salimos de la cama, y me visto rápidamente con un sencillo vestido de verano de tirantes antes de seguir a Maia escaleras abajo. El aroma del café nos recibe al entrar en la cocina, y ahí está Elián, ya vestido con una camisa blanca y pantalones vaqueros, que le hacen un culo perfecto, ejerciendo de perfecto anfitrión. Su presencia, como siempre, provoca un latido de más en mi pecho y aleteo en mi entrepierna.

—Buenos días, dormilonas —nos saluda con una voz cálida, pero contenida, en contraste con la intensidad de la noche anterior.

Alza a Maia con sus fuertes brazos para darle un sonoro beso en la mejilla, que ella se limpia enseguida, y a mí me saluda con la mirada. Contesto con un movimiento de cabeza y una sonrisa tímida. Dudo de cómo saldría mi voz, así que prefiero callar.

Maia, ajena a las corrientes subterráneas entre su padre y yo, se lanza hacia la encimera de la cocina, ansiosa por comenzar con las tortitas.

—Papá, ¿nos ayudas? Vamos a hacer tortitas como las americanas que me enseñó la tía Helena.

Elián sonríe, y su rostro se suaviza al mirarla. No tengo ninguna duda del amor que siente por esa niña, sea su hija..., o su hermana.

—Por supuesto, Maia. Vamos a hacer las mejores tortitas del mundo.

Mientras trabajamos juntos, la cocina se llena de risas y del sonido del chisporroteo de la masa en la sartén. Maia es un torbellino de actividad, su emoción es palpable mientras vierte la masa en formas que solo ella puede descifrar. Elián y yo intercambiamos miradas, nuestras

manos se rozan ocasionalmente al alcanzar ingredientes o utensilios. Cada contacto, aunque breve, envía una chispa a través de mí, un recordatorio de la tensión que hierve justo debajo de mi piel.

El desayuno es un momento divertido, con Maia que muestra con orgullo sus creaciones de tortitas y Elián y yo haciendo lo mejor para seguir su inagotable conversación. Es fácil perderme en el momento, centrarme en la alegría contagiosa de Maia y en la comodidad de ser parte de esta familia improvisada. Pero bajo las risas, hay una corriente de palabras no dichas entre Elián y yo, una tensión que ninguno de los dos se atreve a abordar frente a Maia. Su rodilla roza la mía bajo la mesa y contengo la respiración, un pequeño jadeo que intento disimular con un sorbo de café. Él lo nota, sus ojos se oscurecen por un momento, pero luego Maia reclama su atención y el momento pasa.

Después del desayuno, Elián se excusa para ir a su despacho, dejándonos a Maia y a mí con nuestros propios planes. La reunión en Atenas se ha pospuesto por el tema del avión. Pasamos las siguientes horas jugando en el jardín, donde Maia insiste en mostrarme cada flor, cada piedra, como si fueran tesoros que ha descubierto por primera vez. Su risa es un bálsamo para mi alma, pero incluso mientras trato de sumergirme en su mundo, no puedo sacudirme la sensación de que Elián nos observa desde su ventana.

Su mirada es intensa, casi posesiva, y me provoca un escalofrío por la columna vertebral. Intento ignorarlo, centrarme en Maia, pero el calor de sus ojos sobre mí es imposible de ignorar. Me pregunto qué estará pensando, qué querrá de mí. La noche anterior, estuvimos tan cerca de cruzar una línea, pero yo me eché atrás. Ahora, no estoy segura de si fue la decisión correcta.

Porque casi me dobla la edad.

Porque su fama me asusta, aunque él lo niegue.

Porque no quiero ser mujer de una noche, ni un trofeo en la vida sexual de un hombre.

Porque tengo miedo y me avergüenza mi falta de experiencia.

A media mañana, Maia comienza a mostrar signos de cansancio, y la llevo a las hamacas de la piscina para que se tumbe. Como se queda dormida, aprovecho para pasear por el jardín, atraída por la serenidad del mar y los recuerdos de la noche anterior. Las olas lamen suavemente la orilla con un ritmo calmante que contrasta con la tormenta en mi corazón.

Me siento en el banco donde Elián y yo compartimos nuestro primer beso, donde todo casi cambió. El aroma del aire salado llena mis pulmones y cierro los ojos, dejando que los recuerdos me inunden. Mi cuerpo todavía resuena con los ecos de su contacto, y mi mente recrea la forma en que me miró y el tacto de sus manos sobre mi piel. Todo ello me provoca un escalofrío, que contrasta con el calor que aumenta en mi sexo. Quisiera tenerlo cerca para que aplacara mi deseo.

Pero no es solo el deseo lo que recorre mi ser; es algo más profundo, algo que me aterroriza por su intensidad. ¿Estoy enamorándome de Elián? No lo sé, y soy incapaz de detener la tormenta que se ha desatado en mi interior. Cada parte de mí quiere estar cerca de él, explorar lo que sea que hay entre nosotros, pero mi mente racional me grita que mantenga la distancia.

El sonido de pasos en el camino de grava me saca de mis pensamientos y levanto la vista para ver a Elián acercándose. Ahora está más relajado, su camisa desabrochada un par de botones y las mangas arremangadas, le dan un aspecto desenfadado que solo lo hace más irresistible.

—¿Te importa si me uno a ti?

Asiento y noto que mi garganta de repente está seca. Se sienta a mi lado, más cerca que antes, y puedo sentir el calor de su cuerpo irradiando hacia mí. Durante un largo momento, ninguno de los dos habla y la tensión entre nosotros es tan densa que podría cortarse con un

cuchillo.

Elián rompe el silencio, con voz baja y cargada de emociones contenidas.

—Anoche... No he dejado de pensar en lo que pasó.

No necesito preguntar a qué se refiere. También ha estado en mi mente, el beso, el casi y todo lo que no llegó a suceder. No sé qué decir, así que opto por la verdad.

—Yo tampoco he dejado de pensar en ello.

—Sé que esto es complicado —continúa, girándose para mirarme directamente a los ojos—. Pero lo que siento por ti no es algo superficial. Me siento abrumado porque nunca he sentido nada igual. Y creo que tú sientes lo mismo.

Mi corazón late con fuerza y me siento incapaz de apartar la mirada de la suya. No puedo mentirle, no cuando la verdad es tan evidente.

—Lo siento, Elián, yo... también lo siento. Pero... no sé si esto es lo correcto. Mi familia... me van a matar.

Él asiente y me mira con preocupación.

—¿Tu familia? Si es por los rumores, habrá que aclararles la verdad.

—Elián —dice severa—, ellos saben la verdad. Lo que me han contado... Yo sé que fue tu padre...

—Althea, ¿qué estás diciendo? ¿Qué te han contado?

Suspiro y decido enfrentarme a la verdad, aunque eso suponga perder mi trabajo, a Maia... y a él.

—Alexandra era hija de un primo de mi padre. Por eso no quería que trabajara para ti, por si intentabas algo conmigo, y le prometí que no sucedería. Sé que Alexandra se casó contigo forzada por tu padre y que tú no eres como él. Sin embargo...

—Sin embargo —me corta con una mirada dura—, no confías. ¿Es eso?

Me mira como si comprendiera todas las dudas y miedos que se agolpan en mi mente y yo bajo los ojos, porque me duele mirarle.

—No quiero presionarte, Althea. Solo quiero que sepas que estoy aquí y que lo que siento por ti es real. Me da igual todas las cosas que digan por ahí. Y no creas que hablo así para convencerte y luego dejarte tirada.

El silencio que sigue es tan profundo como el mar que tenemos frente a nosotros, lleno de todas las cosas que no se dicen y de todas las promesas que podrían hacerse. Pero entonces, Maia llama desde la tumbona y, al vernos juntos, se levanta corriendo.

—Papá, ¡ven a jugar conmigo!

Elián sonríe y aunque su expresión cambia al ver a su hija, noto un gesto que es una mezcla de tristeza y resignación.

—Será mejor que vaya. ¿Te quedas a comer?

Asiento, intentando ignorar el nudo que se forma en mi garganta.

—Sí, me quedo.

Mientras se aleja, me doy cuenta de que este no es el final, sino el comienzo de algo que ni él ni yo podemos controlar. Y aunque el miedo sigue ahí, sé que el amor también lo está, creciendo silenciosamente entre nosotros.

Capítulo 12

Elián

Los días transcurren con una cadencia peculiar, como si el tiempo se hubiera ralentizado en esta villa bañada por el sol. Maia sigue siendo el eje que nos mantiene unidos, el pequeño lazo que conecta nuestros mundos de manera natural, casi sin esfuerzo. Sin embargo, a pesar de la aparente normalidad, hay una tensión latente que crece entre Althea y yo, una corriente subterránea de deseo y contención que me está volviendo loco.

Cada mañana, cuando la veo aparecer por el jardín con Maia, siento un nudo en el estómago. Su presencia es un bálsamo para mi alma, pero al mismo tiempo, despierta en mí una necesidad que no había experimentado en mucho tiempo. Su sonrisa, sus ojos que a veces me esquivan y otras me buscan, sus gestos delicados... todo en ella me atrae de una manera que me resulta casi imposible de resistir. Pero lo hago, por respeto a ella, por la diferencia de edad que no puedo ignorar y sé que a ella le afecta, y por la complicidad que ha nacido entre nosotros, que prefiero no romper.

Los momentos que compartimos están llenos de esos detalles insignificantes para quienes nos rodean, pero que, sin embargo, lo dicen todo para nosotros. Una tarde, que llevamos a Maia a la playa, donde corretea por la arena, feliz, con una energía que me hace sonreír. Althea y yo caminamos a su lado, lo suficientemente cerca para sentirnos, pero manteniendo una distancia que es más psicológica que física.

—Es increíble lo feliz que es Maia aquí —comenta Althea, mirando a la niña, mientras esta se lanza al agua con una risa contagiosa.

—Lo es. Este lugar... —murmuro, echando un vistazo al horizonte, donde el sol comienza a descender lentamente— siempre ha tenido ese efecto en nosotros. En mi hermana y en mí; era nuestro refugio de pequeños, antes de que mi padre lo convirtiera en... —Aprieto los puños sin acabar la frase—. Los momentos más felices los pasamos aquí en verano —rectifico con una sonrisa forzada.

—Es fácil ver por qué —responde ella, con esa suavidad en su voz que me hace querer acercarme más, cruzar esa línea que nos separa, tumbarla sobre la arena y devorarla con esa pasión que me desborda y me empieza a pesar. No hemos coincidido a solas ni unos minutos para poder besarla y el deseo me quema.

Maia juega a saltar las olas, y de vez en cuando, nuestras miradas se cruzan, cargadas de un significado que ninguno de los dos se atreve a verbalizar.

Cada vez que nuestras manos se rozan, siento una chispa, una conexión que va más allá de lo físico, algo profundo que no sé si debería explorar o evitar.

—Elián... —comienza ella, con una voz que apenas es un susurro, mientras se detiene frente a un macizo de flores que Maia había plantado con ella unos días antes entre las rocas.

—Sí, Althea —respondo, notando el tono en su voz, ese matiz que indica que está a punto de decir algo importante.

—Nada, olvídalo. Es solo que... —sacude la cabeza, como si intentara despejarse de un pensamiento incómodo.

No insisto. Pero ella solo me mira, con esos ojos que me parecen tan llenos de preguntas sin respuesta y, finalmente se limita a sonreír, una sonrisa que no llega a sus ojos. Dejo pasar el momento, aunque sé que ambos somos conscientes de lo que ha quedado sin decir.

El deseo sigue presente, constante, como una fuerza que late bajo la superficie de nuestra interacción diaria. Es en esos momentos robados, en esas miradas que duran un poco más de lo normal, donde la tensión se hace más palpable. Y aunque ambos somos adultos responsables, y sabemos que hay muchas razones para no dejar que esto avance, también sabemos que algo ha cambiado entre nosotros.

Una tarde, mientras estoy trabajando en mi despacho, Maia y Althea se bañan en la piscina. Las risas de mi hija llegan hasta mí, y no puedo evitar levantar la vista del ordenador para acercarme a la ventana. Althea está de pie en el borde de la piscina, con un bañador que deja poco a la imaginación, y mis ojos recorren su cuerpo soñando que son mis manos quienes la acarician. Su piel brilla bajo el sol, y sus movimientos son tan naturales, tan sensuales a mis ojos, que me hace desearla aún más.

—¿Te vas a lanzar o no? —la reta Maia.

—Voy, voy —responde Althea, y en ese momento, se zambulle. Veo su culo prieto y las largas piernas desaparecer en el agua y me deja sin aliento.

Cierro los ojos por un momento, intentando apartar esos pensamientos de mi mente, pero es inútil. Ella está en cada rincón de mi conciencia y, cuanto más intento ignorarla, más presente se hace.

Salgo de mi despacho cuando consigo bajar mi erección, me pongo el bañador y me uno a ellas en la piscina. Nos quedamos allí, hablando de cosas triviales, mientras Maia juega a nuestro alrededor. Pero incluso en esos momentos de aparente normalidad, la tensión no desaparece. Está en la forma en que nuestras miradas se encuentran y luego se apartan rápidamente, en cómo nuestras manos parecen buscarse de manera involuntaria, sobre todo bajo del agua, y en cómo mis palabras se vuelven torpes cuando estoy cerca de ella.

Necesito quedarme a solas con ella y sacar todo lo que estoy reteniendo. Una idea pasa por mi mente y la agarro rápido porque me parece brillante.

—Althea, estaba pensando en algo. Maia tiene una cita con el médico en Atenas la próxima semana, y voy a aprovechar para tener algunas reuniones allí también. Me preguntaba si te gustaría acompañarnos y cuidar de ella en mi ausencia, ya que Helena no está. Sería solo un par de días, y creo que Maia estaría más tranquila si estás tú con ella.

Althea me mira, sorprendida por la propuesta. Sus ojos buscan los míos, tratando de entender qué hay detrás de esa invitación.

—Elián, no sé... —comienza, claramente insegura.

—Piénsalo —la tranquilizo—. Solo sería para que Maia esté cómoda y no tenga que dejarla con otra persona o llevarla a la oficina y que se aburra.

—Está bien. Iré. Espero que mis padres no me pongan pegas. Tengo mi apartamento de estudiante donde quedarme...

—Gracias, Althea. Aunque preferiría que te quedaras en nuestra casa. Será más cómodo para todos.

Capítulo 13

Althea

El sol de media mañana acaricia la ciudad de Atenas cuando aterrizamos con el avión privado de Elián. El vuelo ha sido corto y tranquilo, pero lo suficiente como para que Maia se quede dormida en el trayecto. Mientras Elián la carga con delicadeza, me fijo en la forma en que sus facciones se relajan cuando la niña está cerca. La ternura que muestra hacia su hija me conmueve de una manera que no esperaba, y siento un pequeño nudo en el estómago al recordar cómo hemos contenido nuestro deseo mutuamente en Santorini.

El aeropuerto privado de Atenas es un bullicio controlado de actividad. Nos subimos al coche, que Elián había hecho preparar con antelación, un sedán negro y elegante que parece una extensión natural de él mismo y ellos se dirigen directamente al hospital donde Maia tiene su cita con el médico. De camino me dejan cerca de mi apartamento de estudiante.

Desde la ventanilla del coche, observo las calles de Atenas, la mezcla de lo moderno y lo antiguo, la vibrante energía que la ciudad desprende en cada rincón. Llegamos a mi destino, y Elián se despide con una sonrisa antes de continuar hacia el hospital.

Mi apartamento, que comparto con dos amigas, es pequeño y muy acogedor. Me ocupo de regar las plantas y ver que todo está en orden, mientras pienso qué distinta era mi vida hacía solo dos meses y qué preocupaciones tan diferentes tenía. Ahora mi mente la ocupa un hombre dieciséis años mayor que yo, con una presencia que lo llena todo y que me tiene en vilo.

El tiempo se pasa volando, y antes de darme cuenta, es la hora de reunirme con Elián y Maia para almorzar. Quedamos en un pequeño restaurante en el corazón de Plaka, un barrio pintoresco de Atenas, conocido por sus calles estrechas y empedradas y sus casas de colores. Cuando llego, ellos ya están ahí, sentados en una mesa bajo la sombra de una buganvilla que trepa por la fachada del edificio.

Maia me recibe con una sonrisa radiante y corre a abrazarme.

—¡Althea! Estoy súper bien —exclama con entusiasmo.

—Eso es genial, Maia —le respondo, agachándome para estar a su altura—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—¡Que soy la más fuerte de todas! —responde, con la inocencia y el orgullo propios de su edad.

Nos sentamos a comer, y me cuentan las pruebas que le ha hecho el pediatra por su revisión anual. La escucho, a la vez que siento la presencia de Elián más intensa que nunca, y cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento que el aire a mi alrededor se vuelve más denso, cargado de una tensión que ambos estamos tratando de esquivar.

Después del almuerzo, Elián se despide para ir a sus reuniones, dejando a Maia y a mí con la tarde libre. Decidimos ir al centro comercial más cercano, donde pasamos las horas explorando tiendas, probándonos ropa y disfrutando de un helado en una de las terrazas. Es un tiempo precioso que compartimos y Maia parece más feliz que nunca, lo que me reconforta y a la vez me hace sentir que estoy llegando a una zona de peligro.

Por la noche, regresamos al ático de Elián, un dúplex de lujo en una urbanización privada con

vistas al Partenón. El edificio es moderno, con un portero que nos saluda afable mientras nos dirigimos al ascensor. Cuando entramos en el apartamento, me quedo sin aliento. El salón es amplio, decorado con un gusto exquisito, y las ventanas del suelo al techo ofrecen una vista panorámica de la ciudad iluminada por las luces nocturnas. Es un espacio que refleja poder y éxito, pero también un hogar, un lugar donde se siente el calor y la protección que Elián ha creado para su hija.

Maia, emocionada por volver a su casa, corre por el salón antes de volver a mí y pedirme que la acompañe a su habitación.

—Althea, ¿puedes contarme un cuento para dormir? —me pide con su dulzura irresistible.

—Por supuesto, Maia —respondo, aunque soy consciente de la mirada de Elián que me sigue desde la entrada del salón. Hay una chispa de celos en sus ojos, un brillo que me hace sonreír para mis adentros.

—Me estoy poniendo celoso —le dice su padre.

—¿Qué es eso?

—Nada, cariño. Mañana te lo cuento. Ven a darme un beso, preciosa. Que duermas bien.

La abraza, mientras a mí me guiña un ojo, que me sacude el cuerpo entero.

Llevo a Maia a su habitación, una pequeña suite decorada en tonos suaves y con detalles que reflejan la ternura de su padre. Nos acurrucamos en la cama, y le leo un cuento que la arrulla hasta que se queda dormida. La observo por un momento, maravillándome de cómo alguien tan pequeño puede traer tanta alegría y al mismo tiempo tantas preocupaciones a nuestras vidas.

Cuando regreso al salón, encuentro a Elián en la terraza, con una copa de vino en la mano y la mirada perdida en las luces de la ciudad. Me acerco a él con pasos silenciosos, y cuando me oye, se gira para ofrecerme una sonrisa suave. Coge otra copa de vino y me la ofrece.

—Maia ya duerme como un ángel —le digo mientras me apoyo en la barandilla junto a él.

—Por Maia. —Choca su copa con la mía.

—Por Maia.

La brisa de la noche acaricia mi rostro mientras miro la vista que se extiende ante nosotros. La imagen del Partenón iluminado, majestuoso sobre la colina, es impresionante. Sin embargo, no puedo evitar sentir que lo más cautivador en este momento no es el paisaje, sino el hombre que está sentado a mi lado.

—Althea...

Al decir mi nombre me coloca un mechón de pelo que alborataba por mi cara.

—¡Oh!, gracias —digo cohibida tocando mi pelo—. Me quedé un poco dormida con ella.

—Estás preciosa.

Sus palabras salen con voz ronca y me golpean con una intensidad inesperada. El silencio que sigue está cargado de una tensión que ninguno de los dos parece dispuesto a romper. Doy un sorbo al vino, porque no sé qué decir.

Una gota se queda en mi labio. Elián acerca el dedo pulgar y lo pasa por él, luego lo introduce en mi boca y lo pasa por mis dientes. Me quedo algo parada, disfrutando de su sabor. Saca el dedo y lo moja de nuevo en el vino antes de meterlo de nuevo en mi boca. Juega con mi lengua y yo lo lamo para luego succionar. Siento que me sobran las bragas y pienso que ojalá fuera verdad eso de que salen volando cuando un hombre te excita de la manera en que Elián me está excitando a mí. Saca el dedo y me coge por la nuca. Se inclina hacia mí, y con sus ojos busca los míos. Por un momento, me pierdo en esa mirada profunda y ardiente, que me acelera la respiración.

—Althea, no puedo negar lo que siento —susurra con voz ronca—. Estos últimos días sin

poder tocarte han sido una prueba de fuego para mí. Cada vez que estoy cerca de ti, me resulta más difícil mantener la distancia. Te deseo, pero no seguiré si tú no quieres.

Siento un calor subir por mi cuerpo, y las piernas como gelatina. La razón me dice que debo detener esto, pero mi corazón late con fuerza, empujándome a seguir adelante, a dejarme llevar por lo que ambos hemos estado deseando.

—Elián... yo... —titubeo, sin saber cómo expresar lo que siento, sin saber si debo o si puedo permitirme este paso.

Él no me da tiempo a terminar la frase. Se inclina aún más y roza mis labios con los suyos en un gesto tan suave y tan lleno de ternura, que mi resistencia se desmorona. El contacto es breve, pero suficiente para desatar una tormenta de sensaciones dentro de mí.

Sus labios se apartan apenas un centímetro, y sus ojos se clavan en los míos, buscando una respuesta. Sin pensarlo, me inclino hacia adelante y lo beso de nuevo, esta vez con más firmeza, dejándome llevar por el torbellino que me envuelve.

El beso se profundiza, y siento cómo todo mi cuerpo responde a él, cómo cada fibra de mi ser se enciende al contacto con sus manos que ahora descansan en mi cintura, atrayéndome más hacia él. Me siento viva, más viva de lo que he estado en mucho tiempo y, en ese momento, nada más importa que el hombre que tengo frente a mí.

—Althea... —me vuelve a pedir permiso con voz susurrante y llena de anhelo. Imagino que la situación entre nosotros no es fácil tampoco para él. ¿Es más importante el amor o los convencionalismos sociales y el qué dirán? La idea pasa fugaz por mi cabeza y la desecho rápidamente. Si no sigo, me lamentaré toda la vida. Mejor arrepentirme por hacerlo.

—Bésame.

Él asiente y su sonrisa felina me llena el corazón. Me coge la cabeza con las dos manos a la altura de las orejas y con los pulgares me acaricia las sienes.

—Solo quiero que seas feliz.

Me acaricia por encima de la blusa provocando que mis pezones se endurezcan debajo de la tela. Baja las manos y las mete por debajo de la falda para acariciarme las nalgas, por dentro de las bragas, mientras noto cómo me humedezco ante la expectativa de lo que está por llegar. Las saca y lleva una de ellas a mi parte delantera, mientras la otra la apoya en mi cintura. Sorteas la tela con habilidad y noto cómo toda su palma cubre mi sexo.

—Sí que me estás esperando —susurra en mi oído al notar lo mojada que estoy.

Hace círculos en mi clitoris provocándome movimientos erráticos conforme aumenta la fricción que completa introduciendo dos dedos. Creo que voy a estallar pronto. Lo cojo de los hombros y le muerdo en uno de ellos, sin parar de gemir hasta que no puedo más, grito y me dejo caer encima de él. Me levanta la cara y nos besamos. Somos una maraña de brazos y piernas que se mueve confusa, dos cuerpos ardiendo que se desean fundir el uno en el otro.

Se para y sonrío de nuevo antes de cogerme de la mano para llevarme dentro, a su magnífica habitación, en la que veo una cama *king size* con ropa blanca. Tras cerrar la puerta, me coge de la otra mano y tira de mí hacia él. Nos besamos con ansia, devorándonos, aprieta mi cabeza contra la suya y nuestros cuerpos se rozan cada vez más. Al llegar al borde de la cama, rompe el beso.

—¿Puedo desnudarte? Puede que te parezca raro, pero llevo días deseando verte desnuda y quiero tratarte con delicadeza.

Asiento, aunque en estos momentos necesito que sus instintos primarios me devoren con fiereza. Decido dejarme llevar y solo espero no enfriarme. No creo que ocurra. Solo por cómo me mira ya me enciendo de nuevo. Desabrocha mi blusa recreándose en la piel que va quedando a la vista. Pasa la lengua por el contorno de mi sujetador, mientras acaricia los pezones con los

pulgares. Me quita ambas prendas que caen al suelo ante mis pies. Coge mis pechos con ambas manos y succiona sin piedad. Se separa y me mira.

—Eres preciosa —repite. Siento pudor por mi desnudez y eso que aún no ha acabado.

Se quita la camisa y se desabrocha el botón de su pantalón. Al momento, está bajando la cremallera de mi falda que cae junto al resto de la ropa. Da un paso atrás y se pasa la lengua por el labio inferior.

Como siga así, a este ritmo, voy a desaparecer por combustión instantánea.

Engancha dos dedos a los lados de mis bragas y las baja despacio, agachándose hasta que su cara queda delante de mi sexo. Sin pensarlo, mi mano va directa a su cabeza. Alza la mirada y sonríe.

—Todavía no, pequeña.

Me sienta en la cama para quitarse la ropa que le queda delante de mí. Ahora soy yo la que tiene su sexo delante de la cara. Me relamo al ver el tamaño y la forma que no está nada mal. Él se acaricia delante de mí.

—Quiero que te corras como antes, pero en mi boca —me pide poniendo sus manos en mis muslos para abrir mis piernas y observar todo lo que va a ser suyo en unos segundos.

Me alza para que quede en medio de la cama y se sitúa sobre mí para besarme y lamerme entera. Desde los pies, saboreando algunos de mis dedos en su boca, hasta mis senos, el cuello, los hombros, para bajar a mi vientre, donde hace círculos con la lengua, y acabar en mi clítoris. Con las manos en el vértice de mis muslos, dirige los movimientos de la lengua que me succiona, me chupa y me hace ver las estrellas en un éxtasis glorioso. Grito sin querer hacerlo. Bajo las caderas que no sabía ni que tenía en tensión, totalmente derrotada por un orgasmo como jamás he tenido. Después, sube hasta quedar frente a mí, sonriendo.

—Eres deliciosa, Althea. Más de lo que me había imaginado.

Sonrío porque no sé qué decir y lo beso empapándome de mi propio sabor.

Rodamos por la cama y me quedo yo encima de él. Veo que busca un preservativo del cajón de la mesilla y lo deja preparado junto a él mientras su polla roza mi sexo y el deseo vuelve a nacer. Juega conmigo consiguiendo humedecerme incluso más que antes. Me besa los pezones, la boca y todo lo que puede con una avidez que me hace sentir poderosa. Se pone el preservativo y me penetra haciendo que cabalgue sobre él, que se mueve accionando distintos puntos en mi interior. Sus movimientos me llevan a un nuevo orgasmo que coincide con el suyo. Nos quedamos abrazados. Encajo a la perfección en su cuerpo que ya adoro. El torso musculado, las piernas y brazos firmes y el sexo impresionante.

—¿Te he dicho ya que eres preciosa?

—Creo que sí.

—Althea, esto ha sido brutal. ¿Estás bien?

—Mejor que bien —le digo y lo beso en los labios.

Nos quedamos en silencio, abrazados, con la ciudad de Atenas como testigo mudo de lo que acaba de suceder.

—Será mejor que descansemos. Ha sido un día largo para todos.

Asiento, y me acurruco a su lado.

Pero no descansamos.

Su mano acaricia mis nalgas y yo me coloco de manera que su polla me roza por detrás. Noto cómo la erección crece y me abro un poco. Oigo ruidos que me indican que está hurgando en la mesilla. Segundos después, mete la mano entre mis piernas y deja que su sexo penetre en mí. Este orgasmo, que llega mientras estamos abrazados, es más reposado, pero igual de intenso. Se

queda dentro de mí un momento durante el que noto que se me cierran los ojos.

Dormimos abrazados hasta que la luz nos despierta. La intensidad de la noche nos hizo olvidarnos de bajar las persianas.

Escuchamos ruido en la puerta y los dos nos ponemos alerta.

—¿Althea? —Maia abre la puerta—. Papi, no encuentro a Althea. ¿Sabes dónde está?

La niña se queda con cara de sorpresa al vernos juntos en la cama de su padre. De pronto, la expresión cambia a alegría y corriendo hacia nosotros, salta en la cama gritando:

—Yo también quiero dormir como papá y mamá.

Capítulo 14

Elián

Los días transcurren con la pereza propia de agosto, en un suave vaivén entre la rutina cotidiana y los momentos robados que compartimos Althea y yo. Nos comportamos como una pareja, aunque sin reconocerlo abiertamente. Maia sigue siendo el eje que nos une, el lazo que conecta nuestros mundos de manera natural. Pero en el fondo, hay una corriente subterránea de deseo y de duda que crece entre nosotros.

Desde aquella noche en Atenas, nuestras interacciones han estado llenas de pequeñas complicidades, de sonrisas compartidas y miradas que hablan más de lo que cualquiera podría imaginar. Pero cuando llega la noche, Althea regresa a casa de sus padres y yo me quedo en la villa, solo con mis pensamientos, debatiéndome entre el deseo de tenerla cerca y el respeto por la diferencia de edad y por su familia.

Cada mañana, cuando vuelve a la villa para cuidar de Maia, siento un nudo en el estómago. Verla aparecer por el jardín, con esa sonrisa que ilumina el día, hace que todo mi mundo se centre en ella. Es un bálsamo para mi alma, pero también despierta en mí una necesidad que no había experimentado en mucho tiempo. A veces, Maia se cuelga de su brazo y Althea ríe con ella y, en esos momentos, me parece que todo encaja, que somos una familia, aunque esa palabra sea demasiado grande para lo que somos ahora.

Intento mantenerme a distancia, pero no puedo evitar buscar su compañía. Una tarde, la llevo a una playa escondida, un rincón que solo yo conocía hasta ahora. Althea se sorprende cuando llegamos y ve el lugar, tan apartado y tranquilo, con el agua cristalina besando la orilla y el sol reflejándose en la superficie del mar.

—No sabía que existía este sitio —dice con la voz cargada de admiración.

—Es uno de mis lugares favoritos —respondo, sonriendo al verla tan maravillada.

Maia se lanza al agua de inmediato, y nosotros la seguimos, manteniendo la distancia habitual, aunque esta vez siento que es más difícil de lo normal. Nos reímos, jugamos con Maia, y durante un instante, olvido las dudas y las preocupaciones. Pero cuando salimos del agua y nos sentamos en la arena, la realidad vuelve a asentarse entre nosotros, como una barrera invisible que ninguno de los dos se atreve a cruzar.

Pasan unos días y la tensión entre nosotros sigue creciendo, aunque ninguno lo admite en voz alta. En la villa, los paseos por el jardín y los momentos en la piscina se llenan de esa mezcla de deseo y contención que empieza a consumirnos a ambos.

Un día, mientras trabajo en mi despacho, recibo una llamada de mi abogado, Theo, que interrumpe mis pensamientos.

—Elián, necesito hablar contigo —dice, con un tono serio que me pone en alerta.

—¿Qué pasa, Theo?

—Me han llegado rumores... acerca de tu nueva pareja. Se dice que podría tener una conexión familiar con Alexandra.

Las palabras de Theo me golpean como una bofetada. La sola idea de que alguien se haya enterado de lo que hay entre Althea y yo, y que además lo conecten con Alexandra, me llena de

rabia e incertidumbre.

—Eso es ridículo, Theo. No he mencionado nada sobre mi vida privada y mucho menos si tengo pareja o dejo de tener. Y en cuanto a la conexión familiar, no significa nada.

—Elián, entiendo tu enfado, pero necesito que seas consciente de lo que esto podría significar. La gente habla y esas habladurías pueden complicarte la vida más de lo que imaginas. Ya deberías saberlo.

—¿Complicarme la vida? Lo único que me complica la vida es que la gente hable sin saber. Si te estás refiriendo a Althea, ella no tiene nada que ver con lo que pasó con Alexandra. No quiero que se mezcle en ese asunto.

—Lo sé, Elián. Solo quería advertirte. Estamos en terreno delicado, y no quiero que cometas un error que podrías lamentar. Solo te diré una cosa, ¿has pensado que la familia de Alexandra quiera reclamar a Maia? Si es hija de tu padre, no tienes derecho sobre ella. Ten cuidado con esa chica no sea que su familia la haya enviado para reclamar la custodia de la niña.

—Gracias, Theo. Pero sé lo que estoy haciendo.

Cuelgo el teléfono con más brusquedad de la que pretendía y me quedo en silencio, mirando el mar desde la ventana de mi despacho. Las palabras de Theo resuenan en mi mente, y una sombra de duda comienza a nublar mis pensamientos. ¿Y si hay algo más que no sé? ¿Y si todo esto es solo el principio de algo que podría destruir lo que estamos construyendo?

Paso el resto del día con esa inquietud en el pecho, intentando actuar con normalidad, mientras Althea sigue su rutina con Maia. La observo de reojo, intentando descifrar si ella sabe algo, si siente algo diferente. Pero su sonrisa sigue siendo la misma y su voz tan suave y calmante como siempre. Quizás soy yo quien está viendo fantasmas donde no los hay. Theo ha sembrado al semilla de la duda y ahora pienso posibilidades que antes ni imaginaba. Althea no puede hacerme algo así, estoy seguro.

Sin embargo, por la noche, cuando ella se despide para regresar a su casa, no puedo evitar sentir una punzada de miedo. La abrazo un poco más fuerte de lo normal, como si quisiera retenerla, como si temiera que esta pudiera ser la última vez que la vea.

—¿Estás bien? —me pregunta, con la preocupación que siempre tiene por los demás.

—Sí, solo... cansado.

Althea me mira con esos ojos que parecen ver más de lo que digo, pero no insiste. Me da un beso suave en la mejilla y se va, dejándome solo con mis pensamientos y mis miedos.

Me quedo en la terraza, observando las estrellas, mientras intento calmar la tormenta que se agita dentro de mí. La quiero cerca, pero también sé que nuestra relación es frágil, que cualquier cosa podría romperla. Y eso, más que cualquier otra cosa, me asusta.

El día siguiente comienza como cualquier otro, con el sol derramándose sobre el horizonte de Santorini, bañando la villa en una luz matinal, que siempre he asociado con la tranquilidad de este lugar. Desde que Althea y yo compartimos esa noche en Atenas, todo ha sido diferente. Los días en Santorini han pasado con una suavidad inusual, como si el universo hubiese decidido regalarnos un breve descanso del caos que normalmente caracteriza nuestras vidas. Entre risas, conversaciones y esos momentos robados a la vista de todos, hemos construido un refugio, un pequeño mundo solo para nosotros. Pero hoy, cuando escucho la puerta principal abrirse con fuerza, sé que algo está a punto de cambiar.

Bajo las escaleras y me encuentro cara a cara con un hombre que no esperaba ver aquí: el padre de Althea. Su rostro está tenso, los ojos inyectados de rabia, y por un instante, me pregunto cómo ha llegado hasta aquí. La villa es un espacio cerrado, con seguridad y vigilancia, pero de alguna manera, este hombre ha logrado burlar todas esas barreras. Luego preguntaré quién le ha

dejado entrar.

—Elián Dimitrakos, ¿verdad? —dice, con la voz cargada de furia contenida. Por un momento temo que Althea haya enfermado o le haya ocurrido algo. No encuentro otra explicación a la presencia de su padre en mi casa.

—Sí, soy yo —respondo, intentando mantener la calma, a pesar de la sorpresa—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Petrakis? ¿Le ha pasado algo a Althea?

—¿Ayudarme? —se burla, dando un paso hacia mí—. Lo que puedes hacer es dejar a mi hija en paz. Althea no tiene nada que ver con tus sucios juegos.

Su tono es agresivo, y su cuerpo se inclina hacia mí como si estuviera listo para atacar. Puedo sentir la tensión en el ambiente, como si la calma que nos ha rodeado estos días estuviera a punto de romperse.

—No sé de qué me habla, señor Petrakis —respondo, manteniendo mi postura firme, aunque puedo sentir cómo mi corazón late más rápido—. Althea es una adulta, capaz de tomar sus propias decisiones y su trabajo es impecable. Cuida de mi hija con devoción.

—No hablo de tu pobre hija —gruñe—. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? Todos conocemos la fama de los Dimitrakos. Tu padre era un cabrón, un mujeriego. Un desgraciado. Y tú... tú estás siguiendo sus pasos, ¿verdad? Primero con mi sobrina Alexandra y ahora, ¿crees que puedes hacer lo mismo con mi hija? ¡No lo permitiré!

La mención de Alexandra, como siempre, es un golpe bajo. Sé que muchos todavía piensan que fui parte de ese desastre, que la historia de mi familia es un reflejo de quién soy, pero no soy mi padre, y no seré su sombra.

—Señor Petrakis, no tiene idea de lo que habla —replico con firmeza—. Althea y yo solo estamos conociéndonos. Si su hija ha decidido pasar tiempo conmigo, es porque quiere. No estoy siguiendo los pasos de nadie. Yo no soy mi padre.

—¿Ah, no? —se burla, sus ojos destilan desprecio—. ¿Cómo puedo estar seguro de eso? ¡Todos en esta isla saben lo que hacéis los Dimitrakos con las mujeres! ¡Las usáis, las manipuláis, y luego las tiráis como basura! ¡Así hicisteis con Alexandra!

—¡No mencione a Alexandra! —grito, sintiendo la rabia empezar a hervir dentro de mí—. No sabe nada de lo que pasó, nada. No tiene derecho a hablar de ella.

—Tengo todo el derecho —me interrumpe—. Era hija de mi primo, mi sangre, y tú y tu familia la destruisteis. ¡Si crees que dejaré que hagas lo mismo con mi hija, estás muy equivocado!

—¡Althea no es una niña! —grito de vuelta, incapaz de contener la furia—. No necesita que la proteja de mí. Ella sabe lo que quiere y lo que siente. Yo no la he manipulado, no la he obligado a nada. ¿Le ha preguntado a ella? No haga caso de los chismorreos dañinos que son solo mentiras.

Por un momento, nos quedamos los dos en silencio, mirándonos con una intensidad que llena la habitación. Puedo ver el dolor en sus ojos, el miedo por perder a su hija de la misma manera que perdió a su sobrina, pero también sé que su ira no tiene fundamentos reales. Es una proyección de sus propias inseguridades y de los fantasmas que esta familia ha dejado en su vida.

—Escucha, Elián —dice finalmente, con la voz más controlada, aunque sigue cargada de amenaza—, sé lo que estás haciendo y no lo permitiré. Si tengo que sacar a Althea de esta isla yo mismo, lo haré. No voy a dejar que destroces su vida como hiciste con Alexandra.

—No estoy intentando destrozar la vida de nadie y no soy responsable de lo que le pasó a mi mujer —respondo con firmeza—. Althea es libre de tomar sus decisiones. Si quiere quedarse conmigo, se quedará. Y si quiere irse, la dejaré ir. Pero eso es algo que decidirá ella, no tú.

La tensión en el aire es palpable, y por un momento, creo que va a atacarme. Pero en cambio, se da la vuelta, dispuesto a marcharse. Antes de salir, se detiene y lanza una última advertencia.

—Te lo advierto, Elián, mantente alejado de mi hija. O lo lamentarás. No la esperes más porque no va a venir.

Y con eso, sale de la villa, dejando tras de sí una ola de silencio que parece llenarlo todo. Me quedo allí, inmóvil, tratando de controlar mi respiración, de calmar el latido furioso de mi corazón. Su llegada ha sido un jarro de agua fría, una llamada de atención a la realidad que estaba tratando de evitar.

Sé que Althea y yo estamos caminando en una cuerda floja, y que cualquier paso en falso podría destruir todo lo que estamos tratando de construir. Pero también sé que lo que siento por ella no es algo que pueda ignorar o apartar. Es real, es fuerte, y no voy a dejar que el miedo o el pasado de mi familia lo arruine.

Me dirijo hacia la ventana, mirando al mar que se extiende más allá de la villa. El horizonte parece infinito, y en este momento, más que nunca, deseo que el tiempo se detenga, que las complicaciones se desvanezcan en el aire y que podamos tener una oportunidad de descubrir lo que realmente sentimos el uno por el otro. Pero sé que no será tan fácil. Nada en la vida de los Dimitrakos lo es.

Capítulo 15

Althea

El ruido del avión es lo único que llena el vacío que siento por dentro. Llevo horas mirando por la ventanilla, observando las nubes que pasan bajo nosotros como si fueran una promesa de algo que nunca llegará. Viajo rumbo a Barcelona, obligada por mi propio padre, arrancada de Santorini como si fuera una niña incapaz de tomar sus propias decisiones. No me dejó opción. No sirvió de nada intentar oponerme, llorar, suplicar...

La despedida fue amarga, llena de reproches y de palabras no dichas. Mi padre me acompañó hasta el embarque, asegurándose de que no tuviera forma de regresar a la isla, vigilándome como si fuera una prisionera en lugar de su hija. Por si fuera poco, viajo con mi primo Nikos como si necesitara un guardaespaldas y no arriesgarse a que cambiara de rumbo. Y ahora, sentada en este avión, me siento perdida. Desolada. Solo llevo conmigo una pequeña maleta y la incertidumbre de no saber si podré volver. No sé cómo se lo habrá tomado Elián. No sé qué estará pensando Maia.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta mi primo, que me acompaña en este exilio involuntario. Su tono es suave, como si tratara de no herirme más de lo que ya estoy.

—No lo sé, Nikos. No lo sé... —susurro, con la voz rota, sin apartar la vista del horizonte. Mis ojos están llenos de lágrimas que no me atrevo a dejar caer.

Nikos es amable, pero no entiende del todo lo que estoy sintiendo. Él cree que esto es lo mejor para mí, que me ayudará a olvidarme de Elián, porque así se lo ha dicho mi padre sin entrar en detalles. No entiende que no es tan sencillo. No se puede borrar lo que ha significado para mí en tan poco tiempo. Lo que hemos compartido. Lo que sentí cuando me miró, cuando me tocó. Todo parece tan confuso ahora, como si el mundo se hubiera dado la vuelta y yo estuviera atrapada en una especie de sueño del que no puedo despertar.

—Althea, sé que no es fácil —continúa Nikos, intentando animarme—. Pero mi tío lo hace por tu bien. No quiere que te hagan daño.

—¿Por mi bien? —repito, con un tono amargo—. ¿O es que no quiere que su hija se vea envuelta en un escándalo como el de Alexandra? Aunque en este caso son todo mentiras. Mi padre no manda en mi corazón.

—No hables así, por favor. Todos estamos preocupados por ti.

—Nikos, yo no soy Alexandra ni Elián es su padre. No soy una niña. Puedo tomar mis propias decisiones. ¿Por qué no puede entender eso?

—Porque te quiere, Althea. Y porque ha vivido suficiente para saber lo que los Dimitrakos son capaces de hacer.

Sus palabras son duras, pero no puedo reprochárselas. Sabe bien cómo ha sido la historia de nuestras familias y no quiere verme sufrir. Sin embargo, siento que no entiende lo que hay entre Elián y yo. Esa conexión que se ha creado, ese deseo de conocer más de él, de descubrir lo que hay detrás de esa fachada que todo el mundo cree conocer.

—No puedo olvidarle, Nikos —confieso, dejando caer la cabeza contra el respaldo del asiento—. Lo he intentado, pero no puedo.

—Dale tiempo al tiempo. Quizás, en Barcelona, encuentres una manera de distraerte, de conocer a otras personas. Quizás las cosas sean diferentes.

Lo miro, con lágrimas en los ojos. Él está intentando ayudarme, pero sus palabras no alivian mi dolor. No hay forma de distraerme ni de lo que siento, ni de lo que he dejado atrás. Y, sin embargo, estoy aquí, en un avión rumbo a una ciudad que no conozco, con gente que no me entiende y un corazón que parece haberse quedado atrapado en otra parte.

Barcelona nos recibe con un sol radiante y el bullicio de una ciudad que no parece detenerse nunca. Las calles están llenas de gente, turistas con cámaras al cuello, parejas que caminan cogidas de la mano y niños que corren y ríen. Todo parece tan lleno de vida y tan ajeno a mi tristeza. El restaurante de mi familia está en el barrio de Gràcia, un rincón de la ciudad que mantiene su autenticidad, lejos del *glamour* del Eixample o de la majestuosidad de la Sagrada Familia. Pero para mí, es solo un lugar al que me han enviado para esconderme y olvidar.

Mi padre se ha encargado de no decir a nadie dónde estoy y se ha quedado con mi teléfono móvil para evitar que Elián me encuentre. Un castigo demasiado duro por haberme enamorado de la persona incorrecta.

Trabajo en el restaurante, sirviendo mesas, sonriendo a los clientes y tratando de fingir que todo está bien. Mis tíos son amables, intentan hacerme sentir bienvenida, pero no pueden evitar mirarme con una mezcla de lástima y curiosidad. Saben que no estoy aquí por elección y eso hace que mi situación sea aún más incómoda. Mis días se llenan de rutinas, de platos que van y vienen y de conversaciones superficiales que no logran distraerme de lo único que importa: Elián y Maia.

Intento no pensar en ellos, pero es imposible. Cada vez que cierro los ojos, veo el rostro de Elián, su sonrisa y su mirada intensa que me desarma. Me pregunto si estará pensando en mí o si estará preocupado porque no he dado señales de vida. Pero mi padre ha sido tajante: me ha cambiado el número de móvil por uno español y me ha prohibido tener contacto con nadie de Santorini. No puedo hacer otra cosa que obedecer y esperar.

Nikos me ha dado su apoyo, pero noto en su tono que él también está del lado de mi padre. Cree que esto es lo mejor para mí. Que me aleje de ese hombre que dicen que es tan peligroso. Pero nadie entiende lo que siento, nadie comprende que Elián no es lo que todos piensan, que hay algo más en él que merece ser descubierto.

Para empeorar las cosas, Nikos ha empezado a presentarme a chicos de mi edad, amigos suyos que, según él, podrían ayudarme a distraerme. Uno tras otro, aparecen en el restaurante con excusas variadas. Algunos dicen que solo han venido a comer y otros que tenían curiosidad por conocerme. Nikos los presenta con una sonrisa cómplice, como si pensara que está haciendo lo correcto.

—Althea, te presento a Jordi. Es un buen amigo y trabaja en la zona. Seguro que os lleváis bien —me dice una tarde, empujando a un chico alto y rubio hacia mí.

—Encantada —respondo, tratando de ser educada.

Jordi sonríe con simpatía, pero no puedo evitar sentir que estoy traicionando a Elián con cada palabra que intercambiamos. Él no tiene la culpa de que yo esté aquí, pero mis respuestas son cortas y mis gestos nerviosos. No tengo interés en conocer a nadie. Ni a Jordi ni a ninguno de los otros chicos que Nikos insiste en presentarme, por orden de mi padre. Todos parecen iguales, todos se difuminan en mi mente, porque ninguno de ellos es Elián.

—Nikos, por favor, deja de hacer esto —le pido una noche, agotada.

—Solo intento ayudarte, Althea. Encontrar a alguien que te haga feliz. No puedes seguir

pensando en ese hombre. Aquí en España dicen que un clavo saca a otro clavo, ¿lo entiendes?

—No es tan fácil; es imposible forzarme a sentir algo que no siento, Nikos. Por favor, entiende eso.

Él asiente, pero veo en sus ojos que no lo comprende del todo. Para él, esto es solo una fase, un enamoramiento pasajero, pero para mí es mucho más que eso. Es real, es profundo. Y no puedo dejarlo ir tan fácilmente.

Los días pasan, y mi desesperación crece. Cada vez que un cliente entra por la puerta del restaurante, tengo la absurda esperanza de que sea él, que haya venido a buscarme y a decirme que todo está bien, que no hay nada de qué preocuparse. Pero cada día que pasa, esa esperanza se va apagando un poco más, dejando solo un vacío en mi pecho que no sé cómo llenar.

—Althea, estás distraída —me dice mi tía un día, mientras me entrega una bandeja llena de platos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, tía. Estoy bien —miento, aunque sé que mi voz no suena convincente.

—Tu padre se preocupa mucho por ti. Todos lo hacemos. Solo queremos que seas feliz.

—Gracias, tía. Pero no sé si estoy donde debería estar —respondo, con la mirada perdida en el suelo.

Ella suspira y me acaricia el hombro con cariño.

—A veces, las decisiones más difíciles son las que nos llevan a los mejores lugares. Dale tiempo al tiempo, cariño.

Tiempo. Esa es la palabra que todos parecen repetir, como si fuera la solución mágica a todos mis problemas. Pero el tiempo pasa, y yo sigo igual, atrapada en un limbo de incertidumbre y dolor.

Por las noches, cuando el restaurante cierra y las luces se apagan, me tumbo en la cama de mi pequeño cuarto y dejo que las lágrimas caigan. Me pregunto si Maia se acuerda de mí, si Elián piensa en mí. Si, en algún lugar de Santorini, hay un hombre que me echa de menos tanto como yo a él.

Mi pobre niña pensará que la he abandonado como hizo su madre. Y Elián, ¿me echará de menos? Me da miedo que todos tengan razón y solo fuera una distracción para él. No sé si les molesta más que se parezca a su padre o la diferencia de edad conmigo.

Me siento atrapada entre lo que todos esperan de mí y lo que realmente quiero. Y lo que quiero, más que nada, es volver a Santorini, y estar cerca de Elián y Maia.

Pero aquí estoy, en una ciudad hermosa que debería disfrutar, con gente encantadora que debería querer conocer. Y, sin embargo, mi corazón no me deja. Está atrapado en el Egeo, en esas olas que bañan las costas de mi hogar, y en los recuerdos de unos pocos días que parecen haber cambiado mi vida para siempre.

Me giro en la cama, apretando la almohada contra mi pecho, deseando que el dolor desaparezca, que esta tortura acabe de una vez por todas. Pero sé que solo hay una manera de encontrar la paz, y es regresar a Santorini: enfrentarme a mi padre, a los rumores y a todo lo que intentan imponerme. Porque, aunque el miedo me consuma, sé que lo que siento por Elián es real, y no voy a dejar que me lo arrebaten sin luchar.

Mientras tanto, espero. Espero el momento adecuado, la oportunidad de volver. Porque sé que él también me está buscando. O al menos, eso quiero creer.

Sé que debo encontrar la manera de regresar. Y sé que, cuando lo haga, tendré que enfrentarme a mi familia, a los rumores, y a todo lo que intenta mantenerme lejos de él. Pero no puedo rendirme ahora. No, cuando todo en mí clama por regresar a los brazos de Elián y sentir su

calidez una vez más.

Capítulo 16

Elián

Los días en la villa sin Althea son una tortura. Desde que desapareció, no hay un rincón de esta casa que no me recuerde a ella. Todo parece impregnado de su esencia, de su risa que resonaba en los pasillos, de su perfume suave que llenaba cada estancia. Miro al jardín, donde tantas veces la he visto correr junto a Maia, y la veo en mi mente, moviéndose con esa gracia natural que me atrapaba sin remedio. Todo está demasiado vacío sin ella.

Intento ocupar mi tiempo con cualquier cosa que me mantenga alejado de esos pensamientos. Salgo a nadar al mar, pero cada brazada me parece pesada, cada vez que emergen mis ojos del agua, los abro con la estúpida esperanza de verla en la orilla. Salgo a correr hasta caer rendido. Me encierro en mi despacho, sumergido en papeles y contratos, pero apenas consigo concentrarme. Me sorprende dibujando su nombre en los márgenes de los documentos, como si fuera un adolescente idiota enamorado.

No puedo evitarlo. Cada espacio de esta casa me la recuerda. El rincón de la cocina donde le enseñaba a Maia a preparar bizcochos, la terraza donde me quedaba observándola mientras leía a la niña cuentos antes de dormir. Todo parece cobrar vida con su recuerdo, pero a la vez, todo está vacío, muerto.

La señora Karalis, la ama de llaves, nota mi inquietud y, en silencio, trata de suavizar mi angustia con pequeños gestos. Hace su postre favorito de miel y almendras, lo coloca en la mesa como si esperara que Althea apareciera de un momento a otro para disfrutarlo, pero yo solo puedo mirarlo con amargura. Nada sabe igual sin ella.

Maia, por su parte, sigue preguntando por Althea. Su pequeña voz, que usualmente era tan alegre, suena cada vez más cansada y apagada. Cada noche, cuando la acuesto, susurra: «Papá, ¿por qué no viene Althea? ¿Ya no nos quiere? Como mamá, no se ha despedido de mí». Y cada noche, siento que un cuchillo se clava más hondo en mi pecho.

—Vendrá pronto, cariño —le miento, acariciando su pelo. Es lo único que se me ocurre decir para consolarla.

Pero cada día se hace más difícil mantener esa mentira. Mis intentos de encontrarla han sido en vano. He preguntado a amigos y he recorrido cada rincón de la isla, incluso fui a su casa, pero su padre me cerró la puerta en la cara antes de que pudiera pronunciar una sola palabra. Es como si todos se hubieran conjurado para alejarme de ella, como si se tratara de un secreto que no tengo derecho a descubrir.

Hay noches en las que no puedo dormir, me quedo despierto, paseando por la villa, deteniéndome en los lugares donde solíamos estar juntos. Miro al cielo, buscando respuestas en las estrellas, como si alguna pudiera decirme dónde está. Otras noches, bebo más de la cuenta, tratando de enterrar mi desesperación en el fondo de una botella, pero solo consigo sentirme más vacío, más perdido.

Han pasado ya dos semanas y Maia empieza a llorar por las noches. Me llama desde su habitación, con la voz rota, pidiendo a gritos a Althea, como en su día hizo con su madre. No puedo soportarlo más. El dolor en su voz me destroza y me hace sentir impotente. Mi hija está

sufriendo y todo por culpa de mis errores y de mi incapacidad para retener a la mujer que ella quiere tanto. Y por culpa de los rumores y la mala fama de mi familia. Al final, siempre está la vida de mi padre detrás, robándome la mía propia.

Decido que ya es suficiente. No puedo quedarme quieto mientras mi hija sufre, mientras yo me consumo en esta incertidumbre que me está enloqueciendo. Necesito saber dónde está Althea, por qué la han alejado de nosotros sin ni siquiera dejar que se despidiera de mi niña y de mí, y si es posible, traerla de vuelta.

—Mañana volvemos a Atenas —le digo a Maia—. Pronto empezará el colegio. ¿Tienes ganas de ver a tus amigas?

—¿A Atenas? —pregunta con ojos brillantes y una pizca de esperanza.

—Sí, cariño. Además, la tía Helena viene una semana de vacaciones y tiene muchas ganas de estar contigo —respondo, tratando de sonreír.

No le digo la verdad, claro. No quiero que piense que esta es otra de mis misiones imposibles. No quiero que sufra más. Pero en mi cabeza, ya lo tengo claro: voy a mover cielo y tierra para encontrar a Althea.

Llamo a Helena antes de salir para que esté preparada para recibirnos. Helena siempre ha sido mi roca, mi confidente. Y cuando le cuento mis planes, no parece sorprendida.

—Elián, ya era hora de que hicieras algo —dice con suavidad, aunque puedo oír la preocupación en su voz—. No puedes seguir así, hermano. Esto no te hace bien.

—Lo sé, Helena. Pero tenía miedo de que... No sé, de que todo esto sea inútil.

—No es inútil si la amas, Elián. Y tú la amas, ¿verdad?

Me quedo en silencio y Helena se ríe suavemente al otro lado de la línea.

—Oh, vamos, Elián, soy tu hermana. Te conozco mejor que nadie. Sé que esto no es solo una obsesión pasajera. Haz lo que tengas que hacer. Demuestra que no eres como él.

Su mención a nuestro padre hace que se me revuelva el estómago. He pasado años tratando de no ser como él, de evitar sus errores y de no caer en sus mismos patrones destructivos. Pero con Althea, no sé si estoy logrando lo contrario.

—Gracias, Helena. —respondo con sinceridad y gratitud—. Voy a intentarlo.

—No solo intentes, Elián. Hazlo. Si realmente la quieres, demuéstraselo. Y recuerda que también hay una pequeña que la echa de menos.

Llegamos a Atenas al mediodía, y Maia corre a los brazos de Helena en cuanto la ve. Mi hermana nos recibe con una sonrisa cálida, pero cuando estamos a solas, su expresión se torna más seria.

—Vaya pinta tienes, hermano —dice, con esa mezcla de cariño y franqueza que siempre la ha caracterizado—. Necesitas dormir.

—Dormiré cuando sepa dónde está Althea y que se encuentra bien —respondo con sinceridad.

Helena asiente y me da una palmadita en el hombro.

—Entonces, vamos a encontrarla.

Paso la tarde en la oficina de Theo, mi abogado, mientras él hace algunas llamadas para contratar a un detective. Está claro que no va a ser fácil, pero Theo me asegura que hará todo lo posible. Estoy dispuesto a todo.

No puedo dejar de pensar en ella, en su risa y en la forma en que me miraba cuando pensaba que yo no la veía. Y sé que, pase lo que pase, tengo que encontrarla. No puedo dejar que el pasado de mi familia, ni los errores que otros cometieron definan mi futuro. Y sé que Helena tiene razón. Tengo que demostrar, no solo a Althea, sino también a mí mismo, que no soy como

él.

Mañana será un nuevo día, un nuevo intento, una nueva búsqueda. No sé dónde me llevará todo esto, pero sé que tengo que seguir adelante. Por Maia. Por mí. Por Althea.

Capítulo 17

Althea

Mi móvil vibra en el bolsillo de mi abrigo, y cuando miro la pantalla, veo el nombre de mi padre. Suspiro antes de responder, sabiendo que esta conversación no va a ser fácil. Llevo días insistiendo en volver a Atenas y él no ha cedido ni un milímetro. Estoy cansada de estar en Barcelona, de ser una prisionera disfrazada de hija obediente y no pienso seguir aguantando más.

—¿Papá? —respondo, tratando de mantener mi tono calmado, aunque por dentro hiervo.

—Althea, ya te lo he dicho. No vuelves a Atenas. No mientras ese hombre siga ahí. —Su voz es firme, pero detrás percibo una preocupación que no logra disimular.

—Papá, esto es ridículo. No puedes decidir mi vida de esta manera. —Mi voz sube un tono sin que pueda evitarlo—. El curso ya ha empezado, tengo responsabilidades y una vida allí. No pienso quedarme aquí como si fuera una niña pequeña.

—¿Y qué vida es esa? —replica con dureza—. ¿Una vida al lado de un hombre que no te conviene? ¿Que solo te traerá problemas? ¡No! Eres demasiado joven para entenderlo, Althea.

—¡Papá, basta! —grito, perdiendo la paciencia—. No soy una niña, y no necesito que tomes decisiones por mí. Sé lo que quiero y lo que siento.

—Lo que sientes no es más que una ilusión, hija. Estás cegada por ese hombre y su dinero. No te das cuenta del daño que puede hacerte.

—No es por su dinero —respondo, dolida por su falta de confianza—. No tiene nada que ver con eso y lo sabes. Es un buen hombre y no te permitiré que sigas hablando así de él.

—¡Althea! —me corta con un grito que retumba en mi oído—. No quiero que vuelvas a ver a ese hombre. ¿Me entiendes? ¡Nunca!

—No, papá. No lo entiendo —mi voz tiembla, pero sigo adelante—. Y si no me dejas volver, me iré por mis propios medios. Tengo suficiente dinero para un billete de avión y no me importa lo que pienses. ¡Me voy a Atenas!

—Althea... —Su voz se suaviza un poco, pero no cede—. Por favor, entiende que lo hago por tu bien. No quiero que desperdicies tu vida o, peor, que te la destrocen. Eres joven y tienes toda la vida por delante.

—Lo entiendo, pero esta vez estás equivocado. Adiós, papá. —Cuelgo el teléfono antes de que pueda decir algo más. Estoy cansada de discutir y de sentir que mi vida está en pausa.

Apenas puedo contener las lágrimas, así que me apresuro a salir del restaurante griego de mis tíos en cuanto acabo mi turno. Necesito respirar y sentirme libre, aunque sea por un momento.

El aire salado de la costa me recibe en cuanto dejo atrás las bulliciosas calles de Barcelona y me adentro en la playa. El cielo está despejado y el mar se extiende ante mí, infinito. Me quito los zapatos y dejo que la arena fría se deslice entre mis dedos. Empiezo a caminar, dejándome guiar por el sonido rítmico de las olas, tratando de calmar el latido acelerado de mi corazón.

Miro al horizonte, hacia donde sé que está el Egeo, al otro lado de este inmenso Mediterráneo. Pienso en Elián, en Maia, y siento que de alguna manera estamos conectados por el mismo mar. Me imagino a Elián, solo en su villa, tal vez mirando al mismo cielo que yo. ¿Estará pensando en mí? ¿Sentirá mi ausencia tanto como yo siento la suya?

La brisa fresca de la noche acaricia mi rostro y levanto la vista hacia el cielo apenas iluminado por la luna. Me detengo un momento, dejando que el sonido del mar y el murmullo lejano de la ciudad me envuelvan. Cada estrella que empieza a brillar sobre mí es como un pequeño faro que me guía, como si intentara decirme que no estoy sola, que Elián está ahí, al otro lado, buscando la misma luz.

Continúo caminando por la orilla, sintiendo cómo el agua fría me moja los pies. Me imagino que el mar es un puente invisible que nos une, un camino de agua salada que recorre miles de kilómetros hasta llegar a Santorini, donde Elián me espera, donde mi corazón desea estar. No puedo dejar de pensar en cómo me sentía cuando estaba cerca de él, en cómo cada mirada suya parecía desnudar mi alma, en cómo su voz tenía el poder de calmar mis miedos más profundos.

A lo lejos, veo una pequeña barca anclada, balanceándose suavemente con las olas. Me acerco y me siento en un pequeño banco de madera, dejando que mi mente vuele. Recuerdo la última noche en la villa, cuando nos besamos bajo las estrellas, cuando sentí su calor envolviéndome y cómo, por un instante, el mundo pareció detenerse. ¿Fue solo un sueño? ¿O realmente estuvimos tan cerca de algo más profundo, más real?

Sé que debo volver, que no puedo quedarme aquí, lejos de todo lo que me importa. Barcelona es hermosa, sí, pero no es mi hogar. No es donde quiero estar. Y aunque mi padre crea que está protegiéndome, sé que no puede decidir por mí. No puedo seguir viviendo con miedo ni con la incertidumbre de no saber qué está pasando con Elián, con Maia, con todo lo que dejamos pendiente.

Me levanto del banco y sigo caminando por la playa. Siento que cada paso que doy me acerca más a mi destino, que cada ola que rompe a mis pies es un susurro que me dice que tengo que seguir adelante, que no puedo rendirme.

Miro al cielo una vez más y susurro, como si él pudiera escucharme desde la distancia:

—Elián, estoy aquí. Estoy esperando, pero pronto estaré de vuelta contigo. Prometo que no dejaré que nada nos separe.

Y con esa promesa en mis labios, empiezo a caminar de regreso hacia el bullicio de la ciudad, con el corazón más ligero y decidido. Sé que el camino no será fácil, pero estoy dispuesta a luchar por lo que quiero y por lo que siento. Elián es mi destino, y nadie, ni siquiera mi propio padre, podrá alejarme de él.

Capítulo 18

Elián

La llamada del detective me llega mientras estoy en mi despacho de la ciudad. No puedo dejar de pensar en Althea, en su sonrisa tímida y en cómo sus ojos se iluminaban cada vez que veía a Maia. Durante semanas, he vivido con un nudo en el estómago, una angustia constante que no desaparece. Cada día sin noticias suyas es como un castigo que aumenta mi pesar.

—Elián, por fin tengo algo. —La voz del detective al otro lado del teléfono me sobresalta.

—Dime. ¿Qué has encontrado? —Mi tono es tenso, expectante, tratando de contener la emoción que se agolpa en mi pecho.

—Althea tiene familia en Barcelona y en Estados Unidos. Después de indagar un poco, descubrí que su padre tiene parientes que administran un restaurante griego en Barcelona. Y aquí viene lo interesante: pedí a un colega en la ciudad que fuera a investigar y me ha confirmado que hay una joven trabajando allí desde hace unas semanas con las características de Althea.

Cierro los ojos y respiro hondo. Barcelona. Podría haberlo imaginado, pero escucharlo lo hace real, tangible. Althea está allí. Pero, ¿por qué no me ha contactado? ¿Es porque no quiere que la encuentre? ¿Es su familia quien la retiene allí?

—¿Estás seguro? —pregunto, aunque sé que el detective no me llamaría sin estarlo.

—Todo apunta a que es ella, Elián. He hablado con mi contacto allí y me dice que la chica corresponde con la descripción que diste. Le mandé la foto que me pasaste y es ella, seguro. Está trabajando en el restaurante desde hace poco, parece estar bajo la supervisión de su familia.

Mi mente se llena de imágenes de Althea, sola en una ciudad extranjera, tal vez sintiéndose tan perdida como yo. Mis pensamientos se aceleran. ¿Qué hago ahora? ¿Llamo? ¿Voy a buscarla? No quiero causarle más problemas con su familia. No quiero que la obliguen a alejarse aún más de mí, pero tampoco puedo quedarme aquí, esperando y no haciendo nada. Necesito por lo menos que aclaremos lo que sentimos y que todo el mundo sepa la verdad sobre mí.

—Gracias —murmuro finalmente, aunque mi voz suena más débil de lo que esperaba—. Necesito pensar en los próximos pasos.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sillón. Una parte de mí quiere salir corriendo al aeropuerto, coger el primer vuelo a Barcelona y encontrarla. Abrazarla y asegurarme de que esté bien, de que sepa cuánto la extraño y cuánto necesito verla. Pero mi parte más racional, sabe que no puedo hacer eso. No puedo llegar como un huracán y causar más conflicto. Si la familia de Althea ya está en mi contra, aparecer así solo empeorará las cosas.

Respiro profundamente, tratando de calmar la tormenta de pensamientos en mi mente. Me levanto y camino hacia la ventana, mirando el horizonte. Incluso Maia, que ha sido mi ancla durante todo este tiempo, parece haber perdido un poco de su brillo sin Althea a su lado. Me pregunto cuánto más podré soportar este vacío, esta falta de dirección. Un destello de esperanza se anida en mi pecho.

De repente, escucho unos pasos detrás de mí. Helena ha llegado de su paseo con Maia, y me mira con una expresión curiosa. Solo le quedan dos días de vacaciones en Atenas y pasan todo el tiempo que pueden juntas.

—Elián, ¿estás bien? Pareces preocupado —me pregunta.

—Tengo noticias de Althea —respondo en voz baja para que Maia no me oiga. No quiero crearle una ilusión que pueda decepcionarla—. Está en Barcelona, trabajando en un restaurante de su familia.

Helena se acerca, cruzando los brazos. Me coge del codo para llevarme a la cocina, donde mi hija no puede escucharnos.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta, con ese tono suave que siempre usa cuando está intentando no presionarme.

—No lo sé —confieso, girándome hacia ella—. No quiero meterme en medio de su familia, pero tampoco puedo seguir así. No saber dónde está, si está bien... Me está volviendo loco, Helena.

Mi hermana me mira con comprensión, pero también con una chispa de determinación en sus ojos.

—Elián, escúchame. Sabes que Althea es importante para ti, lo sé. Pero tienes que pensar en Maia también. ¿Crees que estarías tranquilo si no haces nada? ¿Si no intentas recuperarla? Estaréis dando la razón a toda esa gente que se cree que eres como nuestro padre. Demuestra que no es así.

Me quedo en silencio, reflexionando sobre sus palabras. Tiene razón. No puedo quedarme aquí, atrapado en esta incertidumbre. Si hay algo que he aprendido de todo esto es que no puedo seguir permitiendo que el miedo a lo que piensen los demás me detenga. Tengo que hacer lo que sea necesario para proteger lo que amo, y eso incluye a Althea.

—¿Y si la llamo? —propongo—. Tal vez debería empezar por ahí. No quiero irrumpir en su vida sin saber si realmente quiere verme, o que su familia la castigue más todavía.

Helena asiente, aunque sus ojos revelan una preocupación que no me pasa desapercibida.

—Es una buena idea, pero tienes que estar preparado para lo que sea que pueda decirte, Elián. —Hace una pausa y coloca una mano en mi hombro—. Si de verdad la quieres, si de verdad crees que esto merece la pena, ve a buscarla. Pero hazlo con calma, con respeto. Y recuerda, ella también tiene su propia vida, sus propios miedos.

—Lo sé —respondo—. Pero tengo que intentarlo.

Decido que llamar es lo mejor, al menos por ahora. Marco el número del restaurante que me ha dado el detective y espero, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Mi mente se llena de imágenes de Althea, su sonrisa, la forma en que me miraba cuando pensaba que no la veía. No quiero perder esa conexión, ni dejar que su familia la arranque de mi vida sin luchar por ella.

Una voz femenina responde al otro lado de la línea, una voz que no reconozco. Pido hablar con Althea, con tono calmado y educado. La mujer me pregunta quién soy, y cuando le digo mi nombre, noto una pausa, un susurro a alguien cerca de ella. Mi estómago se retuerce.

—Lo siento, señor, pero no hay ninguna Althea aquí —responde finalmente, con una frialdad que me deja helado.

—¿Estás segura? —insisto, con un tono un poco más apremiante de lo que pretendía—. Es muy importante.

—Lo siento —repite, y cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano, sintiendo cómo la frustración se apodera de mí. ¿Están tratando de esconderla? ¿De mantenerla alejada de mí? ¿Por qué? ¿Qué han oído sobre mí que los haga actuar así? Me siento impotente, furioso, pero sobre todo, decidido. No puedo rendirme tan fácilmente. No puedo dejar que la pierda.

Miro a Helena, que me observa con preocupación.

—No puedo quedarme aquí, Helena. Necesito ir a buscarla.

Helena asiente, apoyándose con una sonrisa tranquila.

—Haz lo que debas hacer, Elián. Yo me ocuparé de Maia. Solo... ten cuidado.

Asiento, agradecido por su apoyo. Decido que voy a ir a Barcelona. Necesito verla, saber que está bien, entender qué está pasando. No puedo seguir con esta incertidumbre. No quiero perderla por culpa de malentendidos o miedos infundados.

Salgo del despacho, sintiendo cómo la determinación crece en mí. Pido que me preparen el jet privado para el día siguiente. Voy a Barcelona. Voy a buscar a Althea y no dejaré que nada ni nadie se interponga entre nosotros. Porque sé lo que siento y sé que esto es algo por lo que vale la pena luchar.

Esa noche apenas puedo dormir. Las horas pasan lentas mientras miro el techo de mi habitación con la mente llena de preguntas y respuestas que no llegan. Pero hay una cosa que tengo clara: no dejaré que el miedo o el orgullo me alejen de lo que realmente quiero.

Voy a encontrarla. Y cuando lo haga, le diré todo lo que llevo guardando en mi pecho. No importa cuánto cueste ni lo que tenga que hacer. Porque ella es lo que realmente importa.

Capítulo 19

Althea

La mañana se despierta tranquila en Barcelona, pero yo siento una tormenta dentro de mí. Estoy en la cocina del restaurante, recogiendo algunas cosas antes de que empiece el servicio de mediodía, cuando escucho una conversación que me hace detenerme en seco. Mi tía está al teléfono, su tono es educado, pero tenso. Me escondo detrás de la puerta de la despensa, sin saber muy bien por qué, pero con el presentimiento de que algo importante va a suceder.

—Lo siento, señor, pero no hay ninguna Althea aquí —dice mi tía con una voz calmada, pero firme.

Mi corazón da un vuelco y, aunque no escucho la voz del otro lado, sé que es él. ¡Elián! No hay duda. Siento cómo el pulso se acelera en mi pecho, el aire me falta de repente y mis manos empiezan a temblar. Intento acercarme un poco más, contener la respiración para no perderme ni una palabra de lo que pueda escuchar.

—Lo siento —dice mi tía y cuelga sin despedirse.

Mi mente se nubla. Elián me está buscando..., pero mi familia me oculta de él. Una mezcla de emociones me invade: alegría, porque no me ha olvidado, porque parece que me está buscando. Pero también hay un miedo profundo, porque sé que si mi padre descubre que Elián ha intentado contactarme, hará todo lo posible para alejarme aún más de él.

Tengo que actuar rápido. No puedo quedarme aquí esperando a que mi tía o mi padre decidan mi destino. Salgo corriendo hacia el pasillo y, sin pensarlo dos veces, busco a Nikos. Necesito su ayuda para salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Lo encuentro sentado en una mesa del restaurante, repasando algunas cuentas. Al verme, levanta la cabeza, notando la urgencia en mi expresión.

—Althea, ¿qué pasa? —pregunta, dejando de lado lo que estaba haciendo.

—Elián me está buscando —susurro—. Acabo de escuchar a tu madre hablando con él por teléfono. Le ha dicho que no estoy aquí. Tengo que irme antes de que ella se lo cuente a mi padre y me alejen más. Ayúdame, por favor.

Nikos frunce el ceño, preocupado. Se toma un momento para pensarlo, pero finalmente asiente.

—De acuerdo, te ayudaré. Pero tienes que ser rápida, Althea. Si mi madre le cuenta a tu padre lo que ha pasado, te van a vigilar más de cerca.

Asiento con determinación. Subo rápidamente a mi habitación y empiezo a meter mi ropa y mis pertenencias en una mochila pequeña. Mi mente trabaja a mil por hora, buscando la mejor manera de salir sin levantar sospechas.

Bajamos por la escalera de emergencia que da a la parte trasera del restaurante. Me siento como una fugitiva, pero no me importa. Sé que estoy haciendo lo correcto, que necesito seguir lo que me dice el corazón. Nikos ha llamado a un taxi para nosotros, y cuando finalmente llegamos a la calle, el coche ya nos está esperando.

—Al aeropuerto, por favor —le pido al conductor.

Durante el trayecto, me aferro a la mano de Nikos, mi única ancla en esta decisión tan

precipitada. Él no dice nada, pero sé que entiende mi necesidad de escapar y de luchar por lo que quiero.

Cuando llegamos al aeropuerto, la terminal está llena de gente, pero siento que me estoy moviendo en un mundo paralelo. Mi objetivo es claro: encontrar el primer vuelo disponible a Atenas. No puedo esperar.

—Quiero un billete a Atenas, por favor —le digo a la mujer tras el mostrador de la aerolínea, intentando mantener la calma.

Ella teclea rápidamente en su ordenador y me responde.

—Tenemos un vuelo en dos horas, pero es el último asiento disponible.

—Lo tomo. —Respondo, sacando mi tarjeta de crédito.

Mientras me imprime el billete, miro a Nikos, agradecida.

—Gracias, Nikos. No sé qué habría hecho sin ti.

—Solo quiero que seas feliz, Althea —dice, acariciándome la mejilla con cariño—. Si estás tan segura como me has demostrado estos días, no dejes que nadie te detenga.

Le doy un abrazo rápido antes de dirigirme hacia el control de seguridad. Todo me parece un sueño, una mezcla de miedo y emoción. Pero lo único que importa es que pronto estaré en Atenas, que podré encontrarme con Elián y decirle todo lo que siento.

Antes de llegar, me giro y veo a Nikos alejarse a pasos lentos, cabizbajo, y una oleada de agradecimiento inunda mi pecho. Salgo de la cola y lo alcanzo en la parada de taxis donde me fundo en un abrazo, con lágrimas en los ojos.

—No sabes cuanto te lo agradezco —susurro a su oído—. Me has ayudado mucho y ahora te espera un buen marrón. No pensé en que te implicaría.

—Tranquila, primita. Yo solo lo siento por Jordi y los demás —bromea para sacarme una sonrisa que apenas logro dibujar—. Vete y sé feliz. Al menos uno de los dos.

Me separo de él y me vuelvo a despedir con un beso en la mejilla. Quiero irme ya y solo espero ser capaz de hacerle comprender a mi padre que lo mío con Elián es de verdad, que lo quiero y que la edad no significa nada.

Capítulo 20

Elián

La espera en el avión se me hace eterna. Aunque es un vuelo privado y todo se supone que debería ser más cómodo y relajado, mi mente no para de dar vueltas a las mil preguntas que me atormentan desde que supe que Althea estaba en Barcelona. ¿Querrá verme? ¿Habrá cambiado de idea después de todos estos días? ¿Me recibirá o su familia hará todo lo posible para mantenernos separados? Solo quiero verla, hablar con ella, aunque sea un rato, para entender por qué se ha ido sin decir nada y qué espera de nosotros. Si es que hay un «nosotros».

El paisaje de nubes que se extiende ante mí no consigue calmarme. Miro por la ventanilla, con el mar Mediterráneo extendiéndose hasta donde alcanza la vista, y me imagino que Althea está al otro lado de ese azul infinito, esperando, pensando en mí como yo pienso en ella. Siento una mezcla de ansiedad y esperanza, pero sobre todo una necesidad creciente de tenerla frente a mí, de sentirla cerca y de saber que sigue siendo la misma chica que me robó el corazón sin proponérselo.

El piloto me informa de que estamos a punto de aterrizar, y me preparo, con el corazón latiendo a mil por hora. Barcelona se despliega ante mí, una ciudad vibrante y llena de vida, pero que ahora mismo no me importa lo más mínimo. Lo único que quiero es verla y tener una oportunidad para hablar y aclarar todo.

El avión toca tierra suavemente y, sin perder un segundo, salgo hacia la terminal de llegadas. Mis pensamientos son un torbellino. ¿Debería llamarla primero o aparecer por sorpresa? ¿Sería un error enfrentarme a su familia sin tener una idea clara de cómo reaccionarán? ¿La pondré en peligro?

Cuando llego a la parada de taxis, algo llama mi atención. A unos metros de distancia, veo a una pareja abrazada. Mi corazón se detiene un segundo; mi respiración se acelera. No quiero creer lo que veo, pero hay algo en la postura, en la forma en que ella se inclina sobre él, que me resulta dolorosamente familiar. No creo que mi mente me la esté jugando. Esa chica es Althea y ese, ¿quién es ese?

Mis piernas se quedan clavadas en el suelo. Siento un vértigo inexplicable. «No puede ser», me digo. Intento mirar con más atención, pero la distancia me traiciona, y mi mente se niega a aceptar lo que mi vista percibe.

Ella se separa del chico y entonces no hay lugar a dudas: es Althea. Mi corazón da un vuelco, como si hubiera caído en picado desde una gran altura. Estoy paralizado, tratando de procesar la imagen frente a mí con la decepción ahogándome, cuando de repente, Althea levanta la vista y me ve.

Un grito de sorpresa y alegría escapa de sus labios.

—¡Elián! —exclama y antes de que pueda reaccionar, la veo correr hacia mí con una mezcla de incredulidad y felicidad en su rostro.

Se lanza a mis brazos, colgándose de mi cuello. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, envolviéndola en un abrazo y, durante unos segundos, todo parece perfecto. Siento su calor, el latido acelerado de su corazón contra mi pecho, el aroma de su cabello que me envuelve, y el

mundo entero parece detenerse.

—¿Cómo... cómo me has encontrado? —susurra, apartándose ligeramente para mirarme a los ojos, con una sonrisa que ilumina su rostro.

Estoy tan atónito que apenas puedo hablar. Mi mente sigue tratando de comprender lo que acaba de suceder, mientras noto que el chico que estaba con ella se acerca, sonriendo.

—Hola —dice él, extendiéndome la mano con naturalidad—. Soy Nikos, su primo.

La tensión en mi cuerpo se disipa un poco. Me siento un poco ridículo por haber imaginado lo peor. Aún sosteniendo la mano de Nikos, me obligo a sonreír, aunque todavía no entiendo muy bien la situación.

—Elián, encantado —respondo, intentando mantener la compostura—. Perdonad, estaba algo... confundido.

Althea me suelta con suavidad y me mira, todavía con esa luz en los ojos que me desarma.

—Elián, estoy tan contenta de verte... no sabes cuánto tiempo llevo deseando esto. Creía que... creía que nunca más...

—Nunca he dejado de buscarte, Althea —interrumpo, sin poder contenerme—. No podía quedarme así, sin saber por qué te fuiste. Necesitaba verte, escucharte. Saber que estás bien.

Ella asiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi padre... ha hecho todo esto por miedo, Elián. Quiere protegerme, pero no entiende... —se detiene, buscando las palabras adecuadas.

—Althea, no estoy aquí para complicarte más la vida —le digo suavemente, aunque la angustia todavía se siente en mi voz—. Si quieres que me vaya, lo haré. Pero no sin antes saber que estás bien, que no te han obligado a nada. Que tú... que tú también quieres esto. Tenemos que hablar, pase lo que pase después.

Ella me mira, con los ojos llenos de determinación.

—Quiero estar contigo, Elián. Nunca he dejado de quererlo. Pero todo esto ha sido una locura. No sé cómo manejarlo, cómo hacer frente a mi padre sin alejarme de mi familia... ¿Por qué tengo que elegir, Elián?, ¿por qué?

—No tienes que hacerlo, pequeña. Lo afrontaremos juntos —respondo, sin dudarle un segundo—. Si tú estás dispuesta, yo lo estaré también.

Nikos, que ha estado escuchando en silencio, interviene.

—Si queréis, podemos encontrar un lugar donde hablar más tranquilos —propone—. Aquí en medio de la terminal no es el mejor sitio para aclarar las cosas.

Asiento, agradecido por su sensatez. Nos dirigimos hacia una cafetería del aeropuerto, donde encontramos una mesa apartada. Durante el trayecto, no puedo evitar observar cómo Althea sigue aferrada a mi brazo, como si tuviera miedo de que me desvaneciera si me soltaba.

Nos sentamos, y durante un largo rato, hablamos. Althea me cuenta todo lo que ha pasado desde que su padre la envió aquí, cómo la obligó a cortar todo contacto conmigo y cómo ella ha estado sufriendo la distancia tanto como yo.

—Y ahora que te he encontrado... —susurro, tomando su mano entre las mías—, no quiero perderte de nuevo. No me importa lo que piensen los demás, lo que diga tu padre... Solo quiero estar contigo.

Althea sonríe, pero veo la preocupación en su rostro.

—Elián, no quiero que esta sea una pelea constante con mi familia. Necesito que entiendan que no eres como ellos piensan, que eres... que eres todo lo que yo he visto en ti.

—Les demostraremos que están equivocados, Althea —afirmo con convicción—. No dejaré que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

El tiempo parece detenerse mientras seguimos hablando, mientras sus manos permanecen entrelazadas con las mías, mientras siento que, por fin, la tengo de vuelta.

Pero sé que esto es solo el comienzo de un camino que va a ser duro para ambos y que solo podremos recorrer con la fortaleza de nuestro amor.

Capítulo 21

Althea

El rugido suave de los motores del jet privado de Elián es el telón de fondo perfecto para lo que debería ser un momento de pura felicidad. Estoy sentada a su lado, viendo cómo la ciudad de Barcelona se va haciendo más pequeña a medida que el avión asciende en el cielo. Pero, aunque debería sentirme aliviada y feliz, una mezcla de emociones conflictivas me mantiene intranquila.

Elián está aquí, a mi lado, con su mano cálida sosteniendo la mía. Su presencia es reconfortante y me recuerda que, a pesar de todo, hemos logrado encontrar el camino de vuelta el uno hacia el otro. Pero no puedo evitar pensar en mi padre, en lo que pasará cuando se entere de que me he ido y de que he decidido estar con Elián a pesar de sus advertencias. ¿Qué hará? ¿Intentará separarnos de nuevo? ¿Se interpondrá entre nosotros con más fuerza que antes?

Elián parece percibir mi inquietud, porque aprieta mi mano con suavidad, buscando mi mirada.

—Althea, sé que estás preocupada por lo que pueda hacer tu padre. —Su voz calmada no me relaja—. Pero quiero que sepas que no estás sola. Pase lo que pase, lo viviremos juntos. No dejaré que nada te aleje de mí otra vez.

Sus palabras son como un bálsamo para mi corazón, pero la sombra del temor no desaparece del todo. Miro por la ventanilla, donde las nubes se arremolinan suavemente bajo nosotros, como si fueran una manta esponjosa cubriendo el mar Mediterráneo. Atenas nos espera al otro lado, pero la incertidumbre sigue siendo una presencia constante.

—Sé que lo dices en serio, Elián —respondo, finalmente volviendo la vista hacia él—. Pero mi padre es terco y cuando se trata de protegerme, no tiene límites. No quiero que esto se convierta en una guerra entre vosotros.

Elián sonríe, una sonrisa que siempre logra tranquilizarme un poco, aunque ahora apenas lo consigue.

—No será una guerra, Althea. No quiero eso y sé que tú tampoco. Pero tampoco puedo dejar que tu padre controle nuestras vidas. Ya no somos niños, y tenemos derecho a decidir por nosotros mismos. Tú tienes derecho a decir qué es lo que quieres y cómo deseas vivir tu vida.

Asiento, aunque una parte de mí sigue dudando. Pero cuando Elián me mira con esos ojos llenos de determinación y cariño, siento que quizá, solo quizá, todo saldrá bien.

Durante el vuelo, hablamos de Maia y de cómo se alegrará al verme de nuevo. La imagen de su pequeña carita iluminada por la sorpresa y la alegría al verme me arranca una sonrisa. Es una niña maravillosa, y solo pensar en su reacción al verme me da la fuerza para seguir adelante, para enfrentarme a lo que venga. Sufrí mucho por no poder despedirme de ella y hacer que se sintiera abandonada.

Elián me besa suavemente y, por un momento, todo parece estar bien en el mundo. Sus labios contra los míos me hacen olvidar el miedo, la ansiedad y el futuro incierto. Solo existe este momento, este lugar y el amor que siento por él.

—No puedo esperar para verla —susurro contra sus labios, dejando que mi mano acaricie suavemente su mejilla.

—Ella tampoco, estoy seguro —responde él, con una calidez en su voz que derrite un poco más mis temores.

La conversación se interrumpe por un momento mientras el piloto anuncia que hemos alcanzado la altitud de crucero. Elián se inclina hacia mí, deslizando su mano por mi mejilla, y sus ojos me observan con una mezcla de ternura y deseo.

—Lo que más me importa ahora es que estés aquí, a mi lado. Y que sepas que no pienso dejar que nada nos separe.

Sus palabras resuenan en mi corazón y me llenan de una calidez que no sentía desde hacía semanas. Me acerco a él, buscando otro beso, y nuestros labios se encuentran de nuevo en una danza lenta y apasionada.

Mis manos recorren su cabello mientras siento cómo sus dedos dibujan círculos en mi espalda. Me estremezco bajo su tacto y sé que estoy perdida, completamente rendida a este hombre que ha llegado a serlo todo para mí.

Pero, incluso en este momento de intimidad, la inquietud persiste. Sé que, en cuanto aterricemos, tendremos que regresar a la realidad, a las preguntas, a las miradas de desconfianza. Me pregunto si seremos lo suficientemente fuertes para superar todas las pruebas que nos esperan.

Nos quedamos así, abrazados, mientras el avión sigue su curso hacia Atenas. El tiempo parece detenerse cuando estamos juntos, y me permito disfrutar de este pequeño refugio que hemos construido en medio de la tormenta.

Sin embargo, cuando el avión comienza su descenso, mi estómago se retuerce. La realidad está a punto de golpearnos de nuevo, y aunque quiero mantener la calma, la presión en mi pecho se intensifica.

—Todo saldrá bien —dice Elián, adivinando mis pensamientos, mientras me rodea con su brazo y me atrae hacia él—. Estamos juntos en esto, Althea. No lo olvides.

Asiento, apoyando mi cabeza en su hombro, buscando consuelo en su proximidad. Me esfuerzo por creer en sus palabras, por aferrarme a la idea de que realmente podremos superar cualquier obstáculo que se interponga en nuestro camino.

Cuando el avión aterriza, Atenas nos recibe con un cielo despejado y una brisa cálida que acaricia mi piel en cuanto salimos de la aeronave. Me siento un poco más tranquila, pero la preocupación no me abandona del todo. Elián me toma de la mano y juntos nos dirigimos hacia el coche que nos espera.

—Vamos a casa —dice con una sonrisa y por un momento, siento que todo puede ser tan sencillo como eso, que podemos construir una vida juntos sin importar lo que ocurra a nuestro alrededor.

Pero sé que la realidad no es tan fácil. Mientras nos dirigimos hacia la ciudad, mis pensamientos vuelven a mi padre y a mi madre y a la reacción que tendrán cuando descubran lo que he hecho. Lo quiero, y sé que sus acciones están motivadas por el amor que me tiene, pero también sé que no puede controlar mi vida, no puede dictar a quién debo amar.

Llegamos al apartamento de Elián, un ático impresionante con vistas al Partenón y, por un momento, me pierdo en la belleza del lugar. Sin embargo, el miedo sigue presente, como una sombra que se niega a desaparecer.

—¿Y Maia?

—La dejé con Helena que está aquí de vacaciones. Mañana la verás. Hoy eres solo mía, no quiero compartirte con nadie.

Sonríó ante la expectativa, pero la realidad vuelve a hacerse hueco en mi mente.

—Elián, no quiero que te enfrentes a mi padre por mi culpa —digo finalmente, cuando nos acomodamos en el salón.

—No es tu culpa, Althea —responde, mirándome con esa intensidad que siempre logra calmar mis miedos—. Esto es algo que debemos vivir juntos. Tu padre tiene que entender que no puede controlar nuestras vidas. Y si eso significa enfrentarnos a él, lo haremos.

—Sí, lo sé, pero ¿cómo?

—Estoy seguro de que cuando vea cuánto te quiero, me aceptará.

Sus palabras me llenan de una mezcla de alivio y temor. Sé que tiene razón, pero también sé que no será fácil. La tensión entre mi amor por Elián y mi lealtad a mi familia me tiene atrapada en una encrucijada.

Mientras miro el horizonte desde la terraza, siento la mano de Elián en mi espalda, dándome fuerzas. Me abraza y comienza a besarme el cuello. Una descarga de deseo se apodera de cada fibra de mi piel y me giro para besarlo. Enseguida me corresponde y su boca recibe mi lengua con avidez.

—Tengo acumuladas tantas ganas de ti que temo explotar —me dice al oído y me provoca una carcajada—. Me apetece ir lento y recuperar todas las caricias y besos que no nos han dejado darnos.

—Me parece bien —sonrío y le cojo de la mano.

Vamos a su habitación donde volvemos a besarnos. Besos largos y profundos que nos acercan más el uno al otro. Con cada movimiento de nuestras lenguas y labios, acompañadas de caricias suaves por el cuerpo, siento que este es el único lugar en el que deseo estar y que todo está bien si es con él.

Elián me desabrocha los pantalones y me sube la camiseta. Luego hace lo mismo con su ropa quedándose desnudo ante mí.

—Soy todo tuyo, sin falsedades, sin pasado y con solo un futuro que deseo construir contigo cada día.

Sus palabras me llenan de calidez. Me siento en la cama para besarle el torso y el estómago mientras con la mano hago crecer su erección. Él me coge de los hombros y me levanta para besarme de nuevo. Nos tumbamos en la cama, él encima de mí, y abre mis piernas para colocarse en el medio. No deja de besarme y pienso que me voy a hacer adicta a estos besos tan deliciosos y profundos, calmados e intensos a la vez. Poco a poco, se acomoda dentro de mí y me hace el amor con la misma intensidad que antes me besaba. No dejamos de mirarnos a los ojos ni un solo instante y sé, por segunda vez en el día, que ya estoy perdida, que el amor que siento es real y que él es lo que quiero.

No sé lo que nos espera en Atenas en los próximos días, pero sé que no estoy sola. Y aunque el miedo sigue ahí, sé que estoy donde debo estar, con el hombre que amo, dispuesta a luchar por lo que realmente importa.

El vuelo puede haber terminado, pero el viaje que estamos a punto de emprender juntos apenas ha comenzado.

Epílogos

Althea

Han pasado once meses desde aquel día en el que decidí volver a Atenas, a los brazos de Elián. Ha sido un año lleno de cambios, retos y, sobre todo, de mucho amor. Ahora, de regreso en la villa de Santorini tras el invierno, siento una mezcla de nostalgia y gratitud por todo lo vivido. El calor del verano envuelve la isla, y el sonido de las olas golpeando suavemente la orilla me trae de vuelta todos esos recuerdos que nunca quiero olvidar.

Convencer a mi padre no fue fácil. Me enfrenté a su enojo, su desconfianza y la sombra de todos los prejuicios que habían estado arrastrando durante años. Pero, poco a poco, con paciencia y demostrando que mi amor por Elián era sincero, logré que lo entendiera. No fue un proceso rápido, ni exento de discusiones, lágrimas y momentos de duda, pero al final, el amor prevaleció. Mi padre terminó por aceptar que ya no soy su niña, si no que soy una mujer con la capacidad de tomar mis propias decisiones.

Mientras tanto, continué con mis estudios, enfocándome en terminar mi carrera. Cada día, cada examen y cada trabajo entregado tenía un propósito mayor: llegar a este punto, donde puedo volver a la isla con la frente alta, sabiendo que he cumplido con mis metas. Terminé la carrera en junio, con el orgullo reflejado en los ojos de Elián cuando me vio recoger mi diploma.

Y, por fin, el próximo curso podré hacer las prácticas en el colegio de Maia. La pequeña me llena de orgullo, es increíble ver cómo ha crecido, cómo ha florecido su personalidad, tan llena de vida y energía. Maia es, sin duda, una de las mejores partes de mi vida ahora. Su risa, su inteligencia, su ternura... Todo en ella me hace querer ser mejor y más fuerte.

Elián también ha tenido su propia lucha este año. Ha trabajado incansablemente para limpiar su nombre, para deshacerse de las sombras de su pasado y demostrar quién es realmente. Y lo ha conseguido. Ver cómo ha enfrentado todos los rumores, cómo ha batallado contra los prejuicios con dignidad y determinación, me hace admirarlo aún más. Es un hombre íntegro, valiente, y cada día que pasa, mi amor por él se hace más profundo, más sólido.

Miro hacia la villa, donde él y Maia están jugando cerca de la piscina. Sus risas se mezclan con el sonido de las olas, creando una melodía que llena mi corazón de felicidad. Estoy en casa, en el lugar al que pertenezco y con las personas que amo. Y sé que, pase lo que pase, nada podrá separarnos.

Este es solo el comienzo de nuestra historia juntos. El verano se extiende ante nosotros, lleno de promesas y posibilidades. Y esta vez, sé que estamos preparados para todo lo que venga, porque hemos aprendido que, al final del día, lo único que realmente importa es el amor que compartimos.

Elián

Once meses después y por fin siento que he dejado atrás la sombra que tanto tiempo se cernió sobre mi nombre. Ha sido un camino largo y tortuoso, pero hoy puedo decir con orgullo que mi reputación está limpia. Decidí hacerme la prueba de ADN, algo que había evitado durante tanto tiempo por miedo a lo que podría descubrir. Pero ahora sé la verdad: Maia es mía. Esa certeza me da una paz que no había conocido en años.

Con la prueba, los rumores se desvanecieron. Las miradas de desconfianza en las reuniones de negocios, los susurros a mis espaldas... Todo eso ha quedado atrás. Lo hice no solo por mí, sino por Maia, para asegurarme de que su futuro no estuviera marcado por dudas o rumores. Ella es mi hija, mi sangre y la amo más de lo que jamás creí posible. Cada día que paso con ella es una bendición.

Y, junto a ella, está Althea. Mi luz en medio de la tormenta, la mujer que, con su fuerza y dulzura, logró que volviera a creer en el amor. Desde que regresó a mi lado, la vida ha sido más plena y rica. Ella me da un motivo para levantarme cada mañana con una sonrisa y a mirar al futuro con esperanza y optimismo.

Althea ha sabido ganarse el cariño de Maia de una forma tan natural que parece que siempre hubiera estado con nosotros. Y verla a su lado, enseñándole cosas nuevas, haciéndola reír, es un regalo que no tiene precio.

Hoy, mientras juego con mi hija cerca de la piscina de la villa, Althea nos observa y pienso en todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí. En los días oscuros de incertidumbre, en las noches sin dormir, en las lágrimas que ambos hemos derramado. Pero también en la fuerza que hemos encontrado el uno en el otro, en la felicidad que, poco a poco, ha ido ocupando su lugar.

Hemos empezado a hacer planes juntos, a hablar de futuro con una sonrisa en los labios y un brillo en los ojos. Este verano es solo el comienzo. Ahora sé, sin duda alguna, que con Althea y Maia a mi lado, no hay sombra del pasado que pueda volver a alcanzarnos.

La vida, finalmente, se presenta ante mí con una claridad y una luz que no había visto en mucho tiempo. Y sé que, por fin, estoy exactamente donde debo estar.



¿Te ha gustado?

Si es así, no te vayas todavía que tengo un regalo para ti:

Empieza a leer ahora los primeros capítulos de *Pasión en el Paraíso*, la segunda novela de la serie *Pasiones Prohibidas*.

Pasión en el Paraíso

Scarlett Simmons

Prólogo

Julia

—No puedo creer que sigas con lo mismo —digo, intentando mantener la calma mientras cruzo los brazos, como si eso pudiera protegerme del dolor que sé que está por venir.

Él me mira, con ese gesto que me resulta tan familiar, mezcla de frustración y agotamiento. Hace días que estamos en esta espiral, dando vueltas a lo mismo, sin avanzar, y cada palabra que intercambiamos parece añadir una capa más a la distancia que ha crecido entre nosotros.

Ni siquiera el sexo lo resuelve. Cualquiera diría que nos acabamos de devorar el uno al otro y ahora estemos así, en medio de un océano de reproches.

—¿Y qué esperas que haga? —responde él, con una voz tensa, contenida—. ¿Pretendes que finja que no me importa?

—¡No es eso! —exclamo, sintiendo cómo la frustración me ahoga—. Solo quiero que me entiendas, que confíes en mí. ¿Es mucho pedir?

—Julia, llevo meses intentando entenderte. Pero cada vez que pienso que hemos avanzado, vuelves a levantar un muro. ¿Cómo se supone que debemos construir algo si no dejas de poner barreras?

Su voz sube de tono, y sé que está a punto de explotar. Y lo peor es que, en el fondo, sé que tiene razón. Pero admitirlo es algo para lo que no estoy preparada, porque hacerlo significaría reconocer que tal vez he sido yo quien ha estado saboteando todo esto desde el principio.

—No es justo que me echas toda la culpa —respondo, intentando defenderme, aunque mi voz suena débil incluso para mis oídos—. No soy la única que ha cometido errores en esta relación..., o lo que sea.

Hago un gesto despectivo que lo dice todo.

Él suspira, y pasa una mano por su cabello en un gesto de exasperación que me resulta dolorosamente familiar.

—No se trata de culpas, Julia. Se trata de lo que queremos. Y a veces tengo la sensación de que no estamos en el mismo punto, de que tú... de que tú no quieres lo mismo que yo.

Sus palabras caen sobre mí como una losa, porque sabe exactamente dónde golpear para hacerme dudar, para hacerme sentir que tal vez estoy tomando el camino equivocado. Pero también sé que hay algo que él no entiende, algo que nunca hemos logrado resolver y que, en el fondo, sé que nunca lo haremos.

—Yo quiero... —empiezo, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Porque lo que quiero y lo que necesito parecen haberse convertido en cosas diferentes, en opuestos irreconciliables.

—¿Qué, Julia? ¿Qué es lo que quieres? Me encantaría saberlo. —Su voz es ahora un susurro cargado de ironía y lleno de una desesperación que solo he escuchado una vez antes de hoy, en un momento que preferiría olvidar.

Lo miro, viendo el reflejo del hombre del que me enamoré, pero también viendo todas las

heridas, todas las cicatrices que hemos acumulado. Y sé, en ese preciso momento, que hemos llegado al final de algo que, en el fondo, llevaba mucho tiempo roto.

—Quiero... quiero dejar de sentirme así. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y al hacerlo, siento que algo dentro de mí se rompe de una manera irreversible, sobre todo porque no reflejan lo que de verdad deseo—. Quiero dejar de sentir que estamos luchando contra algo que no tiene solución.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor. Veo cómo sus ojos se oscurecen, cómo su postura se tensa, y sé que lo he perdido, que esas palabras han sido la puntilla, la confirmación de lo que ambos hemos estado temiendo.

—Si eso es lo que quieres... —comienza él, su voz ahora es tan fría que me hiela la sangre—, entonces tal vez lo mejor sea que dejemos de intentar salvar algo que ya no existe. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

El dolor que siento en ese momento es indescriptible, pero sé que tiene razón. Hemos estado aferrándonos a algo que dejó de ser real hace tiempo, a una versión idealizada de lo que alguna vez fuimos, pero que ya no somos.

—Supongo que sí —respondo, y cada palabra es como un puñal que atraviesa mi corazón.

No hay más que decir. Nos quedamos mirándonos, dos personas que una vez compartieron todo y que ahora son solo extraños atrapados en una relación que ya no tiene sentido. Ante mi inmovilismo, él se da la vuelta y sale de la habitación, y con cada paso que se aleja, siento que se lleva una parte de mí que nunca recuperaré.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, el silencio es absoluto. Y en ese silencio, me doy cuenta de que no solo he perdido a la persona que amaba, sino que también me he perdido a mí misma en el proceso.

Y todo por no haber sido capaz de decirle la verdad, que lo que quiero es a él.

Tres años después

Capítulo 1

Julia

El sonido de las ruedas del avión al tocar tierra me despierta de mi ensoñación. Abro los ojos y parpadeo, ajustándome a la luz natural que inunda la cabina. Las palabras del piloto resuenan por los altavoces, anunciando nuestra llegada a Bora Bora. Mi corazón da un vuelco al recordar por qué estoy aquí y con quién.

A mi lado, mi «novio» mira por la ventanilla con una sonrisa de oreja a oreja. Es guapo, no cabe duda, con su cabello rubio ligeramente alborotado y esos ojos azules que parecen contener la esencia misma del océano. Pero su entusiasmo casi infantil contrasta demasiado con la tensión que siento en mi pecho.

Cuando mi prima Florence me invitó a su boda en Bora Bora, salté de alegría. Me hacía muchísima ilusión y toda la familia Sinclair lo consideró la celebración del año. Todo un acontecimiento con un solo problema para mí: iba a ser la única que iría sin pareja. La soltera que mis tías arroparían con la lástima en sus ojos y el gesto de decepción de mi padre que soñaba con una boda así para mí, su hija pequeña y mimada.

Decidí que eso no era ningún problema y que no necesitaba a nadie para ser una mujer competente y feliz. Pero había un segundo problema por el que casi cancelo mi asistencia. Pero no tuve el valor de decir a Florence que no iría. Después de todo, ella no tiene la culpa de lo que pasó entre su mejor amigo y yo. Pero la idea de enfrentarme a todos sola, de ser la soltera en una boda, y peor aún, de toparme con él, era más de lo que podía soportar.

Fiona, mi mejor amiga, me propuso contratar a un novio de alquiler y, aunque en un primer momento me horrorizó la idea, aquí estoy, aterrizando en Bora Bora con un completo desconocido a mi lado del que se supone que estoy locamente enamorada. Espero saber mantener el engaño durante la semana que dura la boda. Por si fueran pocos días, hemos venido antes que el resto para «conocernos» mejor, ya que la primera vez que vi a Alex fue ayer cuando firmamos el contrato.

Un contrato, por cierto, que no incluye intimidad de ningún tipo. Solo, especifica el artículo 6, cuando en público sea necesario para hacer creíble el noviazgo.

—Así que este es tu primer viaje con una clienta, ¿no? —pregunto para romper el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.

Él se gira hacia mí, y su sonrisa se amplía.

—Sí, pero no te preocupes, lo tengo todo bajo control. Sé comportarme en cualquier tipo de acontecimiento. Tú indícame lo que deba saber y yo finjo como el buen actor que soy —contesta sin un ápice de humildad.

Asiento, aunque no puedo evitar sentir un nudo en el estómago. Contratar a un acompañante para una boda era algo que jamás hubiera imaginado hacer, pero la desesperación puede llevar a tomar decisiones extrañas. Y aquí estoy, arrepentida cuando ya no tiene remedio, a punto de enfrentarme a mi familia y, lo que es peor, a mi pasado.

El avión termina por fin de rodar por la pista. En el exterior, la vegetación exuberante y las aguas cristalinas de Bora Bora se despliegan como un escenario sacado de un sueño. Es imposible no reconocer la belleza del lugar, pero mi mente está demasiado ocupada con lo que me espera en los próximos días como para disfrutar del paisaje.

—¿Nerviosa? —pregunta, como si leyera mis pensamientos.

—Un poco —admito, y me obligo a sonreír—. Es solo que... no sé cómo va a salir todo esto.

—Tranquila, Julia —dice, utilizando mi nombre por primera vez desde que despegamos—. Solo tenemos que fingir ser la pareja perfecta. Unos días, y luego volveremos a nuestras vidas normales. Soy un profesional.

Su confianza debería tranquilizarme, pero no lo hace. El simple hecho de saber que me veré obligada a pasar tiempo con él, a sonreír y fingir que todo está bien, mientras mi ex podría estar en la misma boda, me parece más duro que subir al Everest. Con lo fácil que parecía la noche que Fiona y yo, algo borrachas, lo imaginamos todo desde su ático en Manhattan.

El aeropuerto es pequeño y bullicioso, con turistas y locales moviéndose en todas direcciones. La brisa cálida me envuelve cuando salimos, trayendo consigo el aroma del mar y las flores tropicales. Es un olor que debería ser relajante, pero que solo intensifica la realidad de mi situación.

Nos dirigimos al hotel en un taxi que recorre caminos bordeados de palmeras y flores de hibisco. El conductor no deja de hablarnos sobre la belleza de la isla, las mejores playas y los lugares turísticos, pero yo solo puedo pensar en la llegada al hotel, en lo que pasará cuando vea a mi familia y, sobre todo, cuando lo vea a él.

—Este lugar es impresionante —comenta mi acompañante, con esa alegría que parece inagotable—. No puedo creer que me estén pagando por estar aquí.

—Calla —le espeto—. No vuelvas a decir eso delante de nadie.

—¡Uy! Perdón —dice llevándose una mano a la boca como un niño al que riñes por decir una palabrota.

Me obligo a sonreír, pero por dentro estoy más nerviosa que nunca. Él parece tan despreocupado, tan ajeno a la tensión que me consume, tan... simplón. Tal vez eso es lo que necesito, alguien que me haga olvidar, aunque sea por un momento, la pesadilla que puede convertirse esta boda.

Miro su pierna que involuntariamente roza mi rodilla y pienso que quizá podamos saltarnos el artículo 6 y pueda quitarme las penas con un buen polvo. Niego con la cabeza porque sé que ni es posible ni es lo que deseo.

Por fin el taxi llega a destino. El hotel es un lujo tropical, con bungalows sobre el agua y jardines que parecen sacados de una postal. Al llegar, el personal nos recibe con sonrisas cálidas y collares de flores. Todo parece diseñado para relajarse, pero a mí me cuesta dejar de pensar en la razón por la que estoy aquí.

Nos registramos y, al entrar en nuestra habitación, una mezcla de temor y anticipación me recorre. El lugar es hermoso, con una vista directa al mar y una decoración que combina la elegancia moderna con detalles tradicionales polinesios. Pero hay solo una cama, grande y con un dosel que le da un aire romántico, lo que me hace tragar saliva.

—Es... encantador —comento, tratando de mantener la compostura.

—¡Y tanto! —responde él, lanzándose sobre la cama, riendo como un niño—. Esto es un sueño, Julia. Relájate, ¿quieres? Solo tenemos que fingir ser una pareja feliz. No es tan difícil. No estás tan mal.

Le dedico una mirada que espero transmita algo de la seriedad de la situación, disimulando el mal sabor de boca que me ha dejado su opinión sobre mí.

—Recuerda lo que te dije —insisto—. Esto es solo un trabajo. No hay necesidad de que... ya sabes.

—Sí, sí, tranquila. Soy un profesional, ¿recuerdas? —dice, guiñándome un ojo antes de comenzar a deshacer su maleta.

Me retiro al baño para cambiarme, y darme unos minutos de soledad para recuperar la calma.

El reflejo en el espejo me devuelve una imagen que no reconozco del todo. Mi cabello está un poco más desordenado de lo habitual, y hay una sombra en mis ojos que no estaba allí antes de que todo se complicara.

La boda es en tres días. La mayoría de los invitados llega mañana para la despedida de solteros y la preboda, así que tenemos hasta que lleguen para conocernos e inventar nuestra historia de amor.

Cuando salgo del baño, él está hablando por teléfono, arreglando lo que parece ser una cita para bucear mañana temprano.

—Sí, sí, soy un profesional en eso también —me dice con una sonrisa mientras cuelga.

—¿Tienes planes? —pregunto, algo extrañada por lo rápido que se está adaptando.

—Solo me voy a sumergir un rato antes de las fiestas —responde, despreocupado—. No te preocupes, estaré de vuelta a tiempo. Lo tengo todo controlado.

Asiento, aunque no estoy segura de cómo me siento al respecto. Parte de mí quiere que él esté cerca para ayudarme a mantener la fachada, pero otra parte, la más vulnerable, desea estar sola para enfrentar lo que venga sin tener que cargar con él. Voy a estar todo el tiempo en tensión por si mete la pata.

Bajamos al vestíbulo y caminamos por los jardines hasta llegar a la playa. El sol comienza a ponerse, y nos regala un espectáculo visual en el horizonte. Mientras caminamos por la arena, siento la necesidad de compartir con él mis temores, pero me contengo. No lo conozco lo suficiente, y no quiero que vea más de lo que ya tiene que ver.

—¿Quieres que vayamos a cenar algo ligero?

—Sí, claro —respondo, aunque mi apetito es inexistente—. Tenemos que hablar. Se nos echa el tiempo encima y aún no hemos acordado nada.

Nos dirigimos a uno de los restaurantes del hotel, donde nos sentamos en una mesa con vista al mar. Las olas rompen suavemente contra la orilla, y el sonido es hipnótico. Mientras espero mi comida, me pierdo en mis pensamientos, preguntándome cómo he llegado a este punto, cómo una simple boda ha terminado convirtiéndose en una prueba de fuego para mi cordura.

—Julia, relájate —dice él, captando mi atención y cogiéndome de una mano—. Te vas a destrozarte el labio si sigues mordiéndolo así. Todo va a salir bien. Lo prometo.

Su voz es tan segura, tan llena de esa confianza juvenil, que casi me hace creerle. Casi.

—Venga —añade tras darle un buen bocado a la hamburguesa que se ha pedido—, ¿cómo nos conocimos?

Y así empezamos a elaborar «nuestra historia».

Capítulo 2

Julia

La cena ha sido más relajante de lo que esperaba. A pesar de mis dudas iniciales, el ambiente tropical, los cócteles coloridos y la charla amena con Alex han conseguido que, al menos por unas horas, olvide el motivo real de este viaje. Las luces suaves del restaurante, la animación del bar de cocteles al que hemos ido después, la brisa cálida del mar y la música de fondo han creado un ambiente casi mágico. Es fácil, muy fácil, dejarse llevar por la tranquilidad de la isla.

Nos hemos reído mucho montando nuestra historia de amor que hemos nutrido con anécdotas reales. No sé si Alex será tan profesional como dice, pero imaginación tiene un rato. De eso no me queda duda. Solo espero que se acuerde de todo y el alcohol que hemos bebido no le borre la memoria.

Caminamos de regreso al bungalow que nos han asignado, con el sonido de las olas rompiendo suavemente en la orilla a nuestro lado. Mi mente está todavía algo nublada por el alcohol de los cocteles, pero también por las risas compartidas y por la sensación de que, al menos por un momento, puedo permitirme disfrutar de este paraíso.

Alex, por su parte, parece completamente en su elemento. Su camiseta blanca ligeramente ajustada resalta su figura atlética, mientras que sus shorts de lino caen de manera casual sobre sus piernas bronceadas. Su cabello rubio está un poco despeinado, pero de esa forma que parece perfectamente calculada. Cada vez que pasa una mano por su cabello, puedo ver cómo varias mujeres en el camino vuelven la cabeza para mirarlo. Lo mismo ha pasado en el bar, donde me he sentido como si tuviera un trofeo del que estar orgullosa. Él parece darse cuenta, pero no hace comentarios, limitándose a seguirme mientras avanzamos por el sendero de piedras hacia nuestro bungalow.

—¿Lo has pasado bien? —pregunta mientras se gira para mirarme.

—La verdad, sí —respondo, sorprendida de lo sincera y categórica que suena mi propia voz.

Llevo un vestido ligero de tirantes que se mece con la brisa, y mis sandalias hacen un leve ruido al chocar contra las piedras. Mi cabello rubio, que cae en ondas hasta los hombros, se ha soltado un poco, dando a mi aspecto un toque más relajado de lo habitual. Me siento cómoda, algo que no esperaba sentir cuando todo esto comenzó.

—Tienes una risa contagiosa, ¿lo sabías? —comenta de repente.

—¿Contagiosa? —respondo, con una pequeña carcajada que refuerza su opinión.

—Sí. Es algo que no se puede evitar. Me alegra que al menos hayamos podido reírnos un poco antes de que empiece toda la locura de la boda —añade, y veo cómo sus ojos azules brillan bajo las luces del sendero.

Nos detenemos un momento antes de entrar al bungalow, y siento la necesidad de agradecerle, aunque sea el haber conseguido hacerme reír.

—Gracias, Alex. No esperaba reírme tanto esta noche —le digo sinceramente.

—Es mi trabajo, ¿no? Hacer que esto sea lo más soportable posible para ti —responde, pero esta vez hay un tono más suave en su voz, menos bromista.

Entramos al bungalow, y la diferencia entre el ambiente externo y la intimidad de la habitación es palpable. La cama, grande y lujosamente vestida, está justo en el centro, bajo un dosel blanco que ondea ligeramente por la brisa que entra por las ventanas abiertas. La camarera ha dejado pétalos de rosas sobre la cama formando un corazón y dos copas nos esperan junto a una botella de champán y un cesto de frutas tropicales en la mesa. Las luces son suaves, casi tenues, creando sombras en las paredes de madera oscura.

Dejo mi bolso en una silla cercana y me dirijo hacia la ventana para cerrarla. El sonido del mar sigue siendo fuerte, pero ahora se mezcla con el murmullo de nuestras voces y nuestros movimientos en la habitación.

—¿Te apetece otra copa antes de dormir? —pregunta Alex mientras saca la botella de champán del cubo de hielos.

—Creo que ya he bebido suficiente —respondo, sonriendo mientras me descalzo y me dejo caer sobre la cama—. Además, mañana será un día largo.

—Cierto, pero siempre podemos relajarnos un poco más antes de que llegue la locura —insiste con voz seductora, mientras se sirve una copa para él.

Se acerca a la cama y se sienta en el borde, con la mirada fija en mí. Hay algo en su expresión que me hace sentirme incómoda, como si la atmósfera relajada de antes hubiera cambiado de tono.

—Alex... —comienzo, pero él ya se ha inclinado hacia adelante, acercando su rostro al mío y acariciando mi muslo por debajo del vestido.

El movimiento es rápido, casi impulsivo, y por un momento me quedo congelada, sin saber cómo reaccionar. Pero cuando siento sus labios rozar los míos, me aparto de golpe, poniéndome de pie rápidamente.

—No. No, Alex —digo con firmeza, alejándome unos pasos de la cama.

Él se detiene, claramente sorprendido por mi reacción. Me mira con confusión, como si no entendiera qué ha salido mal.

—Lo siento, pensé que... —comienza a decir, levantándose también—. Pensé que estabas de acuerdo. Te he sentido tan cercana esta noche...

—No —respondo, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho—. Esto es solo un trabajo, Alex, y lo tienes prohibido por el artículo 6, ¿recuerdas? No quiero complicar las cosas.

La tensión en la habitación es cada vez mayor. Él se pasa una mano por el cabello, visiblemente frustrado, pero asiente con la cabeza. Imagino que no estará acostumbrado a que lo rechacen. Pero, en lugar de dejarlo ahí, una sonrisa ilumina su rostro y me coge de la muñeca.

—¿Estás segura? Yo creo que me deseas, Julia.

—Te digo que no. Déjame.

A pesar del momento, la risa floja que me suele provocar el alcohol hace su aparición. Por un momento parecemos niños que se persiguen por el cuarto, él tratando de cogerme del vestido y yo escapando de su agarre, hasta que, cansada, me dejo caer en el sillón, sin parar de reír y de jadear por el esfuerzo.

—Que no, Alex. Ya. Para. Vamos a dormir.

—De acuerdo, lo entiendo. Lo siento, Julia. Me equivoqué —dice finalmente, y noto un tono de arrepentimiento en su voz—. Tienes razón. Soy un profesional. ¿Cómo vamos a dormir?

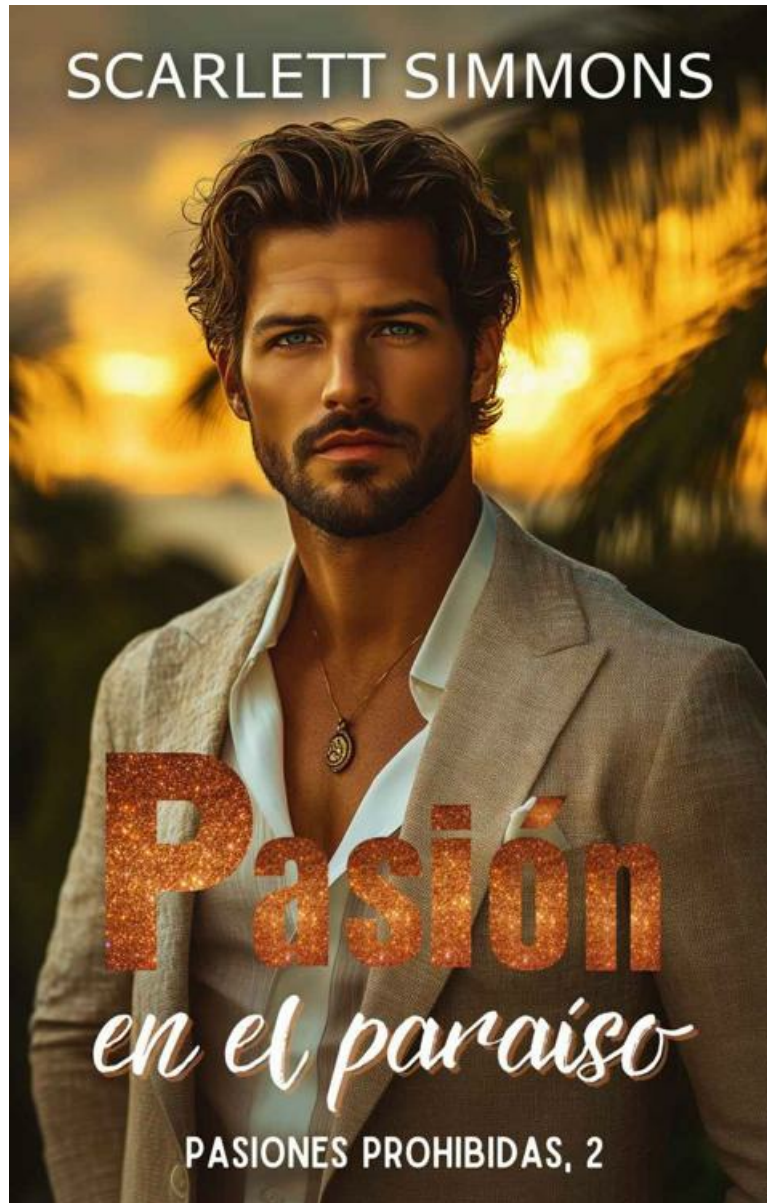
El silencio que sigue es incómodo. Me dirijo hacia el sofá y veo con alegría que se hace cama, pero antes de que pueda abrirlo, oigo un golpe en la pared de la habitación contigua. Nos quedamos en silencio, ambos conscientes de que hemos hecho más ruido del que deberíamos, riéndonos por lo bajo. ¿Qué pensarán los de al lado? Cuando me cruce con ellos por el hotel me moriré de vergüenza.

—Quizás deberíamos bajar el volumen —comenta Alex, con una sonrisa traviesa.

Antes de que pueda responder, alguien llama a la puerta del bungalow. Miro a Alex, que está solo en bóxer, y ambos compartimos una mirada de sorpresa.

—¿Quién será a estas horas? —pregunta él, pero yo ya estoy caminando hacia la puerta, con el pelo revuelto, la cara sonrojada y jadeando por culpa de las carcajadas.

Todavía riéndome por lo absurdo de la situación, giro el pomo y abro la puerta. La risa se congela en mis labios cuando veo quién está de pie al otro lado.
Y ahí, en ese instante, mi mundo se detiene.



Sigue leyendo:



Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



Sígueme en Facebook



S.S.